

Jostein Gaarder
Klaus Hagerup
LA BIBLIOTECA
MÁGICA DE
BIBBI BOKKEN

Siruela Biblioteca Gaarder

JOSTEIN GAARDER
KLAUS HAGERUP

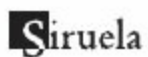
**La biblioteca mágica
de Bibbi Bokken**

 **Siruela**

**LA BIBLIOTECA
MÁGICA DE
BIBBI BOKKEN**

**JOSTEIN GAARDER
KLAUS HAGERUP**

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



Biblioteca Gaarder

Índice

Cubierta

Portadilla

Nota para los lectores de la versión española

La biblioteca mágica de Bibbi Bokken

Primera parte. El libro-diario

Segunda parte. La biblioteca

Créditos

NOTA PARA LOS LECTORES DE LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Como pronto descubrirás, este libro que te dispones a leer es un libro escrito en otro país. Es un libro que trata de lugares y personas que tal vez no conozcas, pues cada sitio tiene sus «famosos» y muchos de esos famosos lo son sólo en su propio país. Por lo tanto, es fácil que no encuentres sus nombres en las enciclopedias a las que puedes tener acceso.

La acción se desarrolla principalmente en Noruega, para ser más precisos en uno de sus fiordos, el fiordo de **Fjærland**, con una pequeña localidad de idéntico nombre, al pie del glaciar de **Jostedal**. En Fjærland vive la protagonista de nuestra historia, Berit. Su primo Nils, en cambio, vive a unos 400 km de distancia, en **Oslo**, la capital. No está lejos si vas en avión, pero para llegar tienes que ir en tren y en barco. Hasta hace unos veinte años ni siquiera podías ir en coche, pues a Fjærland no llegaba ninguna carretera y la única posibilidad era usar el barco. Hoy en día hay un larguísimo túnel excavado dentro de las montañas, lo cual significa que ya se puede llegar a Fjærland por tierra.

Verás en este libro muchos nombres de personajes que, con muy pocas excepciones, no te resultarán familiares. Pero hay un escritor que al menos sí podrás encontrar en cualquier enciclopedia española, es **Henrik Ibsen**: un dramaturgo, para muchos «el padre del drama moderno», que escribió sus obras en la segunda mitad del siglo XIX. Para los noruegos su pieza más famosa tal vez sea *Peer Gynt*, que se menciona varias veces en esta historia. Trata de un chico algo mentiroso que se pasa la vida intentando esquivar los problemas. La obra empieza con las palabras «¡Peer, mientes...!», y es una frase tan conocida para los noruegos como lo pueda ser para vosotros la frase inaugural de *Don Quijote*: «En un lugar de la Mancha...».

En la época de Ibsen, vivió otro personaje que también sería famoso en todo el mundo: el compositor **Edvard Grieg**. Aunque no conozcas su nombre seguramente habrás oído su música, por ejemplo y precisamente la *Suite de Peer Gynt*, que compuso Grieg para la obra de teatro de Ibsen. Si conoces a algún pintor noruego, ése tiene que ser **Edvard Munch**. Quizá lo conoces sin saberlo, pues ¿quién no ha visto alguna vez una reproducción de su cuadro *El grito*?, que muestra no sólo un hombre que grita, sino el grito, la desesperación en sí, en cada trazado, en cada línea. Munch era «el padre del expresionismo». Otro

pintor mencionado es **Ludvig Eikaas**, mucho más joven que Munch (que murió en 1944), y que vivió gran parte de su vida muy cerca de Fjærland.

Entre los demás escritores que se citan supongo que te suena **Astrid Lindgren**, pues ella, que es sueca, es la madre de los libros sobre Pipi Calzaslargas. Luego encontrarás nombres que no te digan nada, como por ejemplo el de **Anne-Cath. Vestly**. Ella es ya una señora bastante mayor a la que han querido, y siguen queriendo, varias generaciones de lectores. Escribe para niños, pero de una manera que gusta también a los adultos, que además aprenden. Sus personajes suelen ser un poco diferentes a lo que llamaríamos «gente normal» o, mejor dicho, con una situación normal: por ejemplo, Aurora, cuya madre trabaja como abogada y cuyo padre se ocupa de los niños y de la casa. Hoy en día esto no es tan raro, pero hace cuarenta años, cuando salieron los primeros libros de Anne-Cath. Vestly, sí que era bastante insólito. Y ella también escribe sobre los ocho niños en la casa del bosque que tienen una abuela que no se parece a ninguna otra abuela. **Simen Skjønberg** es periodista, crítico, poeta y ensayista, bastante conocido en Noruega; **Tor Åge Bringsværd** es, sobre todo, conocido por sus libros de ciencia ficción; y **Gunnar Staalesen** escribe libros policíacos. Su detective se llama Varg Veum y trabaja y vive en Bergen, la segunda ciudad más importante de Noruega. Y están los poetas: **Inger Hagerup** fue una gran poetisa; por cierto, madre de uno de los autores de este libro, Klaus Hagerup. Escribió poemas para adultos y para pequeños. Sus poemas para niños podrían compararse, tal vez, con los de Gloria Fuertes. Otro poeta muy querido por sus compatriotas es **Jan Erik Vold**. Como podrás comprobar después, escribe poemas brevísimos sobre la vida cotidiana, pero cargados de una gran sabiduría. Todos estos autores que acabamos de mencionar escriben, naturalmente, en la lengua del país: es decir, en noruego. Pero también aparece en la historia un tal **A. A. Milne**, autor inglés de, entre otros, el libro para jóvenes *Winnie-the-Pooh*. Este libro, traducido también al noruego, claro, es conocido por miles y miles de niños desde hace varias generaciones, e incluso son muchos los autores que dicen haber sido influenciados por él.

Finalmente, tal vez te preguntes por qué se habla aquí de **Walter Mondale**. El motivo es que su apellido es de origen noruego: sus antepasados emigraron a Estados Unidos precisamente desde **Mundal**, lugar donde también se desarrolla nuestra historia. Es decir, estamos ante una «adaptación» de un nombre propio noruego: de Mundal a Mondale.

Te deseamos una feliz lectura, por no decir ¡una feliz estancia en Noruega! Recuerda que los libros son como viajes, que te llevan a lugares desconocidos y

que te presentan a personajes quizá muy diferentes a los que luego conocerás en tu vida.

Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

LA BIBLIOTECA MÁGICA DE BIBBI BOKKEN

PRIMERA PARTE

EL LIBRO-DIARIO

Querida Berit:

El verano estuvo guay. Es una pena que se haya acabado tan pronto. Mañana empieza el colegio, y te mentiría si te dijera que me encanta la idea. Hay tantos pequeñajos... Pero, bueno, dentro de un año habré terminado y ¡entonces, servidor, Nils Bøyum Torgersen irá al instituto!

Pero vamos al grano: he estado pensando en esa idea del libro-diario y he de admitir que a pesar de todo no me parece tan mala. Escribirnos cartas en un cuaderno que nos enviaremos por correo entre Oslo y Fjærland será casi como hacer un álbum de fotos con palabras en lugar de fotos. Quizá cuando seamos viejos y tengamos canas, nos divirtamos con estas cartas. (Ja, ja.) Si tenemos algo sobre lo que escribir, claro. Depende. Sospecho que este otoño no va a ser muy emocionante, y supongo que tampoco ocurrirán demasiadas cosas en tu pueblo, en Fjærland. ¿O tal vez se descubra un misterioso hombre de las nieves en ese glaciar de Jostedal que tenéis tan cerca?

Bueno, tengo que dejarlo ya. Muchos recuerdos de mi madre. Espera que a la tía Greta le vaya bien en su nuevo trabajo en el hotel «and look forward to seeing you again», como suelen decir en los aviones. Seguro que también mi padre te habría enviado saludos, pero está conduciendo su taxi y además no sabe que te estoy escribiendo.

Saludos de tu querido primo Nils

P.S. Olvidé decirte que ocurrió algo curioso cuando compré este diario. No lo compré en Oslo, ¿sabes?, sino en Sogndal, camino de Oslo. ¿Te acuerdas de aquella extraña señora?, la de los ojos enormes y el cuaderno desbaratado, esa que estaba leyendo el libro de firmas que hay en el refugio del glaciar de Flatbre y nos miraba por encima del hombro mientras escribíamos nuestro poema en el libro. ¿Lo recuerdas? Yo sí:

*Estamos sentados al sol del verano
con una coca cola helada en la mano.
Nils y Berit nos llamamos
y al cole hasta el otoño no vamos.
La paz reina aquí en la cumbre,
qué pena bajar a la muchedumbre.*

Bastante bueno, ¿verdad?

Pero no iba a hablarte del poema, sino de la señora. Cuando entré en la librería de Sogndal, ella también estaba allí, fíjate. Andaba mirando los libros de las estanterías. ¡Y se le caía la baba, Berit! Es que no puedo expresarlo de otra forma. A la señora se le caía la baba mientras andaba por la librería. Como si los libros fueran de chocolate, mazapán o algo parecido. Pero lo más raro de todo fue que, al ir a pagar este diario, se me acercó y me preguntó si le permitía una pequeña contribución. No supe qué decir, pero me lanzó una mirada tan fulminante que no me atreví a negarme. No sé cómo describir su mirada, pero tuve la sensación de que me estaba leyendo como en un libro abierto. Así que cogí la moneda de diez coronas y le di las gracias. ¿Y sabes lo que me dijo? «¡Gracias a ti!» Y luego sacó un pañuelo con el que se secó la boca y desapareció.

Bueno, aquí tienes el diario. Te envío una de las dos llaves. Procura tenerlo cerrado con llave cuando no lo estés usando. Recuerda que es «for your eyes only» (sólo para tus ojos). Perdona por la imagen de la cubierta. Tuve que elegir entre el fiordo de Sogn y una puesta de sol con un corazón rojo haciendo de sol. ¿Cuál habrías elegido tú? Aquí acaba la carta.

Querido primo:

Gracias por el diario que acabo de encontrar en el buzón y he abierto hace unos minutos. Estoy de los nervios, no puedo entretenerme en contarte cómo van las cosas por aquí, pues esta tarde he tenido una experiencia que me ha dejado lívida, y soy incapaz de pensar en otra cosa. Por eso tengo que escribirte inmediatamente, aunque me sigue temblando la mano.

Se trata de esa misteriosa señora. La que viste en Sogndal, ¿recuerdas? Bueno, ¿por dónde empiezo?

Estaba en el muelle cuando llegó el transbordador de las 2. Aquí el colegio no empieza hasta el lunes y no hay mucho más que hacer. Y allí estaba la señora, bajándose del barco antes que los demás pasajeros. Al pasar por delante de mí, me echó una mirada de esas que parecen decir «sé quién eres». Aún no había leído tu carta, pero me acordé de lo que pasó en el refugio de Flatbre, así que opté por seguirla, a distancia, claro. No sé cómo me atreví, era como si me hubiera hipnotizado para que lo hiciera. (Ahora *comprenderás* por qué me tiembla la mano.) Cuando dio la vuelta por donde la iglesia, miró hacia atrás. Me aparté a un lado, y eso se repitió varias veces mientras subíamos por Mundal, pero no creo que me descubriera.

¿Recuerdas el portón que hay junto a la valla de piedra? Allí giró a la derecha en dirección a esa casa amarilla que está solitaria junto al bosque. Yo me había escondido detrás de la valla, y ahora voy al grano: en el instante en que ella iba a abrir la puerta de la casa, descubrí de repente que algo salía volando de su bolso. Y, acto seguido, la señora había desaparecido.

Yo estaba tan nerviosa que no era capaz de pensar en nada. Así debe de sentirse un delincuente la primera vez que comete un delito, pues en menos de un segundo me encontraba en el llano, delante de la casa, más o menos como un atracador de bancos enmascarado que, de repente, y de un salto, se sube al mostrador gritando: «Esto es un atraco». No es que aquello fuera precisamente un atraco, no grité, y tampoco llevaba ninguna máscara, pero me apoderé de un pequeño sobre y volví a esconderme detrás de la valla de piedra. Dentro del sobre había una carta, en la que ponía:

Querida Bibbi:

Llevo toda la mañana andando por la ciudad, pero no consigo volver a encontrar esa extraña librería de viejo. ¿Puede haber desaparecido de ayer a hoy? Lo único que sé es que estaba en una de esas estrechas callejuelas detrás de la Piazza Navona.

Estaba buscando una edición italiana de la famosa obra de teatro noruega *Peer Gynt*, y cuando el dueño de la

librería de viejo se dio cuenta de que yo era noruega, me llevó hasta un viejo armario lleno de libros y señaló uno que se distinguía de todos los demás tomos por el simple hecho de ser completamente nuevo.

—No sólo tengo libros que ya **están** escritos —susurró con una mirada intensa.

Naturalmente, no entendí lo que quería decir, pero entonces sacó el libro del armario, se me acercó mucho y precisó:

—Además, colecciono libros que antes o después **serán** escritos. Lo cierto es que hay infinidad de ellos, pero no es frecuente tener uno en la mano.

Y diciendo eso, me puso el libro en las manos. En la cubierta había una foto de unas montañas muy altas y creo que el título decía algo sobre una «biblioteca mágica». Pero lo importante no era ni la portada ni el título. ¡LO INCREÍBLE ES QUE EL LIBRO SE HABÍA PUBLICADO EN OSLO EL AÑO QUE VIENE, EN 1993!

¡Estaba publicado en algún momento del año que viene, Bibbi! El anciano subrayó además que se trataba de una edición especial.

Me asusté tanto que dejé inmediatamente el libro. Era como si me hubiera quemado. Ni siquiera llegué a anotar el nombre del autor. ¿Me puedes ayudar tú, Bibbi? Si en Noruega hubiese sólo un bibliógrafo, ésa serías tú. La cuestión no es, por tanto, quién ha escrito un libro sobre una «biblioteca mágica», sino quién seguramente lo está escribiendo.

Salí disparada de la tienda diciendo que tenía que coger un tren. Al abrir la puerta de la calle, a pesar de todo me volví y pregunté al hombre el precio de ese raro ejemplar. Se puso furioso, deberías haberlo visto, levantó las cejas y me ladró:

—¡Cómo se atreve! Nadie **vende** a su hijo más querido. Este tomo es más valioso que el incunable más caro...

Me pregunto si era sordo. Hablaba un italiano poco claro, y parecía leerme en los labios cuando le hablaba.

Perdóname por haberte llamado tan tarde la otra noche, pero estaba completamente fuera de mí. ¡Ojalá pudiera volver a encontrar esa librería de viejo! Es como si se la hubiese tragado la tierra.

Saludos de Siri. Campo dei Fiori.

8 de agosto de 1992.

Eso ponía en la carta, Nils. ¿Qué te parece? De repente había robado una misteriosa carta y la había leído a escondidas. ¿Cómo podía deshacerme de ella?

Sé que te encanta tomarme el pelo porque siempre llevo una libreta en el bolsillo, pero me gusta anotar ideas ingeniosas antes de que se me olviden, y esta vez de verdad que me resultó muy útil. Copié a toda prisa la carta, luego volví a hurtadillas a la casa amarilla y la dejé donde la había encontrado.

No hace más de media hora que he vuelto a casa, y no puedo decir que precisamente me haya tranquilizado al leer tu carta, pues no me gusta la idea de que esa mujer haya patrocinado nuestro diario con diez coronas. Es como si también se hubiera hecho dueña de nuestros pensamientos.

¿Qué voy a hacer? Creo que estamos tras la huella de algo interesante. Al menos sabemos que se llama Bibbi. Si creemos lo que dice la carta, también sabemos que es «bibliógrafa». ¿Pero qué demonios significa eso? ¿Y qué es un «incunable»?

Estoy a punto de echarme a llorar, de verdad, así que más vale que deje ya de escribir: no creo que el rotulador sea resistente al agua.

Voy a bajar corriendo a Correos para enviarte el diario ahora mismo. ¡Tienes que contestar *ipso facto*!

Saludos de tu asustadísima prima Berit

¡Hola Berit!

Realmente divertido. Un libro que fue *publicado en 1993*. ¿Crees que soy tonto o qué?

Me parece bien escribir un diario, pero no hace falta que empieces tan pronto con tus fantasías. Si crees que es tan fácil engañarme, te equivocas. Aunque soy un año menor y mido diez centímetros menos que tú, no soy un crío que se cree todo lo que le cuentan. Te he descubierto. Si pretendes que me crea lo de esa carta, tendrás que enviarme el original. No basta con una transcripción de «Las fantásticas historias de la libreta de Berit Bøyum».

He investigado y sé lo que significa «bibliógrafo» e «incunable». *Biblíon* es una palabra griega que significa «libro». Y supongo que un bibliógrafo es alguien que está chiflado por los libros. Suena bastante perverso, en mi opinión. «Incunable» viene de una palabra latina, *incunabula*, que significa «en la cuna».

Esa Bibbi es, pues, una señora que está chiflada por los libros, y la que le escribió la carta ha descubierto un libro que aún no se ha escrito y que, ¡encima!, es más valioso que *una cuna*... Sí señorita, ¡cómo no voy a creerte!

Si estás pensando que estoy en plan irónico, has acertado. Pero hoy no estoy para bromas, porque me ha tocado el Cachas en gimnasia, y está completamente loco.

No sabes lo impaciente que estoy por recibir la auténtica carta de Siri Campo dei Fiori.

Ja, ja,
Nils

¿Querido? Nils:

¡Bastante trágico, digo yo, ¿no?!

Después de tragarme tus sarcasmos, llevo una hora sentada mirando la lluvia, que está cayendo a cántaros. ¡Así que no me *crees*! Arriesgo mi vida por ti robando esa horrible carta justo delante de la boca del lobo y tú me lo agradeces con un «ja, ja» y «las fantásticas historias de la libreta de Berit Bøyum».

Tal vez ésta sea la última vez que te escribo porque, si no te crees lo que te cuento, no tiene mucho sentido seguir haciéndolo. En ese caso, puedes quedarte con el diario si quieres. Estás tan lleno de frases apestosas que seguro que tienes de sobra para llenar el diario entero. Así tendrás algo que oler cuando seas viejo y te salgan canas. («¡Ja, ja!») Por cierto, parece que has olvidado que, como acabo de mudarme de Bergen, he prometido a unos 15 o 20 amigos escribirme con ellos. Por otra parte, siguen ocurriéndome todo el rato cosas para anotar en mi libreta. No debes considerar este diario un anuncio de esos de «CHICA DESEA CONOCER CHICO. Ref.: Sola y abandonada entre las altas montañas del fiordo de Sogn».

Además, no me creo que no te creas, al menos un poco, lo que te escribí. Lo que pasa es que tienes miedo al ridículo, como casi todos los chicos de tu edad. Pero hay un refrán que dice «El que nada arriesga, nada encuentra». Si no te hubieras creído lo de la carta misteriosa, no habrías consultado esas extrañas palabras en la enciclopedia. Por cierto, yo también las he consultado. Cito: «*bibliógrafo*, persona versada en bibliografía, conocedora de libros». Es obvio que lo confundes con «*bibliófilo*», porque eso sí que significa persona enamorada de los libros. Cito: «*bibliófilo*, amante de los libros, persona que colecciona libros raros y curiosos». Por lo demás, es correcto que «*incunable*», en realidad, viene de «cuna»; pero hoy en día se emplea para designar a los libros que han sido impresos antes del año 1500. Cito: «*incunable*, libro impreso en la primera época tras la invención de la imprenta».

¿Entiendes ya? El hombre de la librería quiso decir que el libro sobre la biblioteca mágica era aún más raro que esos viejísimos libros impresos hace más de quinientos años. Gran parte de esos libros los quemó la iglesia católica por considerarlos herejes o bien se han estropeado por otras razones. ¡¿Pero aún más raro debe de ser un libro que aún no se ha editado!?! Por no decir bastante misterioso, Nils. ¡¡¡¡¡Estoy de acuerdo contigo en que la carta que encontré es completamente increíble, pero eso no quiere decir que no debas creerme!!!!

Por cierto, ¿resulta más fácil de creer que una señora vaya por una librería

relamiéndose los labios porque cree que los libros están hechos de chocolate y mazapán? ¿O que saque diez coronas para dárselas a un chiquillo que pretende comprarse un diario? (Yo sólo pregunto.)

Me recuerdas a aquel apóstol que tuvo que meter la mano en las heridas de Jesucristo para creerle. Desgraciadamente no puedo señalarte más heridas que esa tan grande que hoy me has hecho en el alma, y en ese tipo de heridas no resulta fácil meter la mano. Y tampoco se curan fácilmente. Pero he averiguado algo más, Nils, y aunque tampoco te lo creas, es algo que al menos se puede probar.

Como ya sabes, mi madre ha empezado a trabajar en el hotel, así que he podido meterme un poco en ese mundo. Ya te contaré sobre la vida que se hace en la «trastienda». Por ahora sólo te diré lo que he averiguado sobre la señora de la casa amarilla.

Se llama Bibbi Bokken y el nombre en sí es una historia aparte. Pero ninguna persona de este lugar sabe si es su verdadero nombre, porque no habla con nadie. El caso es que no es de aquí, igual que yo. Bueno, yo sí nací aquí, pero creo que Bibbi Bokken llegó a Fjærland hace unos años.

Se compró una casa con bonitas vistas sobre el fiordo de Fjærland. ¿Y por qué no? Pero se dice que durante las primeras semanas, después de mudarse a la casa, se oían unos extraños ruidos que provenían de allí. Tal vez estuviera haciendo algún trabajo de bricolaje, un tabique nuevo o una encimera en la cocina. Sí, tal vez, pero los extraños ruidos se oían siempre en plena noche. A veces se oían estruendos...

Me lo ha contado la vigilante nocturna del hotel. Se llama Hilde Mauritzen y es majísima. Además, es hija de un diputado del Parlamento. (Bastante de fiar, ¿no crees?) Por cierto, también me contó otra cosa. Los rumores dicen que Bibbi Bokken era una especie de bibliotecaria en una gran biblioteca de Oslo, antes de que de repente hiciera las maletas y apareciera aquí en Fjærland.

¿Podrías hacer algunas averiguaciones en la capital? Al menos puedes buscar el apellido Bokken en la guía de Oslo (aunque ella ya no vive allí).

Saludos, puede que por última vez, de Berit

P.S. La que escribió la carta misteriosa no se llama Siri Campo dei Fiori. Estoy segura de haber copiado la carta correctamente. Ponía: «Saludos de Siri. Campo dei Fiori. 8 de agosto de 1992.». Eso significa que la tal Siri escribió la carta desde algún lugar llamado Campo dei Fiori. Dios sabe en qué parte del mundo se encuentra ese sitio, pero te digo que es tan importante incluir toda la puntuación como incluir todas las letras. Si escribo «Saludos de Berit. Buenas Noches», no significa que me llame Berit Buenas Noches, ¿entiendes?

P.S. P.S. ¿Por qué no me crees, Nils? Please! Me gustaría introducir dos reglas para este diario, porque así todo sería más sencillo.

1.^a regla: Queda prohibido mentir en el diario.

2.^a regla: Queda prohibido pensar que el otro miente.

Si no aceptas estas reglas, puedes quedarte con el diario. Por si acaso, te envío la llave y podrás dársela a tu madre, ya que es para ti tan importante que *alguien* te lea. (¿Sarcástica? ¿Yooo?)

P.S. P.S. P.S. Te pondré otro refrán: «¡Quien ríe el último, ríe mejor!».

Saludos de Berit. ¡Buenas Noches!

¡Querida Berit!

Lo siento muchísimo. La verdad es que no quise ofenderte, sólo tomarte un poco el pelo. Ya sabes cómo soy: Duro por fuera, blando por dentro. (Hum.) Pero cuando leí eso de que te había hecho «una gran herida en el alma» casi me pongo a llorar. De verdad que no era mi intención, y no sabía que fueras tan sensible. Pero lo eres, y ahora te creo. Porque si no hubieras escrito la verdad, tampoco tendrías esa herida en el alma. Te pido perdón y te devuelvo la llave. ¡Por favor, acéptala! ¡Te prometo que a partir de ahora cumpliré la segunda regla del diario! También intentaré no mentir, aunque me resulte difícil.

Para demostrarte que lo digo en serio, he empezado a hacer averiguaciones. En primer lugar, he averiguado dónde está Campo dei Fiori. Se lo pregunté a mi madre. Como sabes, escribe relatos para revistas, «para ayudar a la economía familiar y alejarse de la realidad soñando», como ella dice.

Ahora está escribiendo una historia para un concurso, y cuando le pregunté si sabía dónde está Campo dei Fiori o la Piazza Navona, me miró como si hubiera tenido una revelación.

–¡Claro! –gritó–. ¡Sucedió en Roma!

–¿Lo sabes? –pregunté, sospechando que había leído el diario a escondidas.

–Sí –contestó–. En la Piazza Navona de Roma. Allí nos conocimos.

Y se lanzó sobre la máquina de escribir a empezar su historia. Mi madre no se estaba refiriendo al diario, sino a ese pastelón rosa que se estaba inventando.

–Me has servido de inspiración, Nils –murmuró.

No sé muy bien lo que significa «inspiración», pero creo que es una especie de idea que tiene la gente cuando se pone a escribir. ¡Pero, sea lo que sea, la Piazza Navona está en Roma!

Ésa es la primera averiguación. La segunda me ha llevado tras unas pistas que me asustan bastante. Si tengo razón, estás en peligro, Berit, y el mejor consejo que puedo darte por el momento es: Mantente lejos de Bibbi Bokken y esconde todos tus libros. Tengo una teoría, ¿sabes?, mejor dicho, una idea. Una idea sobre quién es Bibbi Bokken, y a lo que se dedica. No te asustes mucho, Berit. Sé lo sensible que eres, pero es importante mantener la calma. Escucha: Miré en la guía de Oslo, como me pediste. Encontré un «Bokken, S. A.». Llamé y contestó un hombre. No conocía a ninguna Bibbi Bokken. Pregunté a qué se dedicaba su empresa, y me dijo que trabajaba en el sector alimenticio. No soy tan bueno como tú con las palabras difíciles (bibliófilo/bibliógrafo, ¿comprendes?), así que le pregunté qué significaba, y me dijo que tenía su

negocio en la Ciudad de la Carne, en el barrio de Furuset, y que importaba maquinaria que luego vendían a los mataderos.

¡LA CIUDAD DE LA CARNE, Berit!

Me eché a temblar, me senté a inventar una teoría, y después lo escribí todo como si fuera una redacción para el colegio. Sí, lo has entendido bien. Para mañana tenemos redacción de tema libre, y como sólo podía pensar en Bibbi Bokken y la Ciudad de la Carne, me puse a escribir sobre ello. Con nombres y todo. Espero que no importe. No creo que haya nadie aquí que conozca a Bibbi Bokken, y, además, si mi teoría es correcta, tampoco es ése su verdadero nombre.

Como ves, he hecho una fotocopia de la redacción y la he pegado en el diario. Estoy impaciente por saber qué te parece. Pero que no cunda el pánico, Berit. Si necesitas ayuda, iré a Fjærland aunque tenga que hacer autostop y pellas en el colegio. Y lo dicho: Te pido perdón y espero que tu herida ya se esté curando.

Tu arrepentido primo Nils

P.S. Tienes que impedir a toda costa que Bibbi Bokken descubra el diario, porque en ese caso podrías encontrarte en gran peligro.

EL ASESINO DE LA CIUDAD DE LA CARNE

Birte Bakken se relamió los labios. Estaba bastante contenta consigo misma. La Ciudad de la Carne de Oslo estaba muy lejos de Fjærland, en la provincia de Sogn, pero lo había conseguido. Había borrado todas las huellas, y la policía no sabía qué hacer. El haberse cambiado el nombre, de Birte Bakken a Bibbi Bokken, era poco menos que genial. La idea le vino cuando vio el nombre de la empresa alimenticia Bokken en el libro de contabilidad del matadero. Durante bastante tiempo había estado pensando en lo que haría el día que la descubrieran. El cambiarse el apellido de Bakken a Bokken era osado, pero no imposible, y Birte siempre se había dejado guiar por el lema: Quien nada arriesga, nada encuentra. Desde luego, su lema estaba muy bien.

La escaladora, paracaidista, piloto de cazabombarderos Bakken. Había hecho de todo. El problema era que siempre se cansaba muy pronto de las cosas. Birte era una persona increíblemente apasionada, pero tenía un problema: sus pasiones desaparecían tan pronto como llegaban. Excepto una: amaba los libros.

Era un amor insaciable. Birte se denominaba a sí misma bibliógrafa, pero en realidad era bibliófila, lo cual es algo completamente diferente. *Amaba* los libros. No, eso no es verdad del todo. Amaba robar libros, pero nunca los leía. Incluso ayudaba a comprar libros a personas que no tenían dinero, sólo para luego sentir el placer de robárselos. Cuando lograba robar un libro, ya no tenía emoción y entonces tenía que robar otro. Enseguida.

La tragedia comenzó cuando Birte Bakken empezó a trabajar en una gran biblioteca de Oslo. Después del trabajo, solía entrar en la sección de libros antiguos, muy antiguos, más concretamente incunables. Allí se servía a lo grande, y se sentía a sus anchas. Pero, un día, un vigilante entró y la sorprendió cuando se estaba metiendo en el bolso un incunable increíblemente valioso. No sería una exageración decir que, al verse sorprendida, Birte se sintió aterrada. Pero, como siempre, estuvo muy resuelta, cogió un abrecartas que solía llevar en el bolso y se lo clavó en el pecho al vigilante. Él se llamaba Roger Larsen.

PERO ¿QUÉ HACER CON EL CADÁVER? Entonces se le ocurrió la idea de la Ciudad de la Carne en Furuset. Si

lograba sacar a escondidas el cadáver de Roger Larsen, meterlo en la Ciudad de la Carne y esconderlo entre las demás piezas, todo estaría resuelto. Acto seguido, hizo realidad su idea.

Cómo Birte logró introducir el cadáver de Roger Larsen en la Ciudad de la Carne y mezclarlo con el resto de las piezas es otra historia, pero lo cierto es que lo hizo. Y cuando lo hubo hecho, descubrió que ya tenía otra pasión: los asesinatos. Los libros y los asesinatos se convirtieron a partir de entonces en su vida. Y todo habría salido muy bien si no hubiera sido por el veterinario de la universidad Agrícola de Ås, que inspeccionó los animales exactamente el día en que Birte estaba colgando a un tal Frederik Wilhelmsen de Stavern.

–¿Qué clase de animal es éste? –preguntó el veterinario, y entonces Birte comprendió que estaba acabada. Todo el mundo sabía que era la ayudante de carnicero Birte Bakken quien había matado al animal. Pero el hecho de que no fuera un animal, sino el librero Wilhelmsen, de Wilhelmsens Libris, era desconocido por la mayoría. Y cuando se supo, Birte no tuvo más remedio que huir.

Y ahora se encontraba aquí, en Fjærland, con una nueva identidad. Miró el fiordo. Estaba a salvo y debería sentirse contenta. Pero no era así. Se aburría y no sabía qué hacer. Contempló la carretera, que serpenteaba alrededor del cementerio. Una chica venía andando por ella. Tendría unos trece o catorce años. Llevaba un libro en la mano.

Birte se levantó y se relamió los labios. Sintió un agujero en el estómago...

Querido primo «carnal»:

Estás perdonado, pero estás mal del coco. Primero te niegas a creer que haya encontrado una carta cerca de la casa de Bibbi Bokken y lo llamas «fantásticas historias de la libreta...». Acto seguido me sirves una historia verdaderamente perversa sobre ¡¡¡«El asesino de la Ciudad de la Carne»!!! Creo que ves demasiados vídeos, chaval.

¿Escribiste esa historia sobre la carnicera asesina Birte Bakken para celebrar, por así decirlo, que a partir de ahora todo está permitido mientras sea lo bastante increíble? Pues no todo está permitido, ¿sabes? ¡En general pienso que debes bajar el ritmo de la investigación!

No sé si debo acusarte de haber incumplido la primera regla del diario, pero poco le falta. Lo que te salva es que, de alguna manera, admites que toda la historia es pura fantasía. O mejor dicho una «teoría», que suena más fino. En cualquier caso, tengo unas ganas locas de saber lo que opina de la redacción tu profe. Me parece que debes alegrarte de que no te den las notas hasta el año que viene...

Creo que estoy tocando un punto importante, Nils. Me refiero a si imaginarse cosas es lo mismo que mentir. Algunas veces lo es, claro. Por ejemplo: si llegas tarde al colegio e inventas una historia sobre que te has retrasado porque has tenido que ayudar a una anciana que se cayó en el hielo y se rompió el fémur, en ese caso mientes descaradamente, porque haces como si lo que cuentas fuera verdad, aunque sabes que es pura invención. Pero tampoco es siempre así.

Si la imaginación es lo mismo que la mentira, a los escritores les encanta mentir. Quiero decir: *viven* de ello, y la gente va y compra alegremente sus mentiras. La gente incluso se hace socia de círculos de lectores con el fin de recibir las mentiras directamente en sus buzones.

Yo creo que lo que ocurre es que a algunos les gusta mentir y a otros que les mientan. En cada municipio se han construido unos grandes edificios en los que la mentira se reúne en lugares llamados «bibliotecas». También podrían llamarse «laboratorios de la mentira» o algo por el estilo. Mejor hubiera sido llamar a las bibliotecas «almacenes de bromas y hechos». Porque tampoco es mentira todo lo que pone en los libros. Incluso dentro del mismo libro puede haber algo de verdad y algo de imaginación. Y por eso no resulta muy fácil enterarse. Muchas de las cosas que son verdades absolutas son igual de increíbles que las que son puras mentiras y patrañas. ¿Has leído *El diario de Ana Frank*,

por ejemplo? Es una historia increíble. ¡Pero es verdad! (Believe me!) Y lo mismo ocurre al revés: algunas historias inventadas son tan corrientes y aburridas que parecen verdaderas, pero pueden ser tan inventadas como esas locas historias del espacio. Lo sé, porque este año tenemos un aburridísimo libro de inglés. «Mary is often on vacation in Norway...» y cosas así. ¡¡¡Pero no *está* allí, porque ella no existe!!!

No sé si has oído hablar de *Peer Gynt*, pero al menos sabrás que es tal vez la obra más famosa del dramaturgo Henrik Ibsen. Peer sí que tenía imaginación. A su madre no le hacía mucha gracia. «¡Peer, mientes!», decía, y así empieza la obra. Varias veces la madre grita «mentiroso» y cosas peores a su hijo, sólo porque él tiene mucha imaginación. ¿Sabes lo que hace Peer entonces? Levanta a su madre por los aires y la deja sobre el tejado de un molino. Y allí se queda gritando mientras Peer se pasea por una boda y bebe hasta ponerse pedo. ¡¡¡Todo acaba con que secuestra a la novia!!! (Bueno, la obra sigue, claro, pero en clase sólo hemos leído el primer acto.)

Pero volvamos a Bibbi Bokken. También en lo que a ella se refiere tenemos que distinguir entre la verdad y la mentira. Voy a intentarlo:

MENTIRA: Bibbi Bokken se llama «en realidad» Birte Bakken y ha cometido al menos dos asesinatos. Aparte de ser escaladora, paracaidista y piloto de cazabombarderos, le interesa sobre todo robar libros. Cambia de nombre y se muda a Fjærland con el fin de ocultar varios crímenes. Por cierto, la policía noruega es tan tonta que no logró hacer un retrato robot de ella para que se la pudiera identificar. Pero, bueno, ¿qué más da un pequeño asesinato de vez en cuando? (¡Pues el veterinario de Ås había *descubierto* que era ella la asesina!)

VERDAD: Hace relativamente poco tiempo se ha mudado a Fjærland una mujer bastante rara que se hace llamar Bibbi Bokken. Va por las librerías relamiéndose los labios porque los libros le recuerdan el chocolate y el mazapán (Fuente de investigación: Nils Bøyum Torgersen). Además, esta señora contribuye con una moneda de diez coronas a la compra de un diario con una foto del fiordo de Sogn (Fuente: Nils Bøyum Torgersen). Tiene en su poder una misteriosa carta de una mujer llamada Siri. En la carta se habla de un libro que no se publicará hasta el año que viene, pero que sin embargo se encuentra en algún lugar de Roma. El libro trata probablemente de una «biblioteca mágica» (Fuente: Berit Bøyum). En las semanas siguientes a la llegada de Bibbi Bokken a Fjærland, se oyeron en medio de la noche ruidos misteriosos procedentes de su casa (Fuente: Hilde Mauritzen, hija de Sverre Mauritzen, diputado del Parlamento por el Partido Conservador). Además, se pasea por ahí con un viejo cuaderno en el bolso y tiene mucho interés en ver lo que dos

jóvenes escriben en un libro de firmas de un refugio a dos mil metros sobre el nivel del mar.

¿Me sigues, Nils? Tampoco podemos descartar que algo de lo que se pone debajo de «Mentira» *pueda* ser verdad. ¡PERO NO LO SABEMOS! Y si vamos a ser detectives de verdad, sólo podremos basarnos en cosas que sepamos. Claro que también podemos emplear la imaginación y elaborar diferentes teorías. Pero, en ese caso, hemos de averiguar si lo que adivinamos es verdad. (Quiero decir que tenemos que seguir huellas auténticas y no nuestras propias pistas imaginarias. En ese caso, acabaríamos en el país de los sueños o, por lo menos, *no* en Fjærland.)

Sugiero una tercera regla para el diario:

3.^a regla: Tenemos que verificar todas las informaciones sobre Bibbi Bokken, antes de seguir trabajando sobre ellas.

¿Estás de acuerdo, Nils? ¡¡Se ruega contestación!!

P.S. Al final tengo que escribir algo sobre las alegrías y penas de la vida privada. Creo que comenzaré por las penas. Yo también he empezado ya el colegio, y ¡está lleno de pequeñajos por todas partes! Dan ganas de llorar, porque aquí estamos todos mezclados. ¿Te imaginas? Yo que me había hecho tantas ilusiones con empezar en el instituto. Mi único consuelo es que también comparto clase con los chicos de 8.º y 9.º curso. ¡Aquí lo llaman «escuela unitaria»! Procuraré hacerme amiga de ellos. (Muchas veces se creen que soy de 9.º, ¿sabes? ¡Sí señor!)

Y ya paso a la única alegría que he descubierto hasta ahora: ¡¡¡la profesora de Lengua es la directora!!! Pensarás que estoy mal del coco llamando «alegría» a algo así. ¡Pero la verdad es que es supermaja! Se llama Asbjørg, lleva unas largas trenzas negras y parece una india. ¿Sabes lo que hicimos en la primera clase de noruego? ¡Correcto! Leímos la obra de teatro sobre ese mentiroso que subió a su madre al tejado del molino.

¡Tienes que contestar enseguida! Hasta pronto, y mucha suerte con la redacción.

Saludos de tu elegante prima Berita Bø Yum

¡Querida Bø Yum!

¡Puf! ¿Y tú, qué vas a ser de mayor? ¿Detective o filósofa? Esa carta tuya es lo más fuerte que he leído en mi vida; para decir verdad, hizo que me sintiera bastante avergonzado. Pero sólo al principio. ¡Porque luego empecé a pensar, pues ésa es mi especialidad, ¿sabes?! Incluso sé fruncir el ceño y mover las orejas a la vez. Ahí tienes algo que aprender, Berit. Me puse a pensar en todo lo que sabía, y entonces me di cuenta de que en tus teorías hay algo que no cuadra. ¡Abróchate el cinturón de seguridad, Bøyum! Voy a regalarte algunos pensamientos de N. B. Torgersen:

VERDAD: Miré en la guía telefónica y llamé a BOKKEN, S. A. Allí me dijeron que no conocían a ninguna Bibbi Bokken (Fuente: Bokken, S. A.). Luego elaboré unas teorías «infantiles» y escribí una redacción sobre mis sospechas (Fuente: La imaginación de Nils Bøyum Torgersen).

Entregué la redacción al profesor Bruun (Fuente: Nils Bøyum Torgersen. Puede verificarse si se contacta con el profesor Bruun).

MENTIRA: Nils Bøyum ha visto demasiados vídeos (Fuente: Berit Bøyum, que no tiene ni idea de lo que está diciendo, pues Nils Bøyum Torgersen no tiene vídeo en su casa (fuente: Trygve Torgersen, taxista, e Ingrid Bøyum, escritora aficionada)).

Bibbi Bokken va por una librería de Sogndal relamiéndose los labios (Fuente: Berit Bøyum, *no* Nils Bøyum Torgersen).

Fui yo quien la vio en la librería y escribí que se le *caía la baba*, lo que es muy distinto a relamerse los labios. Es como mucho más sospechoso.

Así que no te olvides de la segunda regla del diario: *Queda prohibido pensar que el otro miente*.

La 3.^a regla suena bien, pero se tendrá derecho a usar un poco de imaginación. Si tenemos que verificar absolutamente todo, no vamos a llegar a ninguna parte.

Un escritor llamado Tor Åge Bringsværd escribió un poema breve y bueno:

*El que tiene los dos pies en la tierra
no se mueve.*

Me parece que este poema dice mucho sobre qué es escribir poemas y también sobre lo que es leer, porque, cuando leo un libro que me gusta, es

como si lo que leo hiciera que mis pensamientos volaran y desaparecieran del libro. Es decir, que el libro no es sólo las palabras o las imágenes sobre el papel, sino todo lo que invento mientras leo.

Ahora estoy leyendo *Winnie-the-Pooh* en inglés para practicar el idioma. En él hay un capítulo en que Cangu y Tigger trepan a un árbol y luego no saben bajar. Tigger siempre está repitiendo que es campeón mundial en todo, también en trepar a los árboles. Lo que ha olvidado es que sólo sabe trepar, y no bajar. Para ayudarlos, Winnie y los demás ponen en marcha una acción de salvamento.

Christopher Robin se quita el blusón para que Cangu y Tigger puedan saltar sobre él sin hacerse daño. Entonces el autor, A. A. Milne, escribe sobre Piglet y los *tirantes* de Christopher Robin.

Lo que ocurre es que Piglet sólo ha visto los tirantes de Christopher Robin una vez en su vida y eran de un color azul que jamás ha olvidado. Piglet se emociona al saber que va a volver a verlos. A la vez, se pone muy nervioso por miedo a que no sigan siendo de ese fantástico color azul. ¿Y si son del aburridísimo color azul normal y corriente que ya ha visto mil veces? Christopher se quita el blusón y a Piglet le entra flojera de tanta felicidad, pues los tirantes eran tan azules como él recordaba, y Piglet piensa que es un día fantástico.

Aunque esta historia trate de un par de tirantes, también trata de algo más. Me hizo pensar en un cuadro de un velero que había en la pared de una granja donde yo veraneaba de pequeño. Lo más probable es que fuese un velero normal y corriente, pero para mí era el barco más bonito del mundo. Todas las noches, mamá me contaba historias en las que me encontraba a bordo de ese barco, navegando alrededor del mundo en dirección a tierras lejanas.

Y luego me acordé de otra cosa, y ésta tiene que ver contigo, Berit.

¿Te acuerdas de cuando estuvimos en el refugio de Flatbre y compartimos una chocolatina? Brillaba un sol maravilloso, ¿verdad?, y estábamos cansadísimos. Luego nos metimos cada uno un trozo de chocolate en la boca, y tú me sonreíste.

Había algo en el aire, tu sonrisa, el sabor a chocolate, y el haber alcanzado por fin la cima, que lo convirtió en un momento fantástico. Tuve la misma sensación al leer lo de los tirantes de Christopher Robin.

Por eso me gusta leer. De alguna manera me convierte también a mí en autor.

Bueno, me he ido por las ramas, pero es como si esta historia de Bibbi Bokken hubiera puesto en marcha mi imaginación, y eso me parece estupendo.

Prometo que en la próxima carta me centraré en Bokken. En este momento mi mano está tan mustia que ya no puede escribir más. Mañana recuperaré el estilo. Me temo lo peor.

Saludos del profesor de literatura Nils B. Torgersen

P.S.

Qué pena que estés rodeada de tantos pequeños. Pórtate lo mejor que puedas con los enanos de 6.º: también ellos son una especie de seres humanos, aunque no lo parezca.

Nuevo saludo del pequeño Nils, 6.º B

P.S. 2

¿Quién es Ana Frank?

Querido profesor Sabio de 6.º B:

Gracias por tu carta. Tengo que admitir que nunca he visto ni de lejos una edición inglesa de *Winnie-the-Pooh*. En este aspecto, el niño de sexto me ha impresionado bastante. Pero tienes razón cuando dices que algo sucede dentro de nuestras cabezas cuando leemos, porque ahora yo también tengo la sensación de haber visto los tirantes azulísimos de Christopher Robin. Tal vez todos los colores del arco iris estén almacenados en algún lugar muy escondido de nuestro cerebro. Y lo mismo ocurrirá con todos los olores y sabores del mundo. (JUGOSAS PERAS, Nils. ¡Se me hace la boca agua! ¡Tiene que haber una misteriosa relación entre las letras del alfabeto y nuestros nervios gustativos!)

Yo también estoy de acuerdo en que «el que tiene los dos pies en la tierra no se mueve». Aunque el propio planeta no para de girar, claro. (Alguien ha dicho que el mundo es un escenario. Por mí vale, pero en todo caso tiene que ser un escenario giratorio.)

Como me enviaste el minipoema de Tor Åge Bringsværd, empecé a hurgar en las «colecciones de poesía» de mi madre para ver si encontraba algo «breve y bueno» para ti. Cuando mi madre lo descubrió, se puso tan contenta que me dio una miniconferencia sobre un poeta llamado Jan Erik Vold. (Es su poeta favorito, ¿sabes?, y lo es desde que la conozco.) A lo mejor lo has visto en televisión. Está loco, y sus poemas también. Es capaz de escribir larguísima poemas sobre algo tan cotidiano como un pan o una vía del metro. Pero también sabe escribir unos minúsculos poemas que, de alguna manera, tratan del mundo entero. Escucha:

*la gota
que cuelga
ya no cuelga*

¿Qué te parece, Nils? Te daré una explicación muy personal. Alguna vez habrás visto una gota en un canalón, o ¿no? Entonces está colgando de él, ¿verdad? Pero antes de que puedas mirarla durante mucho rato, ya no cuelga. Así es, según la opinión de Jan Erik Vold y la mía, porque todo está cambiando constantemente. A mí me parece que este poema trata del mundo entero. ¡¡¡Y sin embargo, sólo contiene *siete* palabras!!!

Y ahora llego a lo más importante: hace sólo algunas horas estuve con los dos

pies en el barco de Balestrand. (Y entonces sí que se movía todo.) ¡Pero te contaré toda la historia porque tal vez sea SUPERIMPORTANTE!

Desgraciadamente existe una pequeña posibilidad de que tengan que ponerme un aparato para colocarme los dientes. ¡No me compadezcas, por favor! Lo menciono porque tuve una experiencia de locos viniendo del dentista. Adivina a quién me encontré en la cafetería. ¡CORRECTO! Allí estaba Bibbi Bokken, inclinada sobre un enorme libro azul, fumando en pipa. Acabo de decir que ESTABA FUMANDO EN PIPA, pero eso no es lo más importante. Lo más importante es que de repente la señora se pone a hablar sola. Yo me había sentado a bastante distancia de ella y no creo que me viera. De pronto le oigo decir:

–¡Preciooso! ¡Me encaaanta Degüey!

Temí que las orejas se me cayeran al suelo por lo que acababan de escuchar, porque no es normal que de repente alguien se ponga a hablar solo en un barco, al menos no aquí, en el fiordo de Sogn. Y en cualquier caso, ¡no es normal que hables en voz alta y a los cuatro vientos sobre lo que te *encaaanta*!

Y dijo más, algo mucho más absurdo. Dijo:

–Dinosaurios... 567,9. ¡Bingo! ¡Rubeola... 618,92! ¡Otra vez bingo!

Y un instante después, se volvió hacia mí como si tuviera ojos en la nuca y supiera que estaba detrás de ella; y señalando el gran libro, que era al menos tan azul como los tirantes de Christopher Robin, dijo:

–Degüey ha dado a cada delicia su determinado lugar en la bi... bi... blioteca.

(Estoy segurísima de que empezó a tartamudear cuando iba a decir «biblioteca».)

Te mentiría si dijese que me sentía a gusto. La verdad es que no me gustaba nada estar en el mismo barco que esa señora de los libros. Quizá también estuviera pensando en esa chiflada redacción tuya. Opté por echar a correr y subir a la cubierta. Al pasar volando al lado de la señora, capté una palabra misteriosa en la portada del libro azul. Ponía «Clasificación decimal».

¿Qué demonios es una «clasificación decimal»? ¿Y quién es ese «Degüey»? Te desafío, Nils. Al fin y al cabo, vives más cerca de la civilización que yo. En este lugar estoy segura de que no hay nadie más que Bibbi Bokken que lea sobre una «clasificación decimal». (Tal vez haya descubierto una pista importante, tal vez no.)

P.S. Ana Frank era una chica alemana de familia judía. Huyeron de Alemania en 1933 para establecerse en Amsterdam. Pero cuando los alemanes ocuparon Holanda, enviaron a los judíos a los campos de concentración. (¡El objetivo era matar a *todos* los judíos de Europa! ¡Consiguieron matar a seis millones!) Para salvar la vida, toda la familia de Ana Frank se mudó a unas habitaciones secretas

detrás de la tienda en la que había trabajado el padre. Allí vivieron escondidos de los alemanes durante un par de años, y Ana empleó el tiempo, entre otras cosas, en escribir un diario. Soñó con llegar a ser escritora y esperaba que su diario pudiera ser publicado después de la guerra. Pero entonces ocurrió la catástrofe: en el mes de agosto de 1944, los nazis irrumpieron en la vivienda secreta, y toda la familia de Ana fue enviada a un terrible campo de concentración en Alemania. Allí murió Ana, un par de meses antes de acabar la guerra. (Cuando leí su libro, unas veces me cabreaba bastante por lo que contaba y otras me echaba a llorar. Ahora estoy llorando...)

Afortunadamente, el diario de Ana fue encontrado por unas personas honradas que lo guardaron muy bien. Luego, después de la guerra, fue publicado en todas las lenguas del mundo. Así Ana llegó a ser escritora a pesar de todo. Escribió uno de los libros más famosos del mundo. ¡Pero nunca llegó a disfrutar de su propia fama! Podría contarte mucho más pero, si te interesa, encontrarás el libro en la biblioteca. Sin embargo, te ofreceré una pequeña muestra. Ana escribió el diario entre el 12 de junio de 1942 y el 1 de agosto de 1944 (tres días antes de que llegaran los nazis a la casa). El 20 de junio de 1942, cuando tenía exactamente la misma edad que yo tengo ahora, escribe:

Hace un par de días que no escribo, porque primero he querido reflexionar seriamente sobre esta idea de un diario. Es una extraña ocurrencia por mi parte el querer escribir un diario. No porque nunca haya «escrito» antes, sino porque tengo la sensación de que sólo yo, y nadie más, tendrá más adelante interés por las confidencias de una chica de trece años. ¿Pero qué importa eso? Tengo ganas de escribir ahora, e intentaré poner sobre el papel todo lo que está escondido en lo más profundo de mi corazón... El papel es más paciente que los seres humanos.

¿Me sigues, Nils? Luego escribe que no tiene ninguna amiga con la que pasar el rato, y decide que el diario sea su amiga:

Por eso quiero empezar a escribir un diario. En mi imaginación, quiero dar vida a esa amiga que tanto echo de menos. Así que no sólo anotaré las cosas que ocurren, como hacen los demás, sino que quiero que el diario sea mi amiga, y esa amiga se llamará Kitty.

Saludos,

*Berit
escribe
ya no*

Querida Degüey:

*Escribo
ahora
sentado en la cama
escribiendo*

Hoy me han devuelto la redacción. Tenías razón en que el profe no se iba a entusiasmar demasiado. Ha escrito en rojo en el cuaderno: «Tendrás que poner freno a tu imaginación, Nils». Al devolverme el cuaderno, me dijo que me quedara en el aula después de la clase, y es cuando descubrí que había encontrado una pista importante: ¡Gallina ciega también encuentra grano!, aunque aún no sepa lo que es (hum, hum).

Para estar totalmente seguro de que todo lo que escribo ahora son VERDADES, he procurado reproducir el encuentro Bruun/Bøyum Torgersen exactamente como fue. Puede que me haya olvidado de algunas palabras y que escriba mal algunas frases, pero la reproducción del ambiente y los datos más importantes son correctos, así que creo que se trata de VERDADES. ¿De acuerdo? ¿No sabe? ¿No contesta?

DIÁLOGO ENTRE EL PROFESOR BRUUN
Y EL ALUMNO BØYUM TORGENSEN

Pasos. El último alumno sale del aula. La puerta se cierra. Bøyum Torgersen (en adelante «El alumno») baja la vista. El profesor Bruun (en adelante «El profesor») se acerca lentamente al alumno. Pausa.

EL PROFESOR: Ejem.

(Pausa.)

EL PROFESOR *(serio)*: Bueno, Nils. ¿Qué me dices de esto?

EL ALUMNO *(nervioso)*: No lo sé, profesor.

EL PROFESOR: ¿Ves muchos vídeos?

EL ALUMNO: No, no tenemos vídeo.

(Nueva pausa.)

EL ALUMNO: ¿Puedo marcharme ya, profesor?

(El alumno hace ademán de levantarse.)

EL PROFESOR: Espera un poco, Nils.

(El alumno se vuelve a sentar.)

EL ALUMNO: Vale.

EL PROFESOR: ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que es arriesgado usar nombres reales al escribir historias tan sangrientas como las tuyas?

(El alumno se pone rojo.)

EL ALUMNO: ¿Cómo nombres reales?

EL PROFESOR: Si yo escribiera una historia sobre un asesino en serie y lo llamara Nils Bøyum Torgersen no te haría mucha gracia, ¿verdad que no?

EL ALUMNO *(en voz baja)*: Sí.

EL PROFESOR: ¿Qué has dicho?

EL ALUMNO: Nada.

EL PROFESOR: ¿Sabías que Bibbi Bokken *existe*?

(El alumno procura ocultar su agitación, y habla con una voz lo más natural posible.)

EL ALUMNO: ¿De verás? No... lo sabía.

EL PROFESOR: Es amiga... bueno, conocida de mi mujer.

EL ALUMNO *(con voz ronca)*: ¿De verdad?

EL PROFESOR: Sí, estudiaron juntas en la Escuela Superior de Bibliotecarios.

EL ALUMNO *(agitado)*: En la escuela de bi... bi... bi...

EL PROFESOR: Sí.

EL ALUMNO: ¿Y con Degüey?

EL PROFESOR: ¿Cómo?

EL ALUMNO: ¿No estudió también Degüey allí?

EL PROFESOR *(pronuncia Dewey letra a letra)*: ¿Quieres decir DEWEY?

EL ALUMNO: Sí, creo que se llamaba así.

EL PROFESOR: Melvil Dewey no estudió en la Escuela Superior de Bibliotecarios. Elaboró un sistema de catalogación para las bibliotecas.

EL ALUMNO *(confuso)*: Sí, eso es.

EL PROFESOR *(irritado)*: ¿Qué tiene que ver con esto Dewey?

EL ALUMNO *(en voz baja)*: Eso es justo lo que yo me pregunto.

EL PROFESOR: ¿Qué has dicho?

EL ALUMNO *(deprisa)*: Nada.

EL PROFESOR: Vayamos al grano.

EL ALUMNO: Sí.

EL PROFESOR: ¿Estás seguro de que no conoces a Bibbi Bokken?

EL ALUMNO *(despacio)*: Sí... No la conozco.

EL PROFESOR: Bueno, bueno, Nils. Todo esto es para que veas que hay que tener mucho cuidado al usar nombres propios. Nunca se sabe a quién irá a parar el dardo, ¿verdad?

EL ALUMNO: ¿Qué dardo?

EL PROFESOR: Sólo quiero decir que debemos tener cuidado con no herir a nadie. ¿No estás de acuerdo?

EL ALUMNO: Sí, señor.

EL PROFESOR: Tal vez habría sido mejor que hubieras escogido un tema un poco menos sangriento.

EL ALUMNO *(haciendo como si estuviera de acuerdo)*: Sí, señor.

EL PROFESOR *(sonríe)*: Y, Nils...

EL ALUMNO: ¿Sí?

EL PROFESOR: No se dice «Quien nada arriesga, nada encuentra».

EL ALUMNO *(confuso)*: ¿No?

EL PROFESOR: Se dice: «Quien nada arriesga, nada gana».

EL ALUMNO: Lo recordaré, profesor.

(El profesor le da amistosos golpecitos en la espalda. Salen. El profesor no se da cuenta de que el alumno está temblando de emoción.)

FIN

¡Esto es verdad, Berit! ¿Qué te parece? Las piezas del rompecabezas están a punto de encajar. Bibbi Bokken estudió en la Escuela Superior de Bibliotecarios. Qué hizo allí aún no lo sabemos. Pero podemos y debemos comprobarlo. Lo que sí es cierto es que tiene una relación muy especial con las bibliotecas, y con un sistema elaborado por un tipo llamado Dewey. Si tú puedes averiguar más sobre ese tema, yo hurgaré en el pasado de Bokken aquí en Oslo.

Rectifícame si me equivoco pero, si lo he entendido bien, estamos solucionando dos problemas:

- 1) Estamos buscando la verdad sobre la misteriosa Bibbi Bokken.
- 2) Intentamos encontrar un libro que se publicará dentro de un año.

En lo que se refiere a la tarea 1, estamos sobre la pista. En cuanto a la 2, no tenemos ni idea.

Pero Berit: mi enfermiza imaginación me dice que, si solucionamos esas dos tareas, solucionaremos a la vez la tercera, que es la verdadera y que ni siquiera sabemos aún cuál es.

Sé que suena a locura, pero otros pensamientos locos ya nos pusieron antes sobre el buen camino, así que ¿por qué no también ahora?

Saludos,

Nils

Muy distinguido Nils Bøyum Torgersen:

Estoy impresionada. ¿Te das cuenta de que has escrito una obra de teatro?

Me refiero, claro, al «Diálogo entre el profesor Bruun y el alumno Bøyum Torgersen». ¡Buen título, por cierto! Aunque tal vez no sea suficiente para una obra entera de teatro, al menos es un «entremés». Lo haces muy bien, Nils. Me pregunto si de mayor no serás dramaturgo, como Henrik Ibsen. Tu obra me recuerda un poco a *Peer Gynt* (¡Nils, mientes!), aunque no te pusieras agresivo con tu profe sólo porque se queje de que no eres capaz de poner freno a tu imaginación. ¡Pero tu obra vibra de emoción! Me temía que ese tío acabaría dándote una bofetada.

También estoy impresionada con que la redacción, después de todo, diera resultado. Pero me parece que dejaste escapar con demasiada facilidad a tu profe. ¡¡¡Su mujer *conoce* a Bibbi Bokken!!! Puedo entender que te diera miedo admitir que tú también la conocías, pero no te des por vencido con eso. Sugerencia: la próxima vez que estés a solas con tu profe, repítele que no conoces a Bibbi Bokken... pero luego dile que te gustaría conocerla. No, eso no sirve... Tienes que decir que la viste una vez por pura casualidad y que te pareció tan chiflada que te gustaría saber más sobre ella. *Eso sirve*. Si empieza a preguntar, tendrás que inventarte algo. Pero ahora tienes una auténtica PISTA REAL que tendrás que seguir hasta «the bitter end».

Por otra parte, acabo de estar en la biblioteca. (Por fin Fjærland tiene su propia pequeña biblioteca pública, en la planta baja del centro de la tercera edad.) Entré y empecé a mirar en las estanterías. Primero me entró una terrible depre al darme cuenta de que hay muchísimos libros que no he leído. Pero vencí el terror, que fue sustituido por la alegría de saber que existe un montón de libros emocionantes que están a la espera de que yo los lea.

Creo que impresioné a la bibliotecaria al quedarme un buen rato delante de los libros de poesía leyendo por aquí y por allá. Lo que ella no sabía era que me limitaba a abrir los de Jan Erik Vold. Te daré una pequeña muestra. (Siempre llevo conmigo boli y libreta.) ¡Agárrate!

SOBRE LA LAERIDAD

*la laeridad
dices, la laeridad
es mucho más laer
que la realidad, ¿no*

*te parece? Bueno, será
así, contesto, y sin embargo
la realidad
es más real*

*creo yo. Dices: ¿de qué
sirve eso
contra la laeridad, con lo
laer que es?*

¿Qué te parece, Nils? Debe de ser lo que llamamos un diálogo de besugos. Pero si la laeridad y la realidad se cruzan, tal vez no pueda evitarse.

¿Y si Bibbi Bokken es una espía de la laeridad? Si la laeridad ha empezado a infiltrarse en la realidad, entonces tenemos realmente (o laermente) un problema...

Pero volvamos a la realidad. Al cabo de un rato, la bibliotecaria se me acercó y me preguntó si buscaba algo en especial.

—En realidad no —contesté.

Y añadí:

—¿Tenéis algo de Degüey?

Ella sonrió con astucia. Luego me llevó hacia el mostrador y de uno de los cajones sacó un enorme libro azul. ERA EXACTAMENTE EL MISMO LIBRO QUE BIBBI BOKKEN TENÍA EN EL BARCO. Y su título era *La clasificación decimal de Dewey*.

Nils, Dewey fue un tipo que elaboró un sistema complicadísimo para clasificar esa literatura que llamamos de «no ficción» en las bibliotecas. El asunto es que todos los libros sobre distintos temas están numerados del 0 al 999. Luego hay grupos principales y subgrupos, según los cuales cada libro tiene un lugar determinado. Conseguí una lista de los grupos principales del sistema de Dewey, la pego en el diario para que la veas. Pero, entre todos los números, hay un número infinito de subgrupos con decimales y cosas peores. (Creo que a Mister Dewey le gustaban bastante las matemáticas.)

RESUMEN DE LA TABLA PRINCIPAL

- 000 **Generalidades**
- 010 Bibliografía.
- 020 Bibliotecología e informática.
- 030 Enciclopedias generales.
- 040 (Fuera de uso).
- 050 Publicaciones en serie.
- 060 Organizaciones y museografía.

070 Periodismo, editoriales y diarios.
080 Colecciones generales.
090 Manuscritos y libros raros.

100 Filosofía y disciplinas afines

110 Metafísica.
120 Conocimiento, causa, fin y hombre.
130 Parapsicología y ocultismo.
140 Puntos de vista filosóficos.
150 Psicología.
160 Lógica.
170 Ética.
180 Filosofía antigua, medieval y oriental.
190 Filosofía moderna occidental.

200 Religión

210 Religión natural.
220 Biblia.
230 Teología cristiana.
240 Moral y práctica cristianas.
250 Iglesia local y órdenes religiosas.
260 Teología social y eclesiología.
270 Historia y geografía de la iglesia.
280 Credos de la iglesia cristiana.
290 Otras religiones.

300 Ciencias sociales

310 Estadística.
320 Ciencia política.
330 Economía.
340 Derecho.
350 Administración pública.
360 Patología y servicios sociales.
370 Educación.
380 Comercio.
390 Costumbres y flokllore.

400 Lenguas

410 Lingüística.
420 Inglés y anglosajón.
430 Lenguas germánicas y alemán.
440 Lenguas romances y francés.
450 Italiano, rumano y rético.
460 Español y portugués.
470 Lenguas itálicas y latín.
480 Lenguas helénicas; griego clásico.
490 Otras lenguas.

500 **Ciencias puras**

- 510 Matemáticas.
- 520 Astronomía y ciencias afines.
- 530 Física.
- 540 Química y ciencias afines.
- 550 Geociencias.
- 560 Paleontología.
- 570 Ciencias biológicas.
- 580 Ciencias botánicas.
- 590 Ciencias zoológicas.

600 **Tecnología. (Ciencias aplicadas)**

- 610 Ciencias médicas.
- 620 Ingeniería y operaciones afines.
- 630 Agricultura y tecnologías afines.
- 640 Economía doméstica.
- 650 Servicios administrativos empresariales.
- 660 Química industrial.
- 670 Manufacturas.
- 680 Manufacturas varias.
- 690 Construcciones.

700 **Bellas Artes**

- 710 Urbanismo y arquitectura del paisaje.
- 720 Arquitectura.
- 730 Artes plásticas y escultura.
- 740 Dibujo, artes decorativas y menores.
- 750 Pintura y pinturas.
- 760 Artes gráficas y grabado.
- 770 Fotografía.
- 780 Música.
- 790 Entretenimientos.

800 **Literatura**

- 810 Literatura americana en inglés.
- 820 Literatura inglesa y anglosajona.
- 830 Literaturas germánicas.
- 840 Literaturas de las lenguas romances.
- 850 Literaturas italiana, rumana y rética.
- 860 Literaturas española y portuguesa.
- 870 Literaturas de las lenguas itálicas.
- 880 Literaturas de las lenguas helénicas.
- 890 Literaturas de otras lenguas.

900 **Geografía e Historia**

- 910 Geografía y viajes.
- 920 Biografía y genealogía.
- 930 Historia del mundo antiguo.

940 Historia de Europa.
950 Historia de Asia.
960 Historia de África.
970 Historia de América del Norte.
980 Historia de América del Sur.
990 Historia de otras partes del mundo y mundos fuera de la Tierra.

Lo que ves aquí no es más que un resumen. Todo este complejo sistema llena un enorme libro azul que no cabe en una estantería normal, al menos no de las mías. Pero toma nota del último de los grupos principales: «990 Historia sobre otras partes del mundo y *mundos fuera de la Tierra*». Me habría gustado ver algunos de esos libros. Tal vez traten sobre la laeridad.

P.S. Si sigues hurgando en el pasado de Bibbi Bokken, tal vez encuentres ¡la madre del cordero! Cuida de que no te muerda la cara. No digo nada más.

Saludos de

Berit Bib Lioteca

Nils llamando a Berit.

La red se va cerrando. ¡Existe una biblioteca mágica! ¡Y es la de Bibbi Bokken! Lo sé. Llamé al profesor Bruun para hablar con él a solas, como me propusiste, pero no cogió el teléfono él, sino una señora.

–¿Vive ahí Bruun? –pregunté.

–Sí –contestó la señora.

–¿Podría hablar con él?

–No –dijo la señora–, no está en casa. ¿Quiere dejarle algún recado?

–¿Con quién hablo? –pregunté.

–Con Aslaug Bruun. Soy la mujer de Reinert.

Por un instante, no supe qué decir, pero de repente me di cuenta de que estaba hablando con la mismísima fuente. Me puse a temblar, pero procuré controlar la voz lo más posible.

–Usted y yo tenemos mucho de lo que hablar, señora Bruun –dije con frialdad.

–¿Ah, sí?

–Sí, señora –contesté–: por ejemplo, de Bibbi Bokken.

–¿Cómo?

–Esta tarde a las seis, en el Café Skalken. Llevaré una flor en el ojal para que pueda reconocerme.

Y colgué. Noté que me estaba sonrojando. Como sabes, soy bastante tímido y muchas veces intento ocultarlo haciéndome el duro. En ese momento me sentía bastante estúpido pero, a la vez, un poco detective. Estaba sobre la pista. La cuestión era: ¿mordería el pez el anzuelo? Lo dudaba, pero cogí una rosa marchita del jarrón de la mesa del salón y me dirigí al Café Skalken.

¿Has estado alguna vez en ese café, Berit? No vayas. Debe de ser uno de los antros más cutres de Europa. En el momento de entrar por la puerta, me arrepentí de haberlo elegido.

Había una oscuridad casi total. Seguramente por consideración a los clientes, pues pocos de ellos soportarían ver la luz del día. No hay más que tres o cuatro mesas, y cuando entré, estaban todas libres menos una. Junto a ella, había un periódico sentado. Al menos eso parecía, porque sólo veía el periódico, no a la persona que estaba detrás. No hasta más tarde. Pero volveré luego sobre ello.

En ese momento no me sentía precisamente como un gran detective, sino como un niño imbécil con una ridícula flor en el ojal. Pedí un refresco de

limón, pero lo único que tenían, aparte de cerveza, era cerveza sin alcohol, y no hay nada que deteste más en este mundo.

Acababa de decirme a mí mismo que la señora Bruun no iba a ir, cuando apareció por la puerta.

–¿Fuiste tú el que llamó? –preguntó.

Me quité la flor del ojal y se la di.

–¿Para qué me la das?

Me miró un poco sorprendida, a la vez que parecía curiosamente alegre.

–Un regalo –murmuré– para agradecerle la molestia.

Entonces se rió de verdad. El periódico vecino crujió.

–No es ninguna molestia. ¿De qué quieres hablar conmigo, hijo? ¿Le pasa algo a Bibbi?

Me guiñó un ojo.

Fue el peor de los comienzos. No hay nada que soporte menos que la gente mayor que me llama «hijo» y que me guiña un ojo como si yo fuera un niño.

–No –contesté con voz gélida–. Sólo quería hablar un poco sobre ella.

Bebí un sorbo de esa tibia cerveza sin alcohol.

–Se trata de la biblioteca mágica.

La señora no podría haberse sorprendido más si le hubiera dicho que poseía información fiable sobre la participación de Bibbi Bokken en un atraco al Banco de Noruega.

–La biblioteca...

–...mágica –dije tranquilamente mientras veía asomarse una cabeza totalmente calva tras el periódico en la mesa vecina.

–¿Has oído hablar de esa biblioteca? –preguntó.

–Sí –contesté–, nosotros tenemos buenas razones para creer que el libro sobre la biblioteca se publicará el año que viene.

–¿Nosotros?

Está claro que debería haberle dicho que con «nosotros» me refería a la gente de la agencia de detectives privados «Bøyum & Bøyum». Pero me limité a mover la cabeza.

–Entonces lo ha conseguido –dijo la señora Bruun–. En la Escuela Superior de Bibliotecarios siempre hablaba de que faltaba una sección en nuestras bibliotecas. La llamaba...

–...la biblioteca mágica de Bibbi Bokken –susurré.

La señora Bruun asintió con la cabeza.

No conseguí sonsacarle más. Me contó que no había vuelto a ver a Bibbi Bokken desde la escuela, y que todo el mundo decía que era un poco rara. Cuando le preguntaban de qué biblioteca mágica se trataba, solía menear la

cabeza y decir que ya se enterarían cuando llegara el momento. Tenía un gran plan y quería que fuera un secreto hasta que lo hubiera hecho realidad.

La señora Bruun pagó mi cerveza sin alcohol y dijo que daría la rosa a Reinert con los saludos de un chico muy simpático.

Se marchó y me quedé sentado con el vaso aún medio lleno.

Me había llevado el diario. Lo saqué para anotar la conversación con la señora Bruun mientras podía recordarla. Entonces ocurrió algo extraño y bastante emocionante. El hombre de la mesa vecina dejó el periódico y se me acercó.

Noté que me ponía rígido. El camarero andaba por la cocina y el calvo y yo estábamos solos en el local. Se inclinó sobre mí y, Berit, ¡me sonrió! Pero no era una sonrisa agradable, fue como si levantara las comisuras de los labios hacia arriba para mostrarme los dientes. De repente sacó un vídeo con un dibujo de un libro ensangrentado atravesado por un cuchillo. Dijo con voz dulce, como si quisiera mostrarse amable, pero sin conseguirlo:

—¿Te gustaría cambiarme el diario por este vídeo?

—¿Vídeo...? —susurré con voz ronca.

—Sí, *The phantom of the library*. Estoy seguro de que te gustará.

Pero ya había tenido suficientes sobresaltos, Berit.

Salí disparado del Café Skalken y corrí todo lo que pude, pasé por delante del parque Frogner, llegué hasta el gran cruce que hay en el barrio de Majorstua y, desde allí, seguí por la calle Vibe hasta llegar a casa.

No sé si ese calvo Sonrisas me siguió, pero no cabe duda de que había escuchado mi conversación con Aslaug Bruun y, por alguna extraña razón, quería a toda costa leer nuestro diario.

Es un misterio, y bastante horrible. Sé que respiraré de alivio cuando te lo haya enviado mañana.

Pero ahora sabemos que Bibbi Bokken ha soñado con una biblioteca mágica desde que estudiaba para bibliotecaria.

Hay muchas cosas que indican que ha llegado a realizar sus sueños, y de algo estoy seguro, Berit: ¡si encontramos esa biblioteca, también solucionaremos el misterio del libro que aún no se ha publicado!

¿Pero dónde podemos buscar? Ese problema te lo dejo a ti. Ahora tengo que dormir. Soñaré con una calva y una sonrisa asquerosa.

Saludos del inspector jefe Torgersen

Inspector jefe Torgersen, Revisión de Manuscritos Bøyum & Bøyum:

¡Me has dejado sin habla! Una tal «Siri» encuentra en Roma un libro que se llama algo así como «La biblioteca mágica», pero en el libro pone que no saldrá hasta el año que viene. Luego, el inspector jefe Torgersen comete la desfachatez de dar por hecho que «la biblioteca mágica» sobre la que se va a escribir el libro, es la biblioteca de Bibbi Bokken. Entrega una redacción malísima que le conduce a una tal Aslaug Bruun, quien afirma que Bibbi Bokken tenía «un gran plan» que consistía precisamente en eso, en la creación de una biblioteca mágica.

¡Bingo!

Pero hay algo que no cuadra. ¿Por qué no se le ocurrió a Siri que la biblioteca mágica tenía algo que ver con Bibbi Bokken? Y si ese libro que tuvo en la mano verdaderamente se llamaba *La biblioteca mágica de Bibbi Bokken*, ¿por qué no captó entonces todo el título? Eso no tiene lógica, Nils. Tal vez Aslaug Bruun sólo quería llevarte la corriente. Tal vez pensara que estabas chiflado. Seguro que había leído esa loca redacción tuya para acudir a una cita contigo en el Café Skalken.

No creo que debas preocuparte por ese asqueroso «Sonrisas». (Ya sabemos que sueles ver fantasmas en pleno día.) Pero admito que resulta curioso que quisiera cambiarte el diario por un vídeo. ¿Para qué lo querría? De todas formas, me alegra un montón que lo rechazaras.

Y ahora pasemos a los eventos de por aquí. Bueno... casi no me atrevo a decirlo, pero he empezado a usar barra de labios, ¿sabes? Sólo para que veas el color que uso, plantaré un beso en el diario:



¿Qué te parece?

Si piensas que lo de la barra de labios no tiene nada que ver con Bøyum & Bøyum, te equivocas. Tengo una especie de amiga nueva en 9.º, ¿sabes? Se

llama Randi Mundal y seguramente no habría tenido acceso a ella de no haber sido por la barra de labios. Randi vive en la parte de arriba de Mundal y es la vecina más cercana de Bibbi Bokken. No quiere decir que vivan pegadas la una a la otra, porque en este lugar no hay problemas de espacio. (Bibbi Bokken ha elegido una casa un poco «apartada», como se suele decir.) Pero por lo menos Randi ha visto lo bastante de Bibbi Bokken como para convencerse de que está completamente chiflada. Y tome usted nota inspector jefe Torgersen de lo siguiente, antes de que se lance de nuevo a la jungla: en varias ocasiones, al llegar Bibbi Bokken en el último barco procedente de Hella, arrastraba hasta su casa amarilla una pesadísima maleta. Lo malo de las maletas es que no resulta fácil adivinar su contenido. Otras veces, la señora se contentaba con una bolsa de compra de esas transparentes, y Randi Mundal pudo ver que la bolsa estaba llena de libros. De modo que a lo mejor es una de esas fanáticas de la lectura a quien en una ocasión le tocó un millón de coronas en la lotería y ahora se está gastando todo el premio en libros. Pero no sólo son libros nuevos lo que trae, ¿sabes? Algunos son *muy* antiguos. (Quién sabe si no se trata de auténticos incunables.) Al menos hay indicios que apuntan a que está intentando crear una formidable colección de libros.

Ayer fui como amiga a casa de Randi por primera vez. A la vuelta me encontré, cómo no, con Bibbi Bokken que subía del muelle. En la mano llevaba una bolsa en la que había libros. PERO: ¡¡¡Sólo eran cuadernos de los que usamos en el colegio!!! (Libros que aún no han sido editados, digo yo.)

¿Sabes lo que me dijo al cruzarnos?

«Bueno», dijo mirándome detenidamente, «¿cómo os va?».

¿«Os»? ¿A quién se refería? ¿Y por qué quería saber cómo nos iba? ¿Se refería a Randi y a mí? ¿O a Bøyum & Bøyum?

Tal vez estuviera pensando en el diario, Nils. Tal vez *sabía* que lo compraste para que tú y yo nos escribiéramos. ¿Pero cómo podía saberlo? No será vidente, ¿verdad?

«Tirando», contesté, y se acabó la conversación.

También tengo otra cosa que contarte. He guardado lo mejor para el final: ¡LA SEÑORA TIENE CONTACTOS INTERNACIONALES! Ya está dicho. Pero, ya que estamos «investigando las fuentes», te lo contaré todo.

Una de las que llevan el hotel se llama Billie, y es de origen inglés. (Por cierto, ella fue quien sugirió que nos escribiéramos en un libro-diario que enviaríamos entre Oslo y Fjærland. ¿Te acuerdas de ella?) No sé su apellido, de modo que la llamo Billie Holiday. (La primera vez se rió, ahora parece haberse habituado.) Una señora muy maja que suele charlar con las familias recién llegadas. Un día le pregunté discretamente si sabía en qué trabajaba la señora de la casa amarilla.

¿Sabes lo que me contestó? No voy a escribirte una obra de teatro completa, sólo unas líneas:

BILLIE HOLIDAY (*muy deprisa y con una bonita sonrisa*): Yo me he hecho esa misma pregunta. Recibe un montón de correo. Paquetes y cosas de todas partes del mundo. Creo que son libros, Berit. Algunas veces he mirado a escondidas sus paquetes. Ayer recibió uno de Italia, recibe paquetes de Italia cada dos por tres. Se los envía un tal Bresani...

¿Qué te parece, Nils? Como Billie trabaja en el hotel, tiene buenas relaciones con la Oficina de Correos, como te puedes imaginar. Y esa Oficina de Correos es la ventana de Bibbi Bokken hacia el mundo. Creo que está sentada allí arriba en Mundal, escribiendo cartas a misteriosas librerías del mundo entero.

De modo que repito la pregunta: ¿En qué está tan ocupada esa señora, aquí, en el fondo de un estrecho fiordo de la parte oeste de Noruega? Tal vez el lugar más escondido del planeta. ¿O quizá lo ha elegido justo por eso?

Cuando recibí tu última carta, todo se volvió aún más misterioso. Si hubiera tenido valor, me habría puesto a investigar más a fondo su casa. Por ahora sólo podemos suponer que está llena de libros.

P.S. Este fin de semana iré a Bergen a visitar a mi padre. (Yo sola. Mi madre y él parece que no se soportan últimamente.) Y ahora te hablaré de una idea que a lo mejor no es tan mala. Pues sí. Se me está ocurriendo en este momento. (Siempre se me ocurren buenas ideas mientras escribo.)

Mi padre se ha mudado a la calle Prom y presume de ser vecino del famoso autor de libros policiacos Gunnar Staalesen. Nos viene bien, ya que somos una especie de detectives. Pero, en realidad, no es de eso de lo que quiero hablar con el escritor. Se me ha ocurrido que, si realmente va a salir un libro sobre una «biblioteca mágica» el año que viene, entonces tiene que haber un autor que esté sentado en algún lugar escribiendo ese libro en este momento. ¡¡¡PORQUE UN LIBRO NO SALE SOLO!!! No es que crea que ese autor tiene que ser precisamente Gunnar Staalesen, pero no es tan improbable que los escritores hablen entre ellos sobre lo que están escribiendo. Existe algo que se llama asociaciones de escritores y cosas así...

¡Dime exactamente lo que opinas, Nils! Si contestas enseguida, tal vez me llegue el diario antes de que me vaya a Bergen.

P.S. P.S. Hablando de Gunnar Staalesen. ¿Has leído sus libros sobre el tesoro vikingo? (*El secreto del tesoro vikingo* y *La maldición del tesoro vikingo*). Yo sólo he leído el primero. Era un verdadero libro de aventuras al estilo de Indiana Jones. En otras palabras, algo para ti, que te sientes amenazado por un calvo bebedor de cerveza en el Café Skalken.

Saludos de la mitad de Bøyum & Bøyum

Querida Berit Labios Rojos:

Agárrate, prima: ¡Me voy el viernes!

Pregunta: ¿Adónde? Respuesta: A Roma. Pregunta: ¿Vas a Roma? Respuesta: Sí. Pregunta: ¿Por qué?

Respuesta: PORQUE MI MADRE HA GANADO UN CONCURSO DE RELATOS SOBRE «LA CIUDAD DE MI PRIMER AMOR».

¿Recuerdas que te conté que yo le di la inspiración a mi madre al preguntarle dónde estaba la Piazza Navona? (ver pág. 31 de este diario).

Esta inspiración le sirvió para escribir un relato que envió al concurso de una revista.

El primer premio era un viaje a la ciudad en la que el ganador había vivido su primer amor, y mi madre escribió una historia sobre cómo conoció a mi padre en... adivina dónde... ¡LA PIAZZA NAVONA!

¿Te suena, Berit? B. B. recibe unos misteriosos paquetes de libros (?) desde Italia. La misteriosa librería de viejo sobre la que escribió Siri se encuentra en Roma.

¿Hay alguna relación? Tal vez pueda solucionar este enigma dentro de cinco días, cuando mi madre, mi padre y el detective N. B. Torgersen lleguen a Roma.

Te prometo que encontraré la tienda aunque tenga que buscar en cada una de las estrechas calles de las cercanías de la Piazza Navona. ¡Confía en mí!

Pero volvamos al relato de mi madre: era muy romántico y todo mentira. Ni mi madre ni mi padre han estado jamás en Roma. Se conocieron en el taxi con licencia AB 604, yendo de Grünerløkka a Majorstua, en Oslo. De modo que la historia es inventada, y es una mentira *auténtica*, porque ella hace como si fuera verdad, y encima recibe un premio porque los que trabajan en la revista creen que es auténtica. O tal vez no lo creen, sino que le dan el premio porque piensan que, los que la lean, creerán que es auténtica. Si es así, no es sólo mi madre la que miente, sino también los que publican la historia, y si los que la leen creen que es auténtica, se les engaña; pero si les da igual si es auténtica o no, ¿entonces qué? ¿Se les engaña o no? ¿Puedes decírmelo? Yo no lo sé.

Bueno, no es el momento de profundizar en teorías literarias. ¡Torgersen, concéntrate en el caso Bokken!

Querida Berit de La Boca Roja, tengo una sugerencia: mientras yo busco el libro sobre la biblioteca mágica en Roma, tú podrías buscar esa biblioteca de la que va a tratar el libro. En ese caso, me temo que tendrás que entrar en

«contactos en la tercera fase» con la señora (¿señorita?) Bokken. Palabra clave: ¡LA CASA AMARILLA!

No, olvídale. Es demasiado peligroso. No lo hagas. Ese tipo de misiones no es para chicas. Aunque la llave que abre la casa tal vez resulte ser la clave de todo este misterio.

Quédate quieta hasta que yo vuelva, pero, si ves a Gunnar Staalesen en Bergen, salúdalo de mi parte. Yo llamaré a Henrik Ibsen cuando llegue a Roma. Mi madre me ha dicho que él estuvo allí. Quizá esté todavía. Quién sabe.

Il Nilso

P.S.

Si por alguna razón, y a pesar de mis advertencias, no obstante te encontraras cerca de B. B. y L. C. A., busca estanterías recién fabricadas. ¿Me comprendes?

P.S. 2

Te envío una copia del relato de mi madre para que veas lo fácil que es conseguir un viaje al extranjero.

P.S. 3

Te envío una foto de la familia en pleno que nos hizo la revista, para que veas cuánto he crecido desde este verano.

P.S. 4

Muchas gracias por el maravilloso beso. Es un bonito adorno para nuestro diario.

LA CIUDAD DE MI PRIMER AMOR

¿Recuerdas Roma, mi amor? La Basílica de San Pedro, el Coliseo, el Panteón, la escalera de la Plaza de España y la Piazza Navona? ¿O te has olvidado? ¿Ha empalidecido nuestro amor como las fotos de un viejo álbum? ¿No ves ya los colores y la luz de nuestra juventud, cuando el amor era como una rosa roja fresca y la vida no tenía fin?

Te miro, mi amor, sentado en la mecedora, con una mirada distante en tus ojos. Te meces con cuidado, como una barca por el río de la vida, camino del gran océano. Veo las venas azules de tus manos, los profundos surcos de tu frente y el pelo dorado que se ha convertido en plata. Sí, Gabriel, hace ya mucho que pasamos la cima de la vida. Tú tienes 85 y yo 83. Y sin embargo, cuando el sol entra por la ventana como en este momento, y veo el perfil de tu rostro con los manzanos en flor y el cielo azul de fondo, es como si tus arrugas se borrarán y tu pelo se volviera del color de los dorados rayos del sol. Entonces veo de nuevo a mi joven amor sentado en la mecedora. Noto cómo me lleno de emociones de ese extraño espacio entre el dolor y la alegría, y a través del caleidoscopio de las lágrimas, veo imágenes de aquel día, aquel día, aquel día...

—Qué fastidio —dije, mirando la correa rota. Y ha tenido que pasar justamente aquí, en la Piazza Navona de Roma, rodeada de italianos, ingleses, daneses y Dios sabe qué, sin una lira en el bolsillo y con una sandalia rota en la mano. Ese alemán gordo me la arrancó cuando estuvo a punto de pisarme el pie.

—Entschuldigen —dijo en alemán. Fácil para él decirlo. No era su sandalia. Y él no era una pobre estudiante de

arte noruega de 21 años, que había gastado todos sus ahorros en viajar a Roma para admirar los fantásticos frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

–¡Qué fastidio! –repetí muy irritada. Me había estropeado el día. No tenía otra alternativa que volver a la pensión barata en la que me había alojado, pagando por adelantado dos noches.

¡Demonios! ¡Demonios! ¡Demonios!

–¿Le pasa algo, señorita?

La voz profunda, sensual y ligeramente burlona me hizo volverme.

Y allí estabas tú. Aún no sabía quién eras, aunque tal vez mi corazón lo supiera ya, porque el corazón tiene su propia sabiduría y entiende lo que el cerebro no capta.

–No, no, nada –dije, un poco perpleja. Al parecer, por mi voz se notaba que estaba enfadada. Me puse la mano delante de los ojos para hacer sombra, pues tú estabas de espaldas al sol.

–Te ha cegado mi belleza nórdica –dijiste.

Tuve que reírme.

–Más bien me ha cegado el sol que se encuentra detrás de ti –contesté.

–No es el sol. Es mi aureola.

Creo que intenté buscar una respuesta mordaz. Pero tú te anticipaste.

–Le pasa algo a tu sandalia, ¿no es cierto?

–Sí –contesté–. Se ha roto la correa.

Entonces te agachaste. El viento removió tu pelo, y tú te arrodillaste ante mí en la Piazza Navona de Roma.

¿Te acuerdas, Gabriel, o lo has olvidado? Una chica descalza en el Café Greco y luego andando por el Corso Vittorio Emanuele, cruzando el Tíber, camino de la Plaza de San Pedro. ¿Recuerdas la zapatería y el pequeño pie que se metió en una flamante sandalia italiana mientras tú, risueño, rechazabas mis débiles protestas? ¿Recuerdas el beso? El primero. La noche en la que echamos sendas monedas en la Fontana de Trevi con el deseo de volver alguna vez. ¿Recuerdas el anillo que compraste en un sótano? ¿La larga caminata hasta el hotel Siena, donde fue concebido nuestro pequeño rompecorazones?

Te miro, Gabriel. Tienes los ojos cerrados. Respiras tranquilamente. Una pequeña sonrisa se esboza en tus labios, y mi corazón sabe que tú también sueñas con volver a Roma. La ciudad de nuestro primer amor.

Elige una profesión sencilla y bien pagada. Hazte escritor.

Saludos del Pequeño Rompecorazones

Querido Il Nilso Cara Dura:

¡Caradura! Primero te cuento, un poco orgullosa, que voy a ir sola a Bergen a visitar a papá, y tal vez incluso arreglármelas para tener una conversación amistosa por encima de la valla del jardín con el famoso autor de libros policiacos Gunnar Staalesen. ¡Y luego la tía Ingrid va y se inventa un pastelón rosa que te proporciona un fin de semana gratis en Roma! ¡Uf! ¡Vaya primito tan mimado que tengo!

Luego, para consolarme, casi me obligas, bajo amenazas, a arriesgar la vida en la parte alta de Mundal, mientras tú estás sentado en un *ristorante* hinchándote de espaguetis. Bueno, te lo diré sin rodeos: ¡HE ESTADO ALLÍ!

Que sí, ya te lo contaré.

Al principio decidí no recibir órdenes de un chiquillo que se escandaliza porque su prima empieza a usar barra de labios (¡¡¡«Querida Berit Labios Rojos»!!!), pero luego me pasé por la cocina del hotel Mundal a mendigar una de sus deliciosas albóndigas.

Fue entonces cuando se me cruzaron los cables. Descubrí que Bibbi Bokken había salido de casa. Lo único que tenía claro es que me iba a Bergen a la mañana siguiente, y que sería muy aburrido pasarse el fin de semana con remordimientos por no haberme atrevido a hacer una breve visita a la señorita Libro. Supongo que también pensé que no estaría mal llegar un poco más lejos en la investigación antes de ir a Bergen y encontrarme con el famoso escritor de libros policiacos...

Me olvidé de la albóndiga y subí disparada hacia la casa amarilla en cuanto vi que Bibbi Bokken estaba ya en la carretera principal. No había moros en la costa, vivía sola...

Volví a saltar la valla de piedra y luego me acerqué a escondidas hasta la casa. Probé a abrir la puerta con mucho cuidado. ¡Estaba abierta! Aquí eso no es tan raro como pueda parecerte, todavía hay mucha gente en Færland que no cierra la puerta. No tienen mucho que ocultar...

Miré hacia atrás y entré, Nils. Y fue en ese momento cuando de verdad se me cruzaron los cables: pensé que Bibbi Bokken estaba a punto de marcharse del país y que no volvería en unos días, exactamente como mi primo Nils. ¡ASÍ QUE ENTRÉ!

Me encontré en un vestíbulo en el que había un montón de papel para la basura en un rincón. Luego eché un vistazo a la cocina, que hablaba por sí sola

y dejaba bien claro que Bibbi Bokken no tenía asistenta... Abrí una puerta que daba a una salita.

¿A que sientes ya mucha curiosidad? Yo también la sentía...

Me había imaginado que iba a entrar en una habitación tan repleta de libros que tendría dificultad para respirar. ¿Pero sabes lo que vi? Ni un solo libro, ni una sola revista.

Me sentí tan decepcionada, pero también tan enfadada, que me puse a inspeccionar la casa como hacen esos policías algo dudosos que ni siquiera tienen permiso de registro. Iba corriendo de habitación en habitación, también por las del piso de arriba. Y no vayas a creer que no empleé a fondo mis ojos. Me fijé en una cama sin hacer con sábanas de color rosa (!), un camisón de tela ligera, una bata azul cielo y una curiosa radio despertador. Era el dormitorio de Bibbi Bokken. En el baño había todo lo que una pueda soñar de cremas y cosméticos, y la bañera estaba llena de agua templada (!). Y además, en casi todas las habitaciones había ceniceros con pipas malolientes dentro.

¡PERO NO VI NI UN SOLO LIBRO! Eso fue, naturalmente, en lo que más me fijé. Bibbi ni siquiera era socia del Círculo de Lectores. Y tampoco tenía ninguna enciclopedia, ni Biblia, ni libros de cantos religiosos. Al final me sentí tan decepcionada que me dio por abrir cajones y armarios. (Con mucho cuidado, Nils, ya sabes que yo hago esas cosas con mucho cuidado.) Pero no encontré ni siquiera una libreta. Estaba bastante aturdida cuando por fin bajé sigilosamente por la escalera.

Hasta que no me encontré en el cuarto de estar, no volví en mí. Pero entonces era demasiado tarde: por la ventana divisé a Bibbi Bokken, que estaba subiendo la cuesta hacia la casa. En una mano llevaba una bolsa de plástico con comida, y en la otra, un paquete de correos.

Sabía que no tenía escapatoria y, en momentos así, uno empieza a chillar o a mirar a su alrededor en busca de un lugar adecuado donde esconderse. Elegí lo último, porque de nada habría servido chillar. Me escondí detrás de un sofá antiguo con respaldo alto y me apreté contra la pared. ¡ENTONCES BIBBI BOKKEN ENTRÓ EN LA HABITACIÓN! Podría decirse que me encontraba presa. Me había encerrado a mí misma, y pronto tuve que obedecer mis propias órdenes de no respirar.

Bibbi dejó el paquete de correos sobre la mesa. Yo no podía ver nada, pero oía cómo empezaba a desenvolverlo inmediatamente.

—Precioso —se dijo para sí misma—. Estupendo...

Al cabo de un rato la oí alejarse y luego todo quedó en silencio. Unos minutos después, volví a oír pasos en el piso de arriba.

¿Adivinas lo que hice entonces? ¡Correcto! Salí de detrás del sofá y me levanté. Sobre la mesa del comedor había unos libros gordos que acababan de

ser desembalados. Pero no me detuve a estudiarlos más de cerca, ni siquiera me paré a quitarme el polvo de la ropa. Fui hasta la entrada, levanté el picaporte de la puerta de la calle, y por fin me encontraba fuera, en la gravilla...

¿Te sientes ya aliviado? Pues yo también, ¿sabes?

Pero todavía no estaba a salvo. Primero tenía que alejarme de la casa sin ser descubierta y, ¿sabes Nils?, no me atrevía. Temblaba tanto que no era capaz de mover las piernas, parecían de gelatina. Además, tuve que respirar hondo para recuperar el aliento.

Entonces la oí en la entrada. ¿Y sabes lo que hice? ¡LLAMÉ AL TIMBRE!

Tal vez nunca lo entiendas, quizá porque no eres chica, pero tenía tanto miedo que no me atreví a echar a correr. Largarme hubiera sido admitir que era una ladrona. Pero tampoco podía quedarme allí, así que llamé a la puerta.

Me abrió inmediatamente, y se quedó estudiándome con una mirada terrible. Luego dijo:

–Vaya, ¿eres tú?

Parecía muy asombrada, pero sospecho que en el fondo no estaba tan sorprendida como aparentaba.

Yo no sabía qué decir:

–Sólo quería...

–Sí, eso, ¿qué es lo que quieres, Berit?

¡Berit! Eso quiere decir que se fijó en nuestros nombres cuando firmamos en el libro de firmas del refugio de Flatbre. Creo que nos ha estado vigilando; aquí quién persigue a quién, quiero decir. You see? Y sin embargo, me pareció bastante raro que usara mi nombre así, enseguida.

–Quería saber si quieres comprarme una papeleta para el sorteo –contesté.

¿Has oído, Nils? Le pregunté si quería comprar una papeleta. Pero de alguna manera fue como si no fuera yo quien lo decía.

Ella contestó muy escueta:

–Bueno, ¿para qué causa?

Tuve que inventarme algo.

–Es para la biblioteca del colegio –murmuré.

Su cara se iluminó.

–¡Vaya, vaya! ¿Y cuál es el premio?

–Libros, claro.

(¿Qué otra cosa podría haber dicho?)

Ella empezó a hacer chasquidos con la lengua, como si estuviera comiendo algo delicioso y se relamió los labios una o dos veces.

–Maravilloso –dijo.

Se me acercó y dijo en un tono casi amenazador:

–Me quedo con todo el taco. Con todo, sí, sí. ¡Ja, ja!

Y alargó una mano. Me quedé mirándola como una tonta, porque no tenía ningún taco.

NO TENÍA NINGÚN TACO DE PAPELETAS. ¿Y sabes, Nils? En ese instante te odié. Me imaginé a un niño mimado comiendo espaguetis con sus padres en Roma. Me metí las manos en los bolsillos, luego las saqué y dije:

–Ay... creo que me lo he dejado en casa.

La señorita Libro sonrió con la misma dulzura que esas malvadas reinas de los cuentos y dijo:

–¿Ah, sí...?

Y yo contesté:

–Creía que lo llevaba en el bolsillo... pero tal vez Nils se lo haya llevado.

Me miró a los ojos. Si me hubiera mirado durante un segundo más, creo que me habría perforado la cara.

–¿Así que el taco va camino de Roma? –preguntó–. ¿Por qué no? ¿Por qué no, Berit Bøyum?

¡Sabía que estabas en Roma! Repito: ¡BIBBI BOKKEN SABE QUE ESTÁS EN ROMA! ¡Ten mucho cuidado, Nils! (El problema es que este aviso no te llegará a tiempo...)

El resto sucedió bastante deprisa. Bibbi Bokken se me acercó con paso decidido y levantó una mano. Estaba convencida de que iba a pegarme. Seguro que te estás estremeciendo, yo también lo hice en ese momento.

¡Ojalá me hubiera pegado! En realidad hubiera sido mucho mejor. Pero a Bibbi Bokken le dio por darme suaves palmaditas en el jersey y los vaqueros. Me convencí del todo de que esa mujer estaba mal del coco. Quiero decir: ¿qué significaban esas estúpidas palmaditas?

Dijo:

–Estás un poco polvorienta, hija mía. ¡Y eso no me gusta!

Entonces eché a correr. Corrí como una descosida con las lágrimas chorreando. Corrí alejándome de una señora histérica cuya risa cruel sonaba tras mis pasos.

–¡Ja, ja! ¡Me has engañado a base de bien! ¡Ja, ja!

Esto ocurrió ayer por la tarde. Ahora (afortunadamente) estoy sentada en el barco camino de Hella. Casi no he dormido en toda la noche, así que acabo aquí y te envío el diario desde Balestrand, antes de continuar el viaje con el barco expreso. La verdad es que no me apetece mucho llevármelo a Bergen. Ahora quiero relajarme y pasármelo bien con mi padre, sin pensar más en Bibbi Bokken o en Il Nilso Cara Dura ese, que se ha ido a pasar una especie de luna de miel a Roma con sus padres.

Si hay que hacer un resumen, sería así:

- 1) Bibbi Bokken no para de meter libros en su casa.
- 2) Sin embargo no hay ni un solo libro en la casa.

Conclusión: Bibbi Bokken no los pone en estanterías y los lee. Tal vez haga fuego con ellos para calentar su casa. Tampoco es del todo impensable que se los coma. Tal vez los use para hacer salsa. No sé, pero se ruega contestación.

Saludos de Berit Arrugada Tras
el Sofá de Bibbi Bokken

P.S. No te prometo nada sobre ese autor de libros policiacos. Espero que te hartes de espaguetis. Yo estoy por el momento hasta el gorro.

P.S. P.S. No entiendo cómo podía saber Bibbi Bokken que estabas en Roma. ¿No habrás empezado a enviarle postales, verdad?

Querida Berit:

He vuelto a casa hace una hora, encontré el diario y leí tu carta enseguida. Esto se está volviendo cada vez más raro y más feo. Estoy intentando buscar una coherencia en todo y tengo una teoría sobre por qué no encontraste ningún libro en casa de BB, pero me temo que mi cabeza es demasiado pequeña.

Menos mal que en Fjærland hay un cerebro inteligentísimo, listo para ponerse en acción (si ese cerebro ha vuelto ya de Bergen, claro).

He aquí el informe de «El extraño viaje de Nils Bøyum Torgersen»:

Llegamos a Roma el viernes por la tarde y nos alojamos en el hotel Mondial. Cuando mi madre entregó los pasaportes, me fijé en un hombre que estaba sentado en un sillón de la recepción. Era pequeño y calvo, pero lo que me hizo reconocerle fue su sonrisa. Me sonrió, pero no era una sonrisa de verdad. Era forzada, casi... siniestra. Sí, Berit. Era él. ¡El Sonrisas del Café Skalken!

Este último año he empezado a sudar un poco por las axilas. Por lo visto, me estoy convirtiendo en «un hombrecito», como dice mi padre. Al ver a ese tío, me puse a sudar como un cerdo. (Por cierto, ¿los cerdos sudan?)

¿Qué hacía allí el Sonrisas? ¿Me había seguido? ¿Para apoderarse del diario? ¿Pero por qué? No entendía nada, pero estaba asustadísimo, y esos golpes de martillo que oía, venían de mi propio corazón.

Dices en tu carta que Bibbi Bokken sabía que yo estaba en Roma. Tal vez fuera ella quien envió a ese hombre por razones que aún desconocemos. No se me ocurrió en ese momento, pero, cuando pienso en lo que pasó luego, parece ser la única explicación posible.

¡Bueno, allí estaba yo, sudando y oliendo a «hombrecito» mientras el Sonrisas sonreía y el tío del mostrador entregaba a mi madre la llave y ¡A MÍ UNA CARTA!!

¡Que sí! ¡Que había una carta para mí en la recepción! No entendía nada, me la metí a toda prisa en el bolsillo y seguí a mis padres, que iban hacia el ascensor. Estaban tan interesados el uno por el otro y por su «ciudad del amor» que ni siquiera se dieron cuenta de que recibí una carta.

Al llegar a la habitación, fui al baño y saqué la carta. Te la pego en el diario como prueba:

*En esta ciudad vive un anciano
Sordo será, pero ciego no
Su amor es joven, brillante y reciente*

*Mil libros viven en su mente
Dante, Petrarca, Homero y Ovidio
tesoros son en la casa a orillas del río
Ve a la Piazza Navona. No te apures
el sábado a las doce. Y no te apures.*

*La Via dei Coronari has de cruzar
Junto al Ponte Umberto vas a encontrar
una casa de libros llena y un anciano sentado
Búscale, dale esto, y si cree que vas de broma
dile de parte de quién has venido a Roma
a por el tesoro y el secreto del que te he hablado.*

La leí y al principio no entendí absolutamente nada, pero de pronto se me hizo la luz. ¡El poema era una especie de clave! ¡Una clave que me llevaría a la librería de viejo en la Piazza Navona! ¿Pero quién lo había escrito? ¿Y por qué? No entendía nada, pero sabía que al día siguiente tendría que encontrar la casa que estaba cerca del Ponte Umberto.

El sábado por la mañana íbamos a la Basílica de San Pedro. Fingí que me dolía la cabeza y dije que prefería quedarme en el hotel a descansar. Por alguna razón me dejaron. Ser «un hombrecito» tiene sus ventajas.

Esperé diez minutos después de que se hubieron marchado y luego salí disparado del hotel, encontré la Piazza Navona, crucé la Via dei Coronari y corrí hasta llegar al Ponte Umberto, junto al río Tíber. La encontré. Era una pequeña librería situada en una estrecha callejuela casi enfrente del puente. Las ventanas estaban llenas de polvo y detrás se veían montones de libros. ¡En la puerta había una placa de latón en la que ponía *M. Bresani*! El nombre del remitente de los paquetes enviados a Bibbi Bokken. Temblores era sólo parte de mi nombre en ese momento.

Abrí la puerta y entré. Por dentro parecía una especie de cámara del tesoro repleta de libros. Aunque estaba oscuro y polvoriento, era como si los libros lo iluminaran todo. No sé explicarlo de otro modo.

La habitación estaba llena de preciosos libros de piel, libros con letras de oro, libros con unos dibujos tan bonitos que no parecían impresos, sino pintados directamente sobre el papel, libros con tapas cubiertas de minúsculas perlas resplandecientes, libros con letras tan antiguas que no sabía leerlas, y libros cuyo papel recordaba a los papeles pintados de las paredes, con las letras tan apagadas que parecían a punto de desaparecer.

Era como entrar en una tienda llena de delicias, pero, en lugar de cosas para comer, eran libros. Y casi todos los libros eran antiguos. No creo que me hubiese sorprendido más si me hubiera encontrado con una Biblia impresa antes del nacimiento de Jesucristo. Lo digo para que entiendas el ambiente de esa librería de viejo.

Porque me encontraba en una librería de viejo. La misma en la que estuvo la misteriosa Siri cuando envió la carta a Bibbi Bokken. Ahora estaba yo. Debido a otra carta misteriosa, o mejor dicho, poema. Me encontraba ante la solución del misterio. Si de verdad existía ese libro que iba a ser editado en 1993, tenía que estar muy cerca.

No había nadie excepto los libros y yo. No se veía a ningún M. Bresani, pero detrás del mostrador había una cortina negra. Me acerqué y la abrí. Detrás había una habitación aún más pequeña y al fondo una mesita. Estaba llena de papeles, pinceles y frascos con colores. La fuerte luz de una lámpara del techo caía sobre la mesa, y delante de ella había un señor sentado de espaldas a mí, con la cabeza agachada.

–M. Bresani –dije en voz baja, pero no contestó.

–M. Bresani –repetí. Él continuó dibujando.

–¿M. Bresani? –grité, pero él ni se movió. Me acerqué y le toqué la espalda. Se volvió y me sonrió amablemente.

–¿M. Bresani? –dije por cuarta vez.

No contestó, y comprendí que tenía que tratarse del sordo del poema. Lo saqué y se lo di sin decir nada. Lo estudió a fondo, mientras yo contenía el aliento. Por fin sonrió. ¡Una sonrisa de verdad! Abrió un cajón y sacó un grueso sobre amarillo.

Entonces ocurrió lo más extraño y lo más emocionante hasta ahora.

Cuando M. Bresani estaba a punto de darme el sobre amarillo, su brazo se detuvo en medio del movimiento y el hombre se quedó mirando fijamente algo detrás de mí.

Yo me volví, ¿y quién crees que estaba allí? Correcto, el Sonrisas en persona. No pude ver si estaba sonriendo, porque tenía la cara tapada por una cámara de vídeo. ¡Estaba filmándonos, Berit!

Luego bajó la cámara y, efectivamente, sonreía como una serpiente (¿las serpientes sonríen?), y susurró con voz aterciopelada:

–¡Creo que ese sobre me pertenece!

Tuve la sensación de que me mostraba los dientes como hacen los animales. No sé cómo explicarte la pinta que tenía, pero supongo que has leído el cuento de Caperucita, ¿no? Entonces te acordarás del lobo acostado en la cama intentando hacerse pasar por la abuela de la niña. Así era la pinta del Sonrisas en ese momento, la misma que tenía el lobo acostado en la cama de la abuela de Caperucita cuando ésta llegó con pastas y limonada. Tiemblo sólo de pensarlo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, sólo sabía que tenía que marcharme de allí a toda prisa.

Agarré el sobre amarillo y empujé al Sonrisas con tanta fuerza que la cámara se le cayó al suelo. Quién sabe, Berit. Tal vez fue eso lo que me salvó la vida. Se

agachó a recogerla y salí disparado de la librería de viejo en dirección a la Piazza Navona.

No me detuve hasta llegar a la habitación del hotel. Me senté a recobrar el aliento mientras leía la preciosa letra del sobre. Ponía: Bibbi Bokken. Apartado de Correos 85, 5855 Fjærland (Norvegia).

Remitente: M. Bresani, VIA DEI CORONARI 5, ROMA (ITALIA).

Sé que no se deben leer las cartas ajenas, pero creo que se dice que «Si estás en situación de necesidad, puedes infringir todas las leyes», y yo lo estaba en ese momento.

Abrí el sobre. Dentro había cinco hojas. En cada hoja ponía «La biblioteca mágica de Bibbi Bokken» con letras diferentes.

Ahora infrinjo una ley más. No le envío las hojas a Bibbi Bokken, sino a ti para que intentes averiguar lo que significan, y qué debemos hacer con ellas, porque yo entiendo cada vez menos.

Escondí el sobre en mi maleta y me metí en la cama. Allí me quedé hasta que volvieron mis padres, felices y recién enamorados. Iban a cenar en un restaurante. Me obligaron a ir aunque me dolía la cabeza de verdad y quería quedarme en la habitación hasta que volviéramos a casa.

Menos mal que no volví a ver al Sonrisas, y el domingo por la tarde cogimos el avión de vuelta.

Ahora son las doce de la noche del lunes. Estoy que me muero de sueño, pero creo que me he olvidado de algo. Ah, sí, mi teoría. A lo mejor te parece mala, pero no tengo otra:

Bibbi Bokken es contrabandista de libros. Pertenece a una banda internacional que roba libros raros y los envía a Fjærland, desde donde Bibbi los vende a ricos coleccionistas de libros por todo el mundo. El nombre en clave de esta banda es *La biblioteca mágica de Bibbi Bokken*. Tanto Bresani como el Sonrisas son miembros de la liga, y ahora intentan capturarnos a ti y a mí en sus redes. ¡Dos niños inocentes! Berit, suena horroroso, pero vivimos en un mundo terrible. Algunos hacen contrabando con drogas, otros con libros.

Si mi teoría es correcta, explica por qué Bibbi Bokken no tiene libros en su casa. Pero entonces tienes que averiguar otra cosa, Berit. ¿Dónde crees tú que se alojan los coleccionistas de libros mientras están en Fjærland? ¡Correcto! En el hotel Mundal. ¿Te acuerdas de cuando subimos al ático, donde dormían las camareras antiguamente? Tal vez sea ahí donde Bibbi tiene su almacén. Bueno, tengo que acostarme. Estoy confuso, agotado, sudado y lleno de acné.

Saludos,

Nils

El juego ha terminado, Nils.

Empezamos un juego tonto espiondo a una señora que se comportaba de un modo un poco extraño. Otro verano jugamos a detectives y anotamos matrículas de coches por si sucedía algo misterioso. ¡Pero ahora se termina el juego!

Cuando acabé de leer tu carta, di un largo paseo para reflexionar. Pasé por delante del Museo de los Glaciares, crucé el río Bøya y subí hasta Blåbærstølen. Todo está tan bonito ahora en otoño con las serbas rojas y los colores amarillos de los árboles...

¿Quién había llevado el poema a la recepción del hotel? En primer lugar, tiene que haber sido alguien que sabía que te ibas a Roma. (¿A cuánta gente se lo has dicho?) Es posible que sea alguna de las siguientes personas: *El Sonrisas* (no creo que apareciera en Roma por casualidad), *Bresani* (que aparentemente esperaba tu visita) y naturalmente *Bibbi Bokken* (que sabía que ibas a Roma).

Todas estas personas misteriosas sabían que ibas a Roma. ¿PERO CÓMO PODÍAN SABERLO?

Creo que todos han tenido algo que ver en este juego. ¿Pero qué juego?

Si Bibbi Bokken sabía que ibas a Roma, seguramente sabía también en qué hotel te alojarías. No me extrañaría que hubiese sido ella quien escribiera el poema que te condujo hasta Bresani, pues sabemos ya que él es uno de sus contactos internacionales. Te alojaste en el hotel *Mondial*, Nils, y aquí está el hotel *Mundal*. (¿Una casualidad?)

Sí, sí, tiene que haber sido la señorita Libro quien te llevó hasta Bresani. ¡Pero no fue ella quien te envió a *Roma*! ¿No fue una revista semanal? No, eso no lo entiendo.

Quizá podrías averiguar algo más sobre ese concurso.

No sé si agradecerte que me enviaras esas extrañas hojas a mí y no directamente a Bibbi Bokken. Acabé por meterlas en un nuevo sobre y las envié con Billie Holiday a la Oficina de Correos, sin sello y sin remitente. Ya veremos qué pasa. (Saqué fotocopias de las hojas antes de enviarlas, y te las pego en el diario.)

Creo que las hojas con el texto «LA BIBLIOTECA MÁGICA DE BIBBI BOKKEN» escrito de cinco maneras distintas pueden corresponder a cinco sugerencias diferentes para la cubierta de un libro que saldrá el año que viene, y que, como sabes, se llama LA BIBLIOTECA MÁGICA DE BIBBI BOKKEN. (¡¡Aunque eso sea un poco extraño, ya que Siri ya tuvo en sus

manos el libro acabado!?! Si no, las cinco hojas podrían ser propuestas para un cartel que se colgará en una biblioteca mágica de idéntico nombre.

Pero también cabe otra posibilidad. He estado en la biblioteca de nuevo, y encontré un listado de una serie de libros diferentes que en conjunto se llama «La biblioteca cultural de Thorleif Dahl». «La biblioteca mágica de Bibbi Bokken» podría ser algo parecido, es decir una serie de diferentes libros. Tal vez Bibbi Bokken viva de *editar* libros. Quizá incluso tenga su propia editorial llamada «La Biblioteca Mágica de Bibbi Bokken».

Tengo menos fe en que «La biblioteca mágica de Bibbi Bokken» sea el nombre de una banda de contrabandistas. Pero no podemos descartar ninguna posibilidad, Mr. Torgersen. Lo que tenemos que evitar es sacar conclusiones precipitadas.

Luego está el Sonrisas. (Lo de la cámara es realmente sospechoso.) ¡Espero que no vuelvas a encontrarte con él, pero no sé si vas a poder librarte! Es evidente que está buscando algo. Tengo dos ideas al respecto: o está buscando el misterioso libro sobre la biblioteca mágica, o busca la biblioteca en sí. SI ASÍ FUERA, ESTÁ BUSCANDO EXACTAMENTE LO MISMO QUE NOSOTROS. ¡Sólo nos queda por ver quién llega primero al Polo Sur!

Hoy no puedo hacer nada más, pero tengo una buena noticia para ti. TUVE UNA INTERESANTÍSIMA CONVERSACIÓN CON EL AUTOR GUNNAR STAALESEN ESTE FIN DE SEMANA. Llamé a la puerta de su casa y le dije que era admiradora suya. Eso me facilitó la entrada. (Creo que la mayoría de los escritores son muy egocéntricos. Al menos resulta fácil hacerles la pelota...)

¿Te preguntas de qué hablamos? Pues de muchas cosas. Un poco de todo y de nada, como se suele decir.

Staalesen no tenía la más remota idea de que se estuviera escribiendo un libro sobre una biblioteca mágica, y tampoco conocía a Bibbi Bokken. Pero sí supo decirme que en 1993 habrá una gran celebración. ¿De qué? ¡Tienes tres oportunidades para adivinarlo! Se trata de 1993, EL AÑO DEL LIBRO, patrocinado por Su Majestad la reina Sonia de Noruega. (De modo que incluso la Casa Real está implicada.) Hace 350 años se imprimió el primer libro en Noruega. Se trata casi de un incunable. ¿Una casualidad, Nils? Mucho me extrañaría que Bibbi Bokken no tuviera algo que ver también con este «Año del Libro»...

Por lo demás, ese escritor *amabilis* me habló del libro que está escribiendo. Se publicará en 1993. Me parece que estoy adquiriendo una visión general de los libros que saldrán dentro de un año. El libro de Staalesen trata de un detective llamado Varg Veum, que vive en Bergen, pero que, con motivo del Año del Libro 1993, se va a Oslo, donde investiga escándalos políticos y cosas por el

estilo. ¡Dijo que el título provisional del libro es *La madre del cordero no muerde!*

Veamos ahora dónde está la madre de *nuestro* cordero... O si muerde. You see? (Creo que hemos hablado antes de la búsqueda de la madre del cordero, ¿no?)

Podría escribir mucho más, porque he hablado con bastante gente de por aquí. Pero suceden tantas cosas a la vez que me parece que corre prisa devolvarte el diario, aunque antes voy a contarte otro pequeño detalle: no dejan de llegar nuevos paquetes al apartado de Correos 85. Pero ella casi nunca envía paquetes. (Billie Holiday lo ha averiguado en la Oficina de Correos.) Así que no creo que BB viva de vender libros. Tal vez sea una contrabandista de los grandes. Pero los libros se quedan aquí en Fjærland. Al menos es aquí donde desaparecen todas las huellas...

Adiós, señor contrabandista de cartas.

Saludos,

Berit Bø Yum

P.S. Me lo pasé bomba con mi padre este fin de semana. Lo echo muchísimo de menos y mis padres me parecen tontos por pensar de repente que ya no se quieren. ¡Yo los quiero a los dos!

P.S. P.S. ¿Estás *completamente* seguro de que no tienes idea de cómo podía saber BB que ibas a Roma?

P.S. P.S. P.S. Empiezo a tener la desagradable sensación de que nos utilizan. Al leer tu última carta, me sentí más o menos como el marcador de un videojuego.

¡BERIT!:

¿Has leído el cuento de la pluma que se convirtió en cinco gallinas? Se llama «¡Es la pura verdad!», lo escribió un autor danés llamado Hans Christian Andersen y trata de una gallina que, al asearse, se le cae una pluma y cacarea: «Una pluma menos. Cuanto más me desplumo, más guapa estoy».

Otra gallina que la observa susurra a su vecina que hay una gallina que se quita las plumas para impresionar al gallo y parecerle más hermosa. Un búho que lo oye va volando hasta otro búho y se lo cuenta. Y, así, la historia continúa y llega a oídos de unas palomas, y luego circula de gallinero en gallinero, convirtiéndose en un cuento terrible, cada vez más terrible. Un gallo canta que tres gallinas se han quitado todas las plumas y han muerto congeladas por su amor, no correspondido, a un gallo. Luego la historia continúa hasta llegar de nuevo a esa primera gallina que se había quitado la pluma, y para entonces suena ya así:

—Éranse una vez cinco gallinas que se habían quitado las plumas con el fin de demostrar cuál de ellas se había quedado más delgaducha por su amor no correspondido por el gallo. Luego se dieron de picotazos y se mataron las unas a las otras, para vergüenza de su familia y gran pérdida de los dueños.

Entonces la primera gallina se enfada tanto que consigue que el artículo se publique en el periódico para que sirva de ejemplo. Y al salir en el periódico, todo el mundo cree que es verdad lo sucedido, claro. Porque los periódicos no mienten, ¿verdad que no?

Es un buen cuento, y se parece a la historia de la que tú y yo formamos parte, sólo que aquí es AL REVÉS.

Empezó con que tú encontraste una pequeña pluma, ¿no? La carta de Siri. Creíamos que el asunto trataba de una sola gallina, Bibbi Bokken, cuando la verdad es que intervienen al menos cinco: dos gallinas y tres gallos, para ser exacto. Son Bibbi Bokken, M. Bresani, el Sonrisas, Aslaug y Reinert Bruun. ¡Y nos están picoteando a nosotros, Berit!

Sí, has leído bien. Aslaug y Reinert Bruun también están entre los que quieren controlarnos. Lo que ha sucedido esta tarde me ha convencido de que tu desagradable presentimiento era correcto. Somos marcadores movidos por no sé quién en un juego que nosotros no controlamos.

Acabo de volver de casa de Reinert y Aslaug Bruun, que me invitaron a bollos y refrescos. Como te puedes imaginar, me puse bastante nervioso, porque pensé que había hecho algo malo. Bruun se porta de una manera

bastante rara desde que volví de Roma. Es como si estuviera especialmente interesado en lo que hago. Dos veces me ha parado en el recreo, una vez para preguntarme si me importaría dar una charla en la clase sobre Roma. Contesté que no había visto nada, porque estuve en el hotel acostado con dolor de cabeza. Entonces me miró como si no me creyera y como si supiera algo que yo no sabía que él sabía.

La segunda vez me preguntó si tenía alguna propuesta para nuevos temas de redacción. Me sorprendió bastante y balbuceé algo acerca de mis intentos por poner freno a mi imaginación. Entonces puso cara de pena, me dio una palmadita en la cabeza y dijo:

–No lo hagas, Nils. ¡Tu fantasía es tu herramienta más importante!

No entendí nada, y cuando me invitó a su casa, pensé que habría un problema serio, pero al final fui. Me recibieron los dos en la puerta. Entramos en el cuarto de estar, y sobre la mesa, adivina lo que había: un montón de libros.

Apenas abrí la boca en toda la tarde, pero el profe y la Aslaug hablaron por los codos. Hablaron de libros. De la diferencia entre libros de aventuras y libros de viajes. Hablaron de obras de teatro, poesía y prosa (novelas, relatos y cosas así).

Luego se pusieron a contar las diferentes maneras de escribir que hay, decían que algunos autores tienen elaborado un plan completo de la historia antes de empezar a escribir, mientras otros sólo tienen en la cabeza una frase, un principio o un final. Explicaron que era importante que el autor *viera* en su mente a los personajes de sus historias, que viera cómo iban vestidos, de qué color tenían el pelo y muchos otros detalles curiosos. Dijeron que era importante tener en cuenta que todo el mundo habla diferente y que cada personaje de un libro tiene su manera particular de expresarse. Añadieron que también era importante ser preciso cuando se escribe y que tuviera cuidado con los adjetivos. Por ejemplo opinaron que si yo escribía que «la flor tenía un aspecto fantástico» no estaba diciendo nada sobre la flor. Sería mucho mejor que describiera la flor, para que el lector descubriera por sí mismo lo fantástica que era la flor.

Y así siguieron hasta que me hube comido cinco bollos, bebido dos botellas de refresco y dicho «sí» cinco veces, «¡Ah!» quince y «exactamente» siete.

Lo más raro de todo fue que empezaron a disertar sobre los «escritores» en general, pero luego pasaron a hablar cada vez más de mí, como si fuera yo el escritor.

Al final, Aslaug me guiñó un ojo y me dijo:

–Bueno, Nils, ¿has sacado algo en limpio de todo esto?

–Claro que sí –murmuré, pensando para mis adentros que al menos había

sacado en limpio que los dos estaban mal del coco.

Reinert miró el reloj y de repente le entró como mucha prisa y mucho interés por librarse de mí. Me acompañó hasta la entrada y por poco me empujó fuera.

Todo eso me extrañó bastante, pero, cuando salí, sucedió algo que me dejó tan confuso y asustado como una mosca en una telaraña.

Iba bajando la calle cuando se paró un taxi delante de la casa de los Bruun. El hombre que salió del coche no me vio, se fue derecho a la puerta y tocó el timbre. ¡Pero yo lo vi a él! ¡Ahora agárrate, Berit!

¡ERA EL SONRISAS!

El Sonrisas en persona estaba entrando en casa de mi profe. No entiendo gran cosa, pero al menos sé que somos víctimas de una conspiración inexplicable en la que Bibbi Bokken juega un importante papel.

Tienes razón en decir que somos marcadores, y aunque estoy temblando, opino que es hora de que nos pongamos de acuerdo en cómo proceder a partir de ahora.

Podemos acabar el diario ya y olvidarnos de toda esta historia. O podemos tomar las riendas del juego y convertir a los demás en marcadores.

Yo propongo lo último. Si ya hemos nombrado la A, tenemos que seguir nombrando todo el alfabeto.

Propongo que vuelvas al punto de partida: el refugio de Flatbre, donde nos encontramos a Bibbi Bokken. Repasa el libro de firmas. Busca los nombres de Bruun y Bresani. Tal vez encuentres una clave secreta o un mensaje que pueda despejar toda esta niebla, porque yo estoy andando a tientas por una niebla espesa. En este momento no tengo ninguna teoría, pero noto que me estoy cabreando, ¡y quiero poner remedio a este cabreo!

Nils

P.S. No entendí ni jota de lo de la madre del cordero, de Gunnar Staalesen. ¿Qué tiene que ver con Bibbi Bokken? ¿Quieres decir que hay algo allí? ¿El qué? ¿Acaso los libros de Bibbi Bokken? ¿Pero por qué demonios va a comprarse un montón de libros valiosos sólo para esconderlos? ¿Me estás tomando el pelo o qué?

Querido escritor:

No te lo tomes a mal, pero he de admitir que no entiendo por qué de repente los «reposteros» Bruun te invitan a su casa para darte un cursillo de literatura. ¡Después de *aquella* redacción! Por otra parte, estoy totalmente de acuerdo en que nadie puede acusarnos ya de convertir una pluma en cinco gallinas. Hay gallinas y gallos en el gallinero, y ese gallinero se extiende al parecer hasta la misma Roma. Pronto tendremos tanta información sobre ellos que podremos ir a los periódicos, exactamente igual que en el cuento. Pero creo que debemos esperar un poco, porque esta historia no para de crecer.

Recibí el diario ayer por la tarde, lo que estuvo muy bien, porque hoy es sábado y tenemos un maravilloso tiempo de otoño. He hecho lo que me propusiste. Piensas que puede haber alguna pista importante en el refugio de Flatbre, y aquí estoy en este momento. Hice la mochila en un periquete y me puse en marcha. Mi madre me llevó en coche hasta Øygarden.

Es una excursión dura, Nils, pero obtienes una buena recompensa cuando llegas al glaciar y puedas contemplar el fiordo de Fjærland desde arriba. ¡Jo, qué bonito! Me siento orgullosa de ser de aquí y presumo pensando que éste es el sitio más bonito del mundo.

¡Ahora estoy sentada sola como un hongo junto al refugio, y noto en las piernas que he subido desde 10 metros por encima del nivel del mar hasta los 1000! Llevo un buen rato hojeando el libro de firmas. Escucha esto: nosotros estuvimos aquí el domingo 12 de julio, y Bibbi Bokken estampó su asqueroso nombre junto a nuestras firmas. Pero: ¡NUESTRO POEMA HA DESAPARECIDO, NILS! ¡Alguien ha arrancado justo esa página del libro de firmas! ¿Por qué? ¿No era lo bastante bueno? ¿O hay adultos que se sienten amenazados por la imaginación de los jóvenes?

Me he cabreado tanto que me he puesto a recitar el poema en voz alta. Porque me lo sé de memoria, ¿sabes? Nadie conseguirá arrancármelo de la memoria:

*Estamos sentados al sol del verano
con una coca cola helada en la mano.
Nils y Berit nos llamamos
y al cole hasta el otoño no vamos.
La paz reina aquí en la cumbre,
qué pena bajar a la muchedumbre.*

Bibbi Bokken también estuvo aquí unos días más tarde. Y ahora agárrate: el miércoles 15 de julio su nombre está al lado de otra firma: ¡la de *Mario Bresani*!

He gastado muchas calorías para encontrar el nombre de pila de ese librero sordo, así que espero que aceptes que falten las firmas de la familia Bruun. ¡Jamás han dejado su huella en el libro de firmas del refugio de Flatbre, al menos no en esta edición (desde el 26 de mayo de 1991)!

Y luego está ese calvo loco que aparece por todas partes por donde te mueves. (¿O debemos decir que te espía?) Es cierto que alguien ha dibujado un sol con una gran sonrisa (3 de agosto), pero dudo que sea el Sonrisas. (¿O sí?)

Eso es todo, Nils. Si esperabas que iba a encontrar un gran almacén de libros aquí arriba, siento decepcionarte. Claro que puede ser que haya una biblioteca secreta en Fjærland, pero no en el refugio de Flatbre. He levantado piedras y registrado la montaña. (Supongo que no me exigirás que mire también dentro de todas las grietas del glaciar.)

Pero ahora se me ocurre otra cosa. De nuevo creo que has hecho el papel de la gallina ciega que encuentra una pepita de oro. En el *P.S.* escribes: «¿Quieres decir que hay algo allí? ¿El qué? ¿Acaso los libros de Bibbi Bokken?».

¡¡SÍ!! Al menos cabe la posibilidad, ya que en su casa no hay ni un libro. Creo que Bibbi Bokken *entierra* todos los libros en algún lugar de Fjærland. Creo que está construyendo una biblioteca subterránea. Y CREO QUE SE TRATA DE UNA BIBLIOTECA MÁGICA.

¡Tenemos que encontrar esa biblioteca! Y tenemos que hacerlo antes de que la encuentre el Sonrisas, ¿entiendes? Pero creo que deberíamos colaborar con topos en vez de con escaladores y excursionistas de glaciares.

Escribiré más al bajar...

¡Espera un momento! Acabo de echar un vistazo al resumen de la tabla principal de Dewey. Termina como sabes con la cifra 990 y con «Historia de los mundos fuera de la Tierra». El número 1000 no figura, pero tengo una teoría: ¡ese grupo tal vez se llame «Historia sobre los mundos *debajo de la Tierra*»! Por no decir «Historia sobre bibliotecas debajo de la Tierra».

AHORA VEO ALGO MÁS: el primero de los grupos de Dewey se llama «010 Bibliografía». ¡Y Bibbi Bokken es una auténtica bibliógrafa! (Fuente: Siri. Cito: «Si en Noruega hubiese sólo un bibliógrafo, ésa serías tú»). Y el refugio de Flatbre está situado exactamente a 1000 metros sobre el nivel del mar, y allí nos encontramos con varias pistas. Por otra parte, la casa de Bibbi Bokken está exactamente a 10 metros por encima del nivel del mar. De 10 a 1000, ¡exactamente como en el sistema de Dewey! ¿Hay algo ahí? No sé, no sé.

Desde el vestíbulo del hotel Mundal:

Estoy temblando, pues acabo de enterarme de que conocí a la señorita Libro

hace muchos años. Cuando tenía siete u ocho años (Fuente: Billie Holiday). Pero volveré sobre esto en mi próxima carta, porque el correo está a punto de salir y tengo que escribir al menos dos *P.S.*

Tuya hasta la muerte, Berit

P.S. La cubierta del diario empieza a desagradarme. Es una foto del fiordo de Sogn, ¿verdad? Pero al bajar del refugio del glaciar recordé de repente lo que escribió Siri en esa misteriosa carta desde Roma: «En la cubierta había una foto de unas montañas muy altas»...

Tal vez deberías haber elegido como cubierta la puesta de sol con el corazón rojo, en lugar de ésta. Pero en ese caso, quizá Bibbi Bokken no hubiera patrocinado el libro.

P.S. P.S. Puede que Bibbi Bokken, Bresani, el Sonrisas y la familia Bruun pertenezcan a una secta religiosa que intenta dominar el mundo. Tal vez intenten dominar a todos los chicos y chicas del mundo. He oído hablar de esas sectas locas que intentan adoctrinar a niños y jóvenes. (Adoctrinar: ¡consulta un diccionario!)

P.S. P.S. P.S. Escribes: «Si ya hemos nombrado la A, tenemos que seguir nombrando todo el alfabeto». Pero esto se está poniendo tan turbio que empiezo a dudar. Te envío un pequeño poema de Jan Erik Vold:

*si has nombrado la A
has nombrado la A*

¿Entiendes lo que quiero decir? Si has nombrado la A, entonces has *nombrado* la A y tendrás que responsabilizarte de ello. Pero eso no significa que necesariamente tengas que nombrar la B.

Saludos de B

Querida Berit:

¡Creo que estás tras la pista de algo importante! ¡Una secta religiosa! ¡Estoy contigo! Si no es algo todavía peor. ¿Has leído *Las brujas* de Roald Dahl? No lo hagas, pues te asustarás más de lo que te conviene.

El libro trata de un montón de mujeres que hacen como si les encantaran los niños, pero no es así. Son brujas, ¡y en realidad los odian! Quieren exterminar a todos los niños del mundo, convirtiéndolos en ratones.

Imagínate que toda esa pandilla sean brujos que quieren no convertirnos en ratones sino robarnos nuestros pensamientos y en su lugar poner los suyos. ¡Imagínate que Bibbi Bokken estuviera construyendo una biblioteca mágica debajo del hielo! ¡Una biblioteca llena de nuestros pensamientos! Eso explica por qué es mágica. Pues yo estoy cada vez más convencido de que esto es magia.

¿Por qué crees que me invitaron los Bruun a tomar bollos y refrescos en su casa? ¿Por amabilidad? ¡Ja, ja! ¡No, no, para controlar mis pensamientos! Por eso me explicaron cómo escriben los escritores, claro. Pero lo que dijeron no es verdad. Porque he leído bastante y sé que todos los escritores escriben de diferente manera. Existen libros en los que escritores de verdad escriben que «una flor es verdaderamente fantástica». Porque no hay reglas para cómo escribir, ni tampoco para cómo pensar. Pero Bibbi Bokken intenta crear ese tipo de reglas para que todos seamos idénticos y ellos puedan saber dónde nos tienen.

Meten nuestros anteriores pensamientos en una biblioteca mágica debajo del hielo del glaciar de Jostedal. Ésa es la verdad, Berit, y tenemos que enfrentarnos a ella si no queremos convertirnos en robots o muertos vivientes.

Bueno, éstas son unas simples teorías que he estado elaborando últimamente. Lo que me puso sobre la pista fue tu carta y el haber descubierto que el profesor Bruun es adivinador de pensamientos.

Lo descubrí ayer, cuando me disponía a comer el bocadillo en el recreo. El profesor Bruun estaba de guardia. Me había llevado la mochila al recreo porque luego teníamos educación física. También llevaba conmigo el diario. No me atrevo a soltarlo ni un segundo. Cuando metí la mano en la mochila para sacar el bocadillo, lo toqué para asegurarme de que seguía allí. Estaba, y respiré aliviado. En ese instante se me acercó el profesor Bruun. Sonrió (al parecer todo el mundo me sonríe últimamente) y dijo:

–Bueno, Nils. ¿Qué secretos esconde tu mochila?

Di un salto de ciento catorce metros y dije que el único secreto era que no sabía de qué era el bocado que me había preparado mi madre.

–¿Ah sí? –preguntó el profesor Bruun–. ¿Estás seguro de que eso es todo?

Abrí el bocado con manos temblorosas. Comprendí que me había leído el pensamiento como en un libro, no, diario, abierto.

–No –murmuré–, no es todo. Es foie-gras.

Luego esboqué una sonrisa, que más bien era una mueca, y mordí el bocado. Creció hasta convertirse en una masa enorme en mi boca. Era incapaz de tragar, pero rumiaba y rumiaba como una vaca.

–Acabas de hacer una frase divertida, chico –dijo el profe–. Cuídala. Frases como ésa no se oyen todos los días.

Y se marchó. Escupí el pan y comprobé si el diario seguía en la mochila. Allí estaba.

Ahora estoy sentado, intentando agarrar mis pensamientos. No resulta fácil, sobre todo cuando alguien intenta robarlos constantemente.

Tal vez todas estas teorías sean sólo imaginaciones mías, pero, en ese caso, he de admitir que me encanta tener todavía imaginación.

Sigue con la investigación, Berit. Creo que eres tú quien por el momento piensa con más claridad. Yo estoy muy confuso.

Nils

P.S. Por cierto, tengo una teoría sobre el dibujo de la sonrisa en el libro de firmas del refugio. Creo que el símbolo secreto de los brujos es la sonrisa.

¿Te das cuenta de lo inseguro que estoy? O me lo *creo*, o *no* me lo creo. Pues nadie «tal vez cree». ¡Sólo aquel que está a punto de perder sus pensamientos!

¡ S O C O R R O !

Querido Nils:

¡Tranquilízate, amigo! No puedes sacar a relucir sin más el último libro que has leído y creer que ocurre exactamente lo mismo en la realidad. La literatura es literatura, ¿sabes? Y los brujos no crecen en los árboles. Tú también debes tener cuidado. A partir de ahora, has de agarrarte al diario y no andar por ahí poniéndoselo delante de las narices a todo el mundo. ¡Pues nos están *espiando*, querido primo! Lo que me resulta un poco más difícil es saber si también nos leen el pensamiento...

Tengo reveladoras noticias para ti, que tuvieron que esperar la última vez que te escribí. La cosa es que conocí a Bibbi Bokken hace mucho tiempo. No tenía más de seis o siete años. Y esto *puede* ser una pista importante. Se trata de algo que me contó la señora que lleva el hotel con Billie Holiday. Se llama Marit Orheim Mauritzen.

Abróchate el cinturón de seguridad, pues vamos a hablar de cosas históricas:

Aconteció pues, en los días aquellos, que salió un edicto del ex vicepresidente de Estados Unidos Walter Mondale, que decía que se había inaugurado el gran túnel de Fjærland. La inauguración tuvo lugar el 31 de mayo de 1986. El famoso pintor de nuestra región, Ludvig Eikaas, fue el responsable de gran parte de los festejos que se organizaron con este motivo. Para que se cumplieran las profecías, había pintado delante de la boca del túnel un gran cuadro de una Virgen. Era la llamada diosa del Túnel.

También Berit Bøyum, por ser natural de ese lugar, fue desde la ciudad de Bergen, en la provincia de Hordaland, hasta Fjærland y se inscribió en el libro de firmas del hotel Mundal, con su madre y su padre, que en aquella época seguían juntos. No había lugar para ellos en el albergue, pero se les permitió vivir en una casita en la vieja granja del abuelo...

¿Me sigues, Nils? El pueblo entero estaba patas arriba. Había gente del lugar, policía y periodistas por todas partes. Y el que inauguró el túnel fue el ex vicepresidente de Estados Unidos. PERO YO TAMBIÉN ESTUVE ALLÍ. No recuerdo gran cosa, pero ahora estoy sentada en la recepción del hotel Mundal con la señora directora Marit Orheim Mauritzen. Hemos mirado el libro de firmas del día de la inauguración, y allí he encontrado mi firma infantil junto a las (demás) personalidades. Como sabes, llevo muchos años presumiendo de haber conocido a Walter Mondale. (Sus abuelos provenían de Mundal, ¿lo sabías? De ahí su apellido...) ¡PERO LO QUE NO SABÍA ES

QUE TAMBIÉN BIBBI BOKKEN HABÍA PARTICIPADO EN LAS CELEBRACIONES!

No miento. La próxima vez que vengas, podrás comprobarlo con tus propios ojos. Escribió su asqueroso nombre en la misma página que el mío. Y Marit dice que la recuerda bien. Nadie la había visto antes, pero se presentó como periodista. Y CONOCÍA A WALTER MONDALE. Estaba siempre a su lado, susurrándole secretos al oído...

Te estoy hablando de Fjærland, Nils. Ya que este lugar está empezando a tener cierta importancia, te daré algunos datos. En mi enciclopedia dice lo siguiente:

Fiordo de Fjærland: Brazo de unos 25 km del fiordo de Sogn. Desde Balestrand, el fiordo de F. se abre camino en dirección norte, entre enormes montañas cubiertas de glaciares, hacia el glaciar de Jostedal. Cerca del fondo del fiordo, en la orilla noroeste, está la iglesia de Fjærland y el hotel de Mundal. Desde allí sube el camino hasta los glaciares de Bøyum y Suphelle, que son dos extensiones del glaciar de Jostedal. El origen del nombre de Fjærland es incierto.

Pero todo esto era antes de la época de Mr. Mondale & Compañía, antes de que apareciéramos en los atlas, por no decir antes de aparecer en algún mapa, antes de que nuestro pueblo estuviera comunicado con el resto del mundo por carretera. He aquí otro trozo de prosa informativa, más seca que una pasa, sacada de un folleto de la Dirección General de Carreteras:

Las gentes de Fjærland llevaban muchos años luchando por una carretera cuando el Parlamento, en 1975, dio su consentimiento para que la población tuviera una general que la comunicara con el resto de la red estatal de carreteras. Se barajaron varias alternativas, y finalmente se optó por la construcción de un túnel a través de la montaña.

Las obras de construcción se iniciaron en 1977, y la carretera (con el túnel) se inauguró oficialmente el 31 de mayo de 1986.

El tramo mide en total 30.600 metros. Tiene tres túneles con una longitud total de 7.355 metros. El más largo es el túnel de Fjærland, de 6.381 metros.

En este túnel se han dinamitado unos 336.000 m³ de roca, para lo cual se han empleado unas 638 toneladas de explosivo y se han perforado unos 609 km de montaña. Los escombros del túnel se han empleado para la construcción de varias carreteras comarcales. El resto de los escombros está almacenado en el tramo que discurre por el valle de Bøy, colocado de común acuerdo con los arquitectos paisajistas...

¿Me sigues, Nils? ¿O has perdido el hilo? ¡Añado por mi cuenta que el túnel de Fjærland pasa por debajo del glaciar de Jostedal! ¡TAL VEZ ESA FUE LA OPORTUNIDAD IDEAL PARA CONSTRUIR UNA BIBLIOTECA SECR ETA! *Debajo* del glaciar de Jostedal, Nils, el glaciar más grande de Europa. Se trata de un área de más de 1.000 kilómetros cuadrados. Y de repente van y deciden construir un túnel de más de 6 kilómetros debajo del glaciar. Una obra gigantesca, en otras palabras. ¡En un paraje donde apenas hay gente!

UNA BIBLIOTECA EN UN LUGAR ASÍ PODRÍA PERMANECER HASTA EL DÍA DEL JUICIO FINAL.

Apenas me quedan dudas. Tiene que haber alguna relación entre las obras del túnel y la biblioteca secreta de Bibbi Bokken.

Tú mismo escribiste en tu última carta: «¡Imagínate que Bibbi Bokken estuviera construyendo una biblioteca mágica debajo del hielo!». Son tus propias palabras. Pero esta vez las hago mías.

¡PORQUE HAY ALGO MÁS!

Justo 5 años después de la inauguración del túnel de Fjærland, hubo aquí otra inauguración. El 31 de mayo de 1991, se inauguró el Museo Noruego de los Glaciares, y lo inauguró la mismísima reina Sonia. Exactamente, la mismísima reina Sonia, supongo que habrás oído hablar de ella..., ¿no? También es la patrocinadora del AÑO DEL LIBRO 1993. Y también en esa ocasión estuvo aquí Bibbi Bokken. Fue su segunda visita a Fjærland. (No hace falta que me creas, Nils. Es mejor que llames al hotel Mundal para que salgas de dudas.) Unos meses más tarde, la señorita Libro compró la casa amarilla en la parte alta de Mundal... ¿Entiendes? Bueno, no importa, porque ya no digo nada más.

Por ahora están implicadas las siguientes personas, lugares e instituciones:

- una famosísima bibliógrafa (Bibbi Bokken)
- un ex vicepresidente de Estados Unidos (Mondale)
- la Casa Real (la reina Sonia)
- el Parlamento (el diputado Mauritzen)
- un místico italiano del libro (Mario Bresani)
- un tipo calvo que aparece en todas partes (el Sonrisas)
- la Dirección General de Carreteras (Ministerio de Comunicaciones Noruego)
- el hotel más acogedor del mundo (inaugurado en 1891, justo 100 años antes que el Museo de los Glaciares)
- el túnel de Fjærland (inaugurado el 31 de mayo de 1986)
- el Museo Noruego de los Glaciares, en Fjærland (inaugurado el 31 de mayo de 1991, justo cinco años después que el túnel)
- el glaciar de Jostedal (fundado hace miles y miles de años)

Saludos (To be or not to) Be Rit Bøyum

¡PSSSST! Algo ocurre... ¡Es Bibbi Bokken! Está en la escalera que hay a la entrada del hotel. Salgo por la puerta de atrás... ya sabrás de mí. ¡CUIDA BIEN DEL DIARIO!

Querida Berit:

Me entran mareos. ¿Quieres decir que la Casa Blanca de Washington está involucrada en este asunto? ¿Y también la reina Sonia?

Te agradezco haberme bajado a la tierra, al menos con una pierna. Admito que mi teoría de los brujos tal vez fuera un poco rebuscada, pero la búsqueda es nuestra tarea, ¿no?

Te planteo otro misterio. No es ninguna teoría. Es un hecho.

Empezó ayer por la tarde. Me encontraba en la Karl Johan (que, como sabes, es la calle principal de Oslo). Al pasar por la librería Tanum, descubrí a ¿quién crees? Correcto: El Sonrisas.

Estaba dentro hablando con una de las dependientas. Me quedé mirando a través del escaparate, haciendo como que contemplaba una exposición de las obras completas de Ibsen.

Cuando el Sonrisas salió, le di la espalda para que no me descubriera, y cuando cruzó la calle de la Universidad, le seguí.

Pasó por delante del teatro Nacional, cruzó la calle del Parlamento y entró en un restaurante llamado Café del Teatro. Yo lo seguí. El vigilante de la puerta me preguntó si tenía mesa reservada, y le contesté que iba a ver a mi padre, que era armador. Muy tonto por mi parte, pero el vigilante me dejó entrar.

Vi al Sonrisas sentado en una mesa junto a la ventana, ¿y a que no sabes con quién? Agárrate a tu barra de labios ahora, Berit. Estaba con Anne-Cath. Vestly. Esa escritora que escribió todos los libros sobre Ole Alexander Filibom-bom-bom y los niños de la casa del bosque y muchos otros, ¿sabes?

Aunque muchos dicen que son libros para niños pequeños, resultan bastante interesantes también cuando te haces mayor. ¿Sabes por qué? Porque te hacen recordar cosas que habías olvidado. (Exactamente como aquella historia de los tirantes azules de *Winnie-the-Pooh*.) Además, los libros te dan una especie de seguridad en un mundo tan revuelto. Y eso es lo que necesito ahora: un poco de seguridad. Si no, estallaré en pedazos.

Imagínate, Berit. ¡El Sonrisas y Anne-Cath. Vestly! Me senté en una mesa cercana, escondiéndome tras el último número de *El hombre enmascarado* y pedí una coca cola.

Estaba tan cerca de ellos que les podría haber escupido en la nuca al hablar. Me esforcé por escuchar lo que estaban diciendo, pero había tanto ruido alrededor que me fue imposible. No paraban de hablar. Sobre todo el Sonrisas.

Pero no sonreía. Quien sonreía era Anne-Cath. Vestly, y su sonrisa no era nada siniestra. Era una acogedora sonrisa de abuela, para que me entiendas.

Al final, ella meneó la cabeza y se levantó. Se encontraba tan cerca de mí que podría haberla tocado. ¡Podría haber tocado a Anne-Cath. Vestly, Berit! Pero no lo hice. Estaba sentado, rígido, con la cara escondida detrás de *El hombre enmascarado*, pero entonces sí pude oír lo que dijo:

—No, no puedo. Me temo que no es mi estilo.

Y se marchó.

El Sonrisas permaneció sentado un segundo. Luego se levantó y se fue corriendo tras ella gritando:

—¡Espera un momento, Anne-Cath.! ¡Al menos podríamos hablarlo!

Y salió del restaurante corriendo tras ella. Me levanté para seguirlos, y en ese instante vi un sobre en la mesa donde habían estado sentados. ¿Sabes lo que ponía en el sobre? Claro que no, cómo ibas a saberlo. Arriba, en la esquina izquierda, había un membrete: «Children's Amusement Consult». Debajo del sello habían escrito con rotulador: «La Biblioteca Mágica de Bibbi Bokken».

Ya lo sabes. Todo me daba vueltas, Berit. No sabía qué hacer. Se abrió la puerta del guardarropa y vi al Sonrisas que venía hacia mí.

Agarré el sobre, me lo metí debajo del jersey y conseguí pasar por delante del Sonrisas y salir disparado del restaurante. Creo que últimamente me he ido convirtiendo en un formidable ladrón de cartas.

Me vine a casa a toda prisa, abrí el sobre y encontré estas hojas que ahora te envío. Tal vez entiendas más que yo.

LA BIBLIOTECA MÁGICA DE BIBBI BOKKEN

VÍDEO/PELÍCULA

2.º ESBOZO. 4 DE 5 ESCENAS

1.ª EXTERIOR. CAMINO JUNTO A LA IGLESIA DE FJÆRLAND. NOCHE. OTOÑO. MÚSICA. LA QUINTA SINFONÍA DE BEETHOVEN.

Berit y Nils suben lentamente el camino de la iglesia en dirección a Mundal. El cielo está oscuro. Se oyen unos tremendos TRUENOS. De vez en cuando, unos rayos blancos iluminan el paisaje, creando un ambiente fantasmal.

BERIT: Date prisa, Nils.

NILS: No sé si me atrevo.

BERIT: Tenemos que hacerlo.

NILS: ¡Tengo miedo, Berit!

BERIT (*agarrándolo de la mano*): Yo también, pero tenemos que encontrarla. ¡Tenemos que encontrar a la... bruja de los libros!

Un rayo parte el cielo. Vemos los rostros pálidos y aterrorizados de Berit y Nils. Luego vemos el camino que baja hacia la casa amarilla desde la perspectiva de los dos jóvenes. Sube la MÚSICA.

Corte a:

2.ª INTERIOR DE LA CASA DE LA BRUJA DE LOS LIBROS. MISMA HORA.

Vemos el camino a través de la ventana desde LA PERSPECTIVA DE LA BRUJA. Dos pequeñas figuras oscuras vienen hacia la casa. La bruja SE RÍE para sí y apaga la luz del cuarto de estar. Luego echa las cortinas.

Corte a:

3.ª EXTERIOR DELANTE DE LA CASA DE LA BRUJA, INMEDIATAMENTE DESPUÉS.

Los dos jóvenes se deslizan a lo largo de la pared de la casa. El viento AÚLLA entre los árboles. Ha comenzado a diluviar. Los chicos están empapados. Por encima de ellos vemos una ventana con las cortinas echadas. Dentro todo está oscuro. Hablan en voz muy baja.

NILS: ¿Estás segura de que está dormida?

BERIT: Pero si es la una y media de la noche.

NILS: ¿Por qué no nos vamos a casa y volvemos mañana?

BERIT: ¿Por qué?

NILS: ¡Hace muy mal tiempo!

BERIT: ¿Estás bromeando?

NILS: No.

BERIT: ¡Ven!

Han llegado hasta la puerta. Berit agarra el tirador. Al abrirse la vieja puerta, se oye un lamento de hierro oxidado.

Corte a:

4.ª INTERIOR. EN LA CASA DE LA BRUJA DE LOS LIBROS.

Berit y Nils avanzan a tientas por un pasillo oscuro. Llegan a otra puerta y la abren. Los seguimos al interior del cuarto de estar. Todo está completamente oscuro. De repente se enciende la luz. Vemos sus rostros muertos de miedo y sus ojos que aún no se han acostumbrado a la luz. Luego miramos el cuarto de estar desde su perspectiva hacia la BRUJA DE LOS LIBROS, situada en medio de la sala.

LA BRUJA (*con voz de seda*): ¿Y adónde se dirigen ustedes?

BERIT: Nosotros...

Se para en medio de la frase. Permanecen rígidos de terror mientras la bruja se acerca a ellos con pasos lentos y pesados.

Eso es todo, Berit. Al parecer, no es más que el principio de algo que será un vídeo sobre ti y sobre mí.

¿Pero por qué el Sonrisas quiere hacer un vídeo de nosotros, y qué tiene que ver con eso Anne-Cath. Vestly?

Tal vez el camarero me vio coger el sobre. Si el Sonrisas pregunta por él, seguro que el camarero podrá dar una buena descripción del delgaducho ladrón de pelo ralo y ojos azules. Y entonces... No, no me atrevo ni a pensarlo. ¡Ayuda! ¡SOCORRO! ¡Peligro! ¿Qué hago ahora?

Saludos de Nils, el ladrón

Querido Nils:

Tienes que venir a Fjærland lo más pronto que puedas. ¡Te lo *ruego*, Nils! Tú mismo corres gran peligro. Pero yo te necesito aquí. Iré directa al grano... Subí en bici hasta Bøyadal porque tenía la extraña sensación de que debía investigar más a fondo el túnel de Fjærland. El camino hacia arriba no me resultó demasiado largo, ni tampoco demasiado empinado. Me sentía llena de energía. Echaba cada poco tiempo una mirada hacia el glaciar de Bøya y, al llegar al túnel, dejé la bici junto a la entrada. Me quedé un rato mirando la oscuridad del interior.

De repente, tuve la certeza de oír algo desde muy dentro del túnel: «Beeeriiiit...», decía.

Empecé a andar. Lo hice porque me pareció completamente necesario. Sabía que corría peligro de muerte, y aun así pasé por delante del cartel donde ponía que estaba prohibida la entrada al túnel a ciclistas y peatones y entré.

Un par de veces pasó velozmente un coche, pero yo me apreté contra la pared de roca y no creo que ninguno de los conductores me viera. Además, llevaba el impermeable negro.

Una vez más me pareció oír gritar a alguien «Beeeriiiit...». Dentro del túnel todo se volvió hueco e irreal.

Sentí que no tenía elección. Era como si no decidiera nada por mi cuenta. El aire del túnel era frío y putrefacto, pero me parecía como si el resto de mi vida dependiese de si me atrevía o no a adentrarme más en el oscuro túnel.

Después de mucho tiempo, descubrí una gran puerta anti-incendios a mi derecha. Tenía una cerradura de hierro y, claro, estaba cerrada. ¡Mierda!, pensé.

Llevaba una linterna, y como en ese momento no había ningún coche en el túnel, la encendí. Descubrí una especie de cerradura con clave, una de esas ruedas con numeritos, como las que hay en las cajas fuertes y cosas por el estilo.

Entonces ocurrió algo inexplicable. De repente fue como si *supiera* la clave. Sin pensármelo, giré la cerradura hasta los números 5-8-5-5-8-5. La puerta se abrió inmediatamente. Por última vez me pareció oír esa voz que me llamaba: «Beeeriiiit...». Y esta vez la voz hueca sonaba desde dentro.

Entré por la puerta anti-incendios. Se cerró detrás de mí. Todo estaba oscuro. Encendí la linterna y vi que me encontraba en un estrecho pasillo. Iluminé el espacio delante de mí y eché a andar. Pronto llegué a otra puerta. Era de madera, pero también estaba cerrada.

¿Estoy encerrada en la montaña debajo del glaciar de Jostedal?, me pregunté a

mí misma. ¿No puedo avanzar ni retroceder? ¿Ni entrar ni salir?

De repente, descubrí un botecito de hojalata en una repisa de la montaña. Lo abrí y encontré una llave. La metí en la cerradura, la giré y la puerta se abrió lentamente.

Bueno, entonces el destino ha decidido que yo logre pasar por esta puerta, pensé. Pero primero había tenido que recordar seis cifras. ¿De dónde las había sacado? Por alguna extraña razón, las había *sabido*. Creo que pensé que me había vuelto clarividente. Eso. Nils, clarividente. Me resultó raro entonces, pero aún me resulta más raro ahora...

Iluminé hacia el interior de un pequeño cuarto. Había centenares, tal vez mil pequeños cajones de madera desde el suelo hasta el techo. Abrí uno de ellos. Estaba lleno de fichas. Saqué una: DAHL, ROALD: *Las brujas*, Oslo 1978.

Comprendí que me encontraba dentro de un gran fichero, y que la biblioteca a la que correspondían todas esas fichas tenía que ser enorme. Nunca había visto un fichero tan grande, pero, claro, nunca he estado en la Biblioteca Nacional.

Naturalmente pensé en Bibbi Bokken y comprendí que había encontrado su biblioteca mágica. Había otra puerta, ¿sabes?, y no estaba cerrada.

Me acerqué a esa puerta e iluminé un pequeño cartel colgado justo encima. En él ponía:

NO PARA CUALQUIERA

Te encuentras entre los elegidos que podrán entrar en estas salas sagradas. Anda con cuidado. Estás rodeada de todos los libros escritos durante la historia de la humanidad. Por el momento, estamos llenando las estanterías también con los libros que serán escritos. ¡PISA CON CUIDADO!

No sabía quiénes habían hecho todo eso, Nils, pero al menos sabía de una de ellos. Tiene que haberse juntado un montón de gente para hacer esto. Ella sola no podría haber dinamitado ni una de todas esas salas que vi.

Me acordé de que habían estado trabajando durante muchos años en la construcción del túnel de Fjærland. Y luego, en secreto, también se habría construido una biblioteca secreta muy dentro de la montaña. ¡Una biblioteca con espacio para todos los libros del mundo! ¡Y ahora yo me encontraba allí!

Me da pena decirlo, pero no pensé en ti. Me encontraba delante del secreto más grande de mi vida, y en aquel momento estaba completamente sola.

Abrí la puerta y entré en un cuarto del tamaño de un aula. Del techo colgaba una tenue bombilla. Las paredes estaban cubiertas de estanterías desde el suelo hasta el techo, y en el suelo ponía con letras rojas *EGIPTO*.

No me atreví a tocar ningún libro, pero descubrí unos garabatos en algunos lomos. Me recordaban un poco esos dibujos infantiles de cosas de la naturaleza, de pájaros, cuernos de toro y figuras humanas. ¿No se llaman jeroglíficos?

Ya no quedaba ninguna puerta por abrir. Pero en el cuarto había grandes

aberturas que daban a otras salas. Ya sé cómo describirlo: era exactamente como estar en un gran museo. Seguro que recuerdas cuando estuvimos en Oslo el año pasado y mi padre nos arrastró al Museo Histórico. Las salas también eran así y también las conexiones entre ellas. Eché a correr. No creo que lo hiciera por miedo, Nils. Casi lo contrario. De repente me sentía tan ligera y libre como no me había sentido desde que era pequeña.

También en la siguiente sala a la que llegué había algo escrito en el suelo. Creo que ponía *MESOPOTAMIA*. Pero seguí corriendo. Y ya no recuerdo el orden de las salas. En todas había tenues bombillas colgando del techo, pero llevaba una linterna poderosa, y cuanto más oscuridad había, más luz parecía salir de la linterna. Recuerdo haber visto: *CHINA, INDIA, GRECIA, ROMA...*

Me detuve un par de veces para iluminar los lomos de los libros. Aún no me atrevía a tocarlos, aunque me encontraba completamente sola. Y ahora te contaré lo más extraño de todo...

Cada vez que iluminaba el lomo de algún libro, leía algo que me era *conocido*. Cuando llegué a la sala denominada *ISRAEL*, vi un pequeño libro llamado *Génesis*. Y sabía de antemano que ése era el nombre del primer libro de la Biblia, porque acabamos de aprenderlo en el colegio. En la sala griega leí el nombre de «Homero» en un libro, y también había oído hablar de él. En la sala romana leí «César» en uno y *Homo sapiens* en otro. Da la casualidad de que sé que esto último significa «ser humano».

¿Puedes entender lo curioso que fue aquello, Nils? Estaba rodeada de miles, tal vez millones, tal vez miles de millones de libros. Pero, cada vez que iluminaba alguno con la linterna, daba con libros o autores de los que había oído hablar...

A partir de allí, corrí cada vez más deprisa de cuarto en cuarto, de pasillo en pasillo y de sala en sala. No sé si me acuerdo ya de todos los libros que miré, pero cada vez que miraba alguno, me resultaba conocido. ¿CÓMO PODÍA SER QUE SIEMPRE ILUMINARA LIBROS QUE CASUALMENTE CONOCÍA?

Te pondré algunos ejemplos que recuerdo perfectamente. En la sala alemana iluminé a «Grimm» y «Goethe». En la inglesa a «Shakespeare», «C. S. Lewis» y sus *Crónicas de Narnia* y «A. A. Milne». En la española aparecieron «Cervantes» y «García Lorca», y en la sueca «Astrid Lindgren». No apareció ni un solo nombre que me fuese nuevo o desconocido. Tuve la sensación de saber todo cuanto sabe toda la humanidad.

Pero fue aún más curioso: recuerdo que leí «Astrid Lindgren», ya conocía su nombre y su apellido. En cambio Milne, el que escribió sobre Winnie-the-

Pooh, sólo figuraba con las iniciales A. A., y como nunca he sabido a qué correspondían, allí ¡no ponía más que eso!

No me asusté, Nils. Me sentía alegre y aliviada, pues siempre sabemos *sólo* lo que sabemos. Hubiera sido terrible que de repente supiéramos algo más que eso. En ese caso, ¿de dónde habría salido el conocimiento?

Continué corriendo de habitación en habitación. Pero no creas que siempre seguía la misma dirección. No, no, cada vez había varias salidas entre las que elegir. Era como un laberinto gigante. Tal vez tuviera varios pisos, porque algunas veces tuve que subir y bajar escaleras.

Luego llegué al cuarto en el que ponía *NORUEGA* en el suelo. Allí por fin me atreví a sacar un libro de las estanterías, porque ahora me sentía en casa. Intenté coger un libro sin mirar el lomo para ver si sacaba uno que no conociera, pues, sólo ya en esa habitación, había miles de libros.

Saqué el libro y lo abrí al azar. Leí en él:

LA HORMIGA

¿Pequeña?

¿Yo?

En absoluto.

Soy del tamaño perfecto.

Encajo perfectamente

a lo largo y a lo ancho

y de arriba abajo.

¿Acaso tú eres mayor que

tú mismo?

Volví a colocar rápido el libro en su sitio. ¡FUE COMO SI ME HUBIERA QUEMADO CON ALGO! Porque *justamente* conocía ese poema. ¡Es de Inger Hagerup, y lo recité en la clausura del curso escolar el año pasado! No sé ningún otro poema de memoria, ni uno solo. (Excepto todos esos poemas de Jan Erik Vold.)

Lo intenté una vez más, y entonces abrí el libro por el principio. Leí: «Åse: ¡Peer, mientes! Peer: ¡No, no estoy mintiendo. Åse: «Júrame, pues, que es verdad...». ¡Volví a poner a toda prisa el libro en su sitio, porque el texto era de esa obra de teatro de Ibsen que acabamos de leer en clase!

Eché a correr de nuevo, y otra vez me pareció oír una voz que me llamaba: «Beeriiit...».

Entonces ocurrió: entré en una sala que era casi tan grande como un estadio de fútbol, pero que apenas tenía libros. Había estanterías desde el suelo hasta el techo a lo largo de todas las paredes, pero sólo había dos libros en ellas. En el suelo ponía: *LIBROS QUE SE PUBLICARÁN*.

Me precipité hacia los dos e iluminé sus lomos. En el primero ponía: «GUNNAR STAALESEN: *La madre del cordero no muerde*». Y en el otro libro, Nils, y ahora debes agarrarte bien a la silla, en el otro libro ponía: *La biblioteca mágica de Bibbi Bokken*.

Estuve a punto de gritar, pero conseguí controlarme. Cerré el libro y volví a colocarlo en la estantería.

En ese momento oí pasos en un cuarto lejano. Eché a correr para alejarme de ellos, pero, por más que procuraba *alejarme* de los pasos, cada vez que me paraba a escuchar más cerca los oía.

De repente me encontraba de nuevo en esa gran sala de los libros que se publicarán, y oí los pasos muy cerca.

¡Y ENTONCES LLEGÓ ELLA, NILS! Bibbi Bokken entró como una reina y volvió a sonreír con su sonrisa de sabelotodo.

—Ah, pero si eres tú —dijo con su voz dulzona de mazapán, como si no le extrañara lo más mínimo verme allí.

Vino hacia mí, con pasos largos y decididos. Levantó una mano y continuó:

—Me has vuelto a engañar, Berit. ¡Y eso no me *gusta*!

Entonces me desperté, Nils. Todo había sido un sueño. Me incorporé en la cama y me puse a gritar. Vino mi madre. La abracé y me eché a llorar.

—¿Qué has soñado? —me preguntó.

Tardé mucho en contestar. Por fin dije entre sollozos:

—La bruja de los libros, mamá. Estaba soñando con esa horrible bruja de los libros...

Mamá me consoló y me acarició. Incluso me sirvió un chocolate caliente, aunque estábamos en medio de la noche. Pero yo pensaba que me lo merecía todo. En cierto modo, había sido muy valiente y había hecho algo muy peligroso.

Al acabar el colegio al día siguiente, me sentí obligada a ir en bici hasta Bøyadal de nuevo, pero esta vez de verdad. Dejé la bici delante de la entrada del túnel, y aquí estoy, sentada, con el diario en las rodillas.

Estoy pensando en lo que tal vez haya dentro de la montaña. El sueño permanece en mi cabeza. Es como si hubiera estado en otra realidad. Es como si mi alma hubiera estado en una especie de mundo imaginario, un mundo que existe de verdad en algún sitio al lado del mundo en el que habita mi cuerpo.

Tengo un montón de extraños pensamientos en la cabeza, pero me parece que debes recibir el diario cuanto antes, así que me subiré en la bici y bajaré a echarlo al buzón. (Lo enviaré certificado, aunque sea mucho más caro.) Además, tengo muchos deberes para mañana.

Tal vez, de alguna manera, fuera tu carta la que envió a mi alma hasta el

interior de la montaña debajo del glaciar de Jostedal. Pero hablo en serio, Nils.
¡TIENES QUE VENIR LO ANTES POSIBLE!

Nuestras vacaciones de otoño empiezan el lunes que viene. ¿Y las vuestras? A lo mejor podrías hacer pellas el viernes...

Tu cómplice para siempre,

Berit, la traviesa de Bøyadal

P.S. No me puedo imaginar que Anne-Cath. Vestly quiera participar en algo sucio. Tal vez el Sonrisas intente reclutarla porque conecta estupendamente con los niños. Y ella lo rechazó: «No es mi estilo».

P.S. P.S. Ese guión de cine tal vez lo escribiera Bibbi Bokken. Al menos lo ha escrito alguien que conoce bien Fjærland.

Querida Berit:

Cuando leas esto, estaré, como ya sabes, en Fjærland. Pero escribo de todos modos, porque pienso mejor cuando escribo que cuando hablo. ¡Tu última carta fue fantástica, de veras! Deberías enviarla a una revista, porque si mi madre ha ganado un viaje a Roma con ese «La ciudad de mi primer amor», tú podrías ganar como mínimo un viaje alrededor del mundo con tu historia. Estaba escrita de tal forma que pensé que se trataba de una historia real, y resultó ser una historia de cuento. Pero Berit: creo que era verdad, a pesar de todo. Al menos en gran parte. Porque todo lo que soñaste fue creado por algo real: los escritores, Bibbi Bokken, el túnel. Lo conocías todo, pero no viste las conexiones hasta que te dormiste. Entonces todo encajó como las piezas de un rompecabezas. En un centelleo has logrado contemplar la biblioteca mágica de Bibbi Bokken. Pero el libro más importante de la biblioteca no lo conseguiste leer ni en tu sueño, porque las piezas que arman ese rompecabezas no las hemos encontrado aún.

Pero volvamos a la realidad, Berit. Estoy sentado en el muelle de Flåm esperando el barco. Ha sido un viaje en tren increíble.

En cuanto subí al tren, me puse el pijama y me tumbé en la litera.

Mi madre me compró un pijama en Roma. Es rojo, con botones y lunares blancos. Bastante chulo, pero ésa es otra historia.

Me moría de cansancio y de sueño y tenía una gran necesidad del «buen sueño de una noche» como suele decir mi padre.

¿Crees que logré dormirme? ¡Claro que no! ¡Nils Bøyum Torgersen nunca duerme! Y menos cuando en la litera de arriba hay un viejo gordo que ronca como una sierra eléctrica.

Estuve dando vueltas en la litera durante una hora o más, entonces me di por vencido, me vestí y salí al pasillo. Me había llevado un libro, era *El hermanito menor y el comino*, de Anne-Cath. Vestly. Sería el niño que hay dentro de mí el que me hizo elegir precisamente ese libro. Además, yo también me siento como una especie de Hermano Menor, pues aunque no tengo un Hermano Mayor, como Philip en el libro, sí tengo una Prima Mayor que se llama Berit.

Recorrí el pasillo del tren buscando un vagón con asientos. En el siguiente había un compartimiento para fumadores. Miré a través del cristal y me asusté tanto que casi rompí la ventanilla de detrás de mí.

No fueron precisamente las dos señoras jugando a las cartas las que me asustaron. Tampoco el viejo fumando en pipa con el sombrero puesto.

No, fue el tío calvo aquel, fumándose un puro junto a la ventanilla, lo que me hizo dar un salto de miedo. ¡ERA EL SONRISAS!

La situación era crítica. ¿Qué hacía él en ese tren? ¿Era una casualidad? No, seguro que no. He vivido últimamente tantas «casualidades» que creo que sé reconocer una auténtica cuando la veo. Y ésta era tan falsa como la amabilidad de Reinert Bruun.

El Sonrisas estaba en el tren porque estaba yo. Iba de expedición. Expedición de espionaje. Pero ahora los papeles estaban cambiados. Ahora Nils B. T. tenía el control. Eché otro vistazo al compartimiento. El Sonrisas sacó un paquete de cigarrillos. Estaba vacío. Se levantó.

Yo, resuelto como siempre, me metí a toda prisa en el servicio. Dejé la puerta entreabierta. Llegó el Sonrisas. Se detuvo delante de la puerta, y durante un terrible instante creí que iba a meterse. Pero, por fortuna, siguió su camino. Respiré aliviado sin hacer ruido, abrí la puerta con mucho cuidado y lo seguí. Implicaba cierto peligro, pero me arriesgué, y él no se volvió.

Entró en el coche-cama n.º 61, 62, 63 y yo me quedé esperando en el otro extremo del pasillo como una pantera sobre la huella. ¿Era correcta mi teoría? Apreté con fuerza el libro de Anne-Cath. Vestly.

Volvió a salir enseguida. Mis suposiciones habían sido correctas y precisas. Iba a por tabaco.

¡Bang! Al instante Nils Bøyum Torgersen estaba de vuelta en el servicio. Pálido pero con los nervios bajo control. Oí las horribles pisadas del Sonrisas cuando pasó.

Esperé cinco segundos. Tal vez diez. Luego me paseé tranquilamente por el pasillo y entré en el coche-cama n.º 61, 62, 63.

Ya tenía el plan preparado. Si hubiera alguien allí, diría que me había equivocado de vagón y basta. Pero el compartimiento estaba vacío.

Eché un vistazo rápido. Su maleta estaba en el suelo. Vi enseguida que tenía cerradura con clave. Nada que hacer. La cama de abajo no estaba hecha. Al parecer, no era yo el único que no lograba dormirse esa noche. Sobre la sábana arrugada había una carta. Dejé mi libro sobre la almohada, cogí la carta y la leí:

Marcus, mantente lejos de Fjærland. Ten un poco de paciencia. ¡Deja esto en mis manos!

Bibbi

En un instante entendí que mis (nuestras) teorías son correctas. Bibbi Bokken y el Sonrisas (cuyo nombre es Marcus) colaboran en algo que tiene que ver con nosotros.

Saben que pronto estaremos los dos en Fjærland, pero él es más impaciente que ella. Él quiere que nosotros hagamos algo, pero ella quiere arreglarlo por su cuenta.

Tengo el presentimiento de que nos estamos acercando al último capítulo de este misterio, y no sé si va a ser muy agradable para nosotros.

Después de haber leído la carta, me fui a mi compartimiento. Me eché en la litera y, ¡milagro de milagros!, me dormí.

Cuando me despertó el revisor y me puse a hacer la maleta, me di cuenta de una cosa que me despertó del todo al instante: ¡me había dejado el libro de Anne-Cath. Vestly en el compartimiento del Sonrisas!

Descartado entrar a recogerlo. Tendría que quedarse donde estaba. Además, al Sonrisas no le vendría nada mal leer un poco de esa clase de literatura.

Y ahora estoy sentado aquí, en Flâm, en un paisaje cubierto por la niebla.

Tengo miedo, pero me consuela pensar que pronto vamos a ser dos. Para decirte la verdad, me siento bastante tranquilo en este momento. Aquí todo está en silencio. Como si nada malo pudiera ocurrir. Oigo pasos. Creo que alguien viene. Es el Sonrisas. Se está acercando...

ESOS INGENUOS CAYERON EN LA TRAMPA. ¡SE ACERCA EL MOMENTO DE LA VERDAD! COMPOSER EN SABON 12/14 PUNTOS (NILS) Y EN BERKELEY OLD STYLE 12/14 PUNTOS (BERIT). M. B. H

SEGUNDA PARTE

LA BIBLIOTECA

Caímos en la trampa, y deberíamos habernos dado cuenta, pues él había escrito en el diario que nos compondrían en 12/14 puntos a los dos. Pasaron apenas un par de días, y aquí estamos ahora.

Miro a Nils, que está sentado enfrente de mí al otro lado de la gran mesa. No para de moverse en la silla y está a punto de comerse el lápiz. Yo he empezado a mordirme las uñas.

Oímos constantemente teléfonos que suenan en otras salas y pasos rápidos por el pasillo. Sólo aquí dentro hay silencio.

De vez en cuando, un rostro sonriente asoma por la rendija de la puerta entreabierta para ver cómo nos va. Hace media hora nos trajeron bocadillos. Más vale ponerse en marcha. Primero le toca a Nils.

Estaba sentado en un banco en la estación de ferrocarril de Flåm, escribiendo en el diario, cuando oí pasos. Levanté la vista y me topé con la retorcida cara del Sonrisas. No sé si realmente estaba retorcida, pero a mí me lo pareció. Se había posado como una sombra oscura delante de mí y dijo en voz suave y baja:

–Creo que tengo algo tuyo, chico. Y tú tienes algo mío.

El guión de cine, pensé. Quiere recuperar el guión.

–Vale –susurré–. Podemos intercambiarlo.

Sonrió y se acercó un paso más.

Entonces eché a correr alejándome del Sonrisas, de la salida del sol, del diario, de todo. El barco acababa de atracar. Me precipité a bordo, adelantándome a los coches que estaban a punto de desembarcar. Me encerré en el servicio. Comprendí que el Sonrisas me estaba persiguiendo, de manera que me quedaría escondido hasta que tuviera que cambiar de barco y de servicio. Afortunadamente, todo fue bien.

Al llegar a Fjærland, no salí hasta estar seguro de que todos los pasajeros estaban ya en tierra.

El muelle estaba vacío. Supongo que Berit se había cansado de esperar. Subí lentamente hasta el hotel.

La casa de mi tía es muy pequeña, de modo que había reservado una habitación en el hotel, lo cual me venía de perlas. Significaba que la agencia de detectives Bøyum & Bøyum tendría una oficina como Dios manda. Aunque, a decir verdad, no me sentía ya como un gran detective, sino más bien como un doceañero tonto, avergonzado y aterrado. Tonto por haber robado el guión.

Avergonzado por haber perdido el diario; no, peor que eso, por haberlo dejado en las sucias manos del enemigo. Aterrado porque estaba seguro de que el enemigo se encontraba en Fjærland y en cualquier momento podría llegar a meterme el diente, o como se diga.

Por fin entré en la recepción del hotel con la barbilla a la altura de las rodillas. Balbuceé mi nombre, me dieron la llave, y estaba a punto de arrastrarme escaleras arriba cuando noté que alguien me pinchaba en la espalda. Oí una voz cavernosa detrás de mí.

—¡Manos arriba!

Sé que tengo una imaginación que a veces se va por sus propios caminos, y que soy capaz de imaginarme cosas que están a mil kilómetros de la realidad. Pero esta vez tenía un montón de buenas razones para reaccionar como lo hice. Ya estaba yo bastante aterrado de antemano, esperando ver al Sonrisas aparecer detrás de un jarrón o de cualquier puerta, listo para vengar el robo del guión. De modo que actué instintivamente, como Superman o Batman cuando son atacados por detrás: me giré en remolino y bajé la cabeza para meterla a toda prisa en el estómago de la persona que se encontraba detrás de mí.

—¡Aaaaaayyyy! ¿Te has vuelto loco? ¡Aaaayyy!

No era el Sonrisas. Era Berit. Se abrazó la tripa y me miró con una mirada que expresaba un 50 % de rabia y un 50 % de asombro.

Yo estaba en el suelo bocabajo, mirándola como un imbécil.

—Perdona. No sabía que eras tú.

—¿Ah, no? ¿Es que vas por ahí metiendo el cabezón en el estómago de cualquiera?

—Me asustaste.

—Sí, jamás volveré a hacerlo.

De repente sonrió. Llevaba barra de labios y rímel, y era bastante guapa para ser mi prima. Por alguna razón me sentí como si tuviera diez años.

—¿Tienes el diario?

Tragué saliva y noté que me estaba poniendo rojo. El chico desastre de la calle Vibe ataca de nuevo.

—Eso es justo lo que... —empecé a decir, pero Berit me interrumpió.

—Oye, hay alguien sentado en el salón que quiere hablar con nosotros.

Salvado por el gong, pensé, y seguí a Berit a través del salón de la chimenea. Ella seguía hablando mientras andaba.

—Dice que tiene un contrato para nosotros. Por lo visto te conoce, y...

La agarré del brazo y apreté fuerte. El hombre estaba sentado en el salón mirando por la ventana. Aunque estaba de espaldas a nosotros, tuve la sensación de ver su asquerosa sonrisa a través de la brillante calva. Berit gimió.

—¡Ay!, ¿qué estás haciendo...?

Le tapé la boca con la mano y la arrastré conmigo hasta la recepción. En mi opinión, actué como un profesional, teniendo en cuenta que soy un detective novato.

–El Sonrisas –susurré–. Es el Sonrisas.

Berit abrió los ojos de par en par y me miró fijamente.

–Si te suelto ahora, ¿vas a gritar? –pregunté. Una pregunta hecha por millones de detectives antes que yo. Negó con la cabeza.

–¿En tu habitación o en la mía? –dije en voz baja.

–En la tuya, imbécil –susurró y voló escaleras arriba. Yo la seguí. Al cabo de media hora, ya le había relatado toda la historia. Yo no era tan duro como quería aparentar, y temblaba sentado en una silla azul. Tenía la sensación de estar a punto de echarme a llorar.

–¿Qué vamos a hacer? –pregunté.

«¿Qué vamos a hacer?» No me costó mucho contestar a aquella pregunta.

Cuando Nils llegó a Fjærland, me golpeó el estómago con la cabeza con tanta fuerza que estuve a punto de perder el aliento. Acto seguido me tapó la boca con la mano y casi me ahoga.

Pero lo peor de todo era que había perdido el diario. Se lo había dejado en un banco en la estación de Flåm, poniéndolo, por así decirlo, en manos del Sonrisas. Me enfadé tanto que estuve a punto de estallar. Ahora le tocaba a él recuperarlo.

Al Sonrisas le había dado tiempo a registrarse en el hotel, incluso en el mismo pasillo en que Nils tenía su pequeño cuchitril. Yo había hablado con ese señor, sin que se me hubiese ocurrido que podía tratarse del Sonrisas. Ciertamente tenía esa sonrisa de autosuficiencia pegada a la boca constantemente, pero hay mucha gente así.

Ya antes de que llegara, me habían dicho que ese tipo había exigido la única suite del hotel, con una gran terraza y vistas panorámicas sobre el fiordo. ¿Acaso se trataba de un rico hombre de negocios?

Me encontré primero con él en la sala de billar, que también sirve de biblioteca del hotel. Mientras esperaba tranquilamente a Nils, me puse a jugar con las bolas. No se me da mal la geometría, y de alguna manera, el billar es lo mismo. Se trata en gran parte de calcular los ángulos.

Y de repente estaba allí, el nuevo huésped del hotel, ese hombre del que se hablaba porque había exigido a toda costa alojarse en la habitación más cara. Entendí que tenía que ser él, porque sólo se esperaban dos nuevos huéspedes esa tarde. (Por la noche se esperaba un matrimonio de profesores.) El otro era un italiano que había llegado en el barco anterior, y que sólo entendía su propia

lengua, lo que había creado ciertos problemas, pues en el hotel Mundal el italiano es prácticamente el único idioma que nadie domina. Pero, aun así, se habían dado cuenta de que era bastante raro. Por ejemplo, quería visitar el Museo de los Glaciares inmediatamente y no quiso comer.

El hombre de la sonrisa autosuficiente se puso a coger los libros de las estanterías, y recuerdo que pensé que era mejor así y que no me pidiera que jugara al billar con él.

Volvió a colocar en la estantería un precioso libro sobre el glaciar de Jostedal. Se volvió hacia mí y dijo:

–Una buena biblioteca...

Creo que en ese instante debió de sonar una campana en mi cabeza, pero tan dentro que no me dio tiempo a reaccionar antes de que él prosiguiera:

–Este hotel tiene muchos libros interesantes. Qué pena que estén tan mal ordenados, sin ningún sistema.

Me sentí tan confusa que dije:

–Dese una vuelta por la biblioteca pública. Allí emplean el sistema Dewey.

Él sonreía sin cesar, y ahora me miraba interrogante. Tuve que pensar mucho antes de correr un gran riesgo y decir:

–Y si lo que más le interesa son las montañas, valles y cosas así, los encontrará entre el número 550 y el 559.

Aquello parecía el inicio de un concurso de los que hacen en la tele. Hasta unos días más tarde, no me di cuenta de que él había entablado la conversación para conseguir que me presentara.

–Me dejas impresionado, hija mía. Dime... ¿has oído hablar de que hay otra biblioteca en este lugar?

No me gustó lo de «hija mía». Y tampoco me gustó lo de la otra biblioteca. Miré las bolas de billar y envié la bola negra por el tapete de fieltro. Chocó contra las dos blancas.

Pensé, como es natural, en Bibbi Bokken. Pero no se me ocurrió en absoluto que podía tratarse del Sonrisas. En primer lugar, no tenía ni idea de que iba a venir a Fjærland y, además, me lo había imaginado algo más adulator.

Pero era evidente que yo estaba charlando con alguien que había oído hablar de Bibbi Bokken...

–Tenemos una pequeña biblioteca en el colegio –dije.

Un rayo iluminó su cara. Estaba enfadado o simplemente muy interesado. Era como si sus ojos dijeran: «¡No hagas teatro conmigo!». Pero su boca dijo:

–¡No faltaría más!

Luego, los dos nos quedamos callados un buen rato. La situación me parecía tan incómoda que seguí hablando:

–Pero ahora el colegio está cerrado. Tenemos una semana de vacaciones de

otoño.

Gruñó:

–Yo sólo estaré aquí hasta mañana. Pero si me ayudas un poco... también tú podrás ganar algo.

Me entraron ganas de huir, porque no me gusta que personas completamente desconocidas empiecen a proponerme «ganancias». Que fuera un rico hombre de negocios no era una disculpa. Pero tenía una vaga sospecha de lo que buscaba. Pensé en todos los libros de Bibbi Bokken...

–Tengo un contrato –dijo–. Uno para ti, y otro para Nils. No hay razón para mezclar a nadie más en esto... ¿entiendes?

Claro que debería haberlo entendido, pero no entendí ni jota. ¿Cómo conocía ese hombre a Nils? ¿Y qué quería decir con «un contrato»? ¿De qué?

Me salvó Billie Holiday, que en ese momento entró y dijo que quería hablar conmigo en la oficina. Cuando salimos de la sala de billar, el ricachón dijo:

–Ya hablaremos.

Mientras atravesábamos el salón, Billie me preguntó si conocía a ese hombre. Negué con la cabeza. Luego me preguntó si me importaría ayudarlos a servir las mesas en el comedor.

Dije que lo haría, aunque sabía que Nils estaba de camino. Fue la segunda vez esa tarde que me ofrecieron ganar dinero. Tuve la sensación de haber aceptado la oferta correcta.

Luego llegó Nils, en muy buena forma. Por eso, cuando me contó lo que había sucedido en Flåm, no tenía ninguna duda de qué contestar a la pregunta «¿Qué vamos a hacer?».

–Tú perdiste el diario –contesté–. ¡Ahora te toca recuperarlo!

Y dije algo más:

–No soporto la idea de que el Sonrisas lea todo lo que hemos escrito.

Seguro que ya lo había leído. Por eso había hablado de «otra biblioteca». Se había enterado de todo por el diario.

Descubrimos que se había registrado como Marcus Buur Hansen y que se alojaba en la 115. Acordamos que Nils tendría que entrar en la habitación durante la cena. Yo intentaría conseguir una llave de una de las camareras.

Como yo iba a servir la cena en el comedor, por lo menos podría ocuparme de que el Sonrisas no se moviera durante la comida...

Mi querida prima tenía razón, claro. Era mi maldita obligación recuperar el diario. Subí las escaleras a hurtadillas y me deslicé por el pasillo de la habitación del Sonrisas. La llave que me había conseguido Berit chorreaba del sudor de mi mano. Aunque sabía que el señor Sonrisas Marcus Buur Hansen en ese

momento estaba sentado en el comedor zampándose el cordero asado con mermelada de arándanos, mi cuerpo parecía de gelatina, y la mano me temblaba como la hoja de un árbol en plena tormenta, cuando intenté meter la llave en la cerradura. Al tercer intento fue la vencida. Giré la llave y abrí la puerta lentamente. No creo que realmente crujiera mucho, pero para mí sonó como si dos gatos estuvieran luchando a vida o muerte en la rendija de la puerta. La dejé medio abierta y entré en la habitación 115.

Era la habitación más elegante del hotel. Berit me había hablado de todas las personalidades que habían dormido allí. Pero me daba igual, para mí podría ser la celda de una cárcel o una choza hecha con ramas de abeto. Lo único que tenía en la mente era cómo encontrar el diario y salir de allí pitando. Eché un vistazo y... la suerte me sonrió... ¡allí estaba! Encima de la mesilla del Sonrisas. Suspiré aliviado. Sonó como un estallido. Apreté los labios y cogí el libro. Estaba abierto por la última página y leí lo que estaba escrito con mi propia letra:

«Aquí todo está en silencio. Como si nada malo pudiera ocurrir. Oigo pasos. Creo que alguien viene. Es el Sonrisas. Se está acercando...»

Todo estaba en orden. Pasé a la siguiente página y noté cómo la sangre se alejaba de mi cabeza. En la parte superior de la página, ponía con una letra que no era ni la de Berit ni la mía:

Esos ingenuos cayeron en la trampa. ¡Se acerca el momento de la verdad! Componer en Sabon 12/14 puntos (Nils) y en Berkeley Old Style 12/14 puntos (Berit). M. B. H.

Tuve que sentarme en la cama, intentando quitarme el susto de encima, pero no lo conseguí. ¿Cuál era el momento de la verdad? ¿Dónde iban a componernos? ¿Quién o qué era Sabon y Berkeley Old Style? No entendía nada, pero no dudé un instante de que nos encontrábamos en peligro. La vieja teoría de los brujos pasó velozmente por mi cabeza. ¿Y si el Sonrisas y Bibbi Bokken realmente eran...?

Todo me daba vueltas. Me veía a mí mismo en compañía de un horrible Sabon con dientes amarillos y ojos encendidos.

–Bueno, Nils –rugió Sabon–. ¡Ya ha llegado el momento de la verdad!

Por poco me pongo a gritar, y tal vez lo hubiera hecho si la realidad no me hubiera arrancado de mis siniestras imaginaciones. Pero tampoco la realidad estaba para bromas. La realidad era pasos rápidos en el pasillo.

He de admitir que no sé cómo llegué allí, pero en un instante me encontraba en una enorme terraza delante de la habitación 115, escuchando al Sonrisas hablar solo dentro. La puerta que daba a la terraza estaba abierta, pero por lo menos me había dado tiempo a echar las cortinas.

–Qué curioso –murmuró–. Estoy seguro de que cerré la puerta cuando...

Primero un silencio total, luego el Sonrisas rugió algo que prefiero no ver impreso. Pero puedo decir que estaba muy agitado. En ese momento descubrí que yo tenía el diario en la mano. Lo había cogido sin darme cuenta. ¡Era un imbécil! ¡Un estúpido detective aficionado que no debería tener derecho ni a mirar por una lupa! Naturalmente debería haberlo dejado en la mesilla. El Sonrisas habría subido a por algo que habría olvidado y, si yo no me hubiera apoderado del diario, él habría vuelto a bajar enseguida y todo habría sido facilísimo. Pero ahora no era fácil. Empezaría a buscar el diario, y antes o después saldría a la terraza, y...

Estaba mirando hacia abajo, preguntándome si debería intentar saltar, cuando oí la voz del Sonrisas. Hablaba por teléfono, y lo que dijo hizo que las orejas se me pusieran del tamaño de hojas de col.

–Bibbi. Soy Marcus. Ya está bien. (*PA USA.*) Sí, así es, y en mi opinión es más que suficiente. Todo tiene un límite. (*PA USA.*) No digas tonterías, Bibbi. No puedo esperar eternamente. (*PA USA.*) Tendré que ocuparme personalmente de este asunto.

Y dicho esto, colgó el teléfono y salió de la habitación. Volví a suspirar, esta vez no de alivio, sino de miedo. Era evidente que el Sonrisas pensaba que Bibbi Bokken había robado nuestro diario. Y que eso le enfurecía. ¿Pero por qué? ¿Qué podían significar para él nuestras cartas privadas, y qué podían significar para ella? Estaba alteradísimo, como si se tratara de un asunto de vida o muerte. Y ahora quería ocuparse personalmente del asunto.

¿Pero de qué asunto? ¿Éramos Berit y yo el asunto? ¿Y cómo pensaba «ocuparse personalmente» de nosotros? No sería con guantes de seda, de eso estaba seguro.

Algo malo estaba a punto de suceder y no tenía duda de que Marcus Buur Hansen iba camino de casa de Bibbi Bokken para ocuparse personalmente.

De repente noté que la sangre me hervía. O para decirlo de otra manera: ¡me estaba poniendo furioso! ¿Qué se creía esa gentuza? ¿A qué clase de juego estaban jugando con Berit y conmigo? ¡Nosotros no les habíamos hecho nada! ¡Era nuestro diario! Yo quería recuperarlo. Estaba hasta el gorro de pistas misteriosas, bibliotecas secretas y ladrones de libros calvos y sonrientes. ¡Quería recuperar el diario y quería disfrutar de mis vacaciones de otoño!

Entré en la habitación 115 y di una patada a la silla sobre la que el Sonrisas había colgado la chaqueta. Luego salí y bajé por la escalera de caracol que conducía a la cocina. Entré en el comedor y vi a Berit, que estaba sirviendo una mousse de limón a un matrimonio norteamericano. Puse el diario sobre la mesa con tanta fuerza que bailó el agua de los jarrones.

–¡Ya está bien! –grité–. ¡Ha llegado el momento de la verdad!

–Young man, I must say... –empezó a decir el americano, pero yo ni le miré.

No me digné dirigirle la mirada, creo que se dice así.

–¡Aquí está el diario! –exclamé.

–!!!!????????

La cara de Berit parecía cinco signos de exclamación y ocho de interrogación.

La cogí de la mano.

–Vamos a ver a Bibbi Bokken –dije.

Y con ello, la saqué a rastras del comedor antes de que pudiera pronunciar palabra. Lo último que oí fue la voz del americano:

–Can anybody tell me what’s happening here?

Le conté a Berit toda la historia, lo de la conversación telefónica, lo de la amenaza, todo. Me escuchó sin decir nada. Cuando terminé, estaba muy seria.

–Sí –dijo–. Ha llegado el momento de la verdad.

Pero, al decirlo, pensé en muchas cosas... Antes, ese mismo día, me habían ascendido, de ser la hija de una de las señoras que trabajaban en la cocina, a camarera en el comedor. No sólo era mi primer trabajo pagado en toda mi vida, también era la primera vez que servía una cena. Y durante la misma, comprendí que también sería la última, al menos en el hotel Mundal.

Todo había comenzado bastante bien. Al menos no había sucedido ninguno de esos episodios de «tirar la sopa sobre el vestido» o «el asado de cordero sobre el pelo», que a veces se ven en los debuts de los camareros. El único problema era que también tenía que servir al Sonrisas. Hice como si no le hubiera visto en mi vida...

Acababa de servirle la sopa de coliflor y llevarle una botella de agua con gas cuando de repente se quedó rígido como una estatua. Era como si se hubiera tragado una moneda de grandes dimensiones. Me recordó aquella vez que fuimos a las Islas Canarias y mi madre de repente se acordó de haber dejado un bikini secándose sobre una estufa eléctrica en casa. El problema era que, cuando se acordó, nos encontrábamos a 40.000 pies de altura sobre Gibraltar. «¡Tenemos que dar la vuelta!», dijo. Ése fue el momento de su vida en que mi madre se pareció más a un secuestrador de aviones.

El Sonrisas exhibió la misma mirada, pero sólo por un instante. Luego se levantó y atravesó el comedor con pasos rápidos.

Pensé a toda prisa: está subiendo a su habitación, evidentemente. Pero si había dejado un bikini sobre la estufa eléctrica, Nils estaba arriba y, si olía a quemado, seguro que mi primo haría algo.

Fui corriendo tras él y lo alcancé justo cuando estaba saliendo del comedor.

–Pero si no... no le hemos servido aún el asado de cordero –dije, agarrándole de la manga de la chaqueta–. ¿No creará que se nos ha quemado?

Lo dije tan alto que seguro que la mitad de los comensales lo oyó. Pero el Sonrisas sacudió el brazo y continuó su camino.

Me lancé hacia el salón de música, porque sabía que se encontraba justo debajo de la suite del Sonrisas. Cogí un par de CDs con romanzas de Grieg y los tiré al techo. Pensé que era lo mínimo que podía hacer por Nils, pero también lo único.

Me enderecé y volví a entrar en el comedor. Todos me miraron, y Billie Holiday asomó la cabeza por detrás del aparador. Intentó matarme con la mirada.

Todo empeoró cuando el Sonrisas volvió a bajar unos minutos después. Estaba colérico, su cara parecía un tomate frito, porque no sólo era de color rojo vivo, sino que también estaba completamente descompuesta.

—¡Berit! —me dijo, como si fuera su hija, o algo peor—. ¡La cena!

Los demás comensales, ocupados con su mousse de limón, volvieron a levantar la vista durante lo que debería haber sido una cena agradable en el hotel más tranquilo del mundo. Fui a por la fuente con el asado de cordero y se la puse delante. Se echó unas tajadas en el plato y se las comió ruidosamente en uno o dos minutos. Luego volvió a salir corriendo, sin beberse el vino tinto que le había echado Billie, porque yo era menor de edad y tenía prohibido servir alcohol.

No estaba totalmente segura de que el Sonrisas hubiera matado a Nils, pero estaba convencida de que al menos lo había encerrado. Por eso me llevé una sorpresa bastante grande cuando de repente vi a Nils entrar a toda prisa en el comedor desde la cocina. Tenía la misma pinta que un tigre domesticado que acaba de tomar la decisión de volver a ser salvaje.

El ingeniero petrolífero de Seattle era de esos que seguramente habría reaccionado con gran serenidad ante un escape incontrolado de petróleo, pero se puso bastante rígido cuando Nils estampó el diario con tanta fuerza contra su mesa que a la señora del ingeniero petrolífero le saltó al pecho agua helada.

—Young man —dijo—. I must say you are a little out of control.

Al decir que «ha llegado el momento de la verdad» no pensé sólo en Bibbi Bokken. También pensé en mi futuro en Fjærland. Y en mi madre. Pues ella se quedaba en la cocina...

—Can anybody tell me what's happening here?

Fuera, había tanta luz o falta de ella como suele haber un cuarto de hora antes de hacerse de noche cerrada. Antes de que hubiéramos llegado a la iglesia, empezó a llover.

—¿Impermeable? —pregunté.

Nils se limitó a negar con la cabeza.

–Ahora o nunca –dijo–. Porque ahora Torgersen está cabreado, y eso puede ser de gran ayuda.

Al instante, sonó un trueno a lo lejos. Nos llegó como un eco de la rabia de Nils. Recuerdo haber pensado que me gustaba que Nils tuviera genio.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

–Nada en especial. Creo que va a matar a Bibbi Bokken.

Comenzamos a subir hacia Mundal.

–Me niego a servir de cebo para una señora bibliófila –dijo Nils– o para un sonriente ladrón de libros que intenta comprar la ayuda de mi prima.

Asentí con la cabeza, pero no creo que Nils lo viera. Luego dije:

–Al menos hemos aterrizado justo en la línea de fuego entre dos personas chifladas. ¿Quieres decir que vamos a llamar al timbre... así como si nada... y preguntarle qué tal está?

–¿Llamar al timbre? ¡Sí! Y luego preguntaré para qué nos están usando.

Volvíamos a oír un trueno, y esta vez el rugido hizo detenerse a Nils, aunque estaba diluviando y lo más seguro fuera que el rímel se me hubiera extendido por toda la cara.

–¡He vivido esto antes! –exclamó.

–¿El qué?

–¡Esto! El ir andando por aquí, la lluvia... Estoy completamente seguro.

–Ay, me estás asustando.

–Tal vez, pero también te asusté en otra ocasión.

–¿Damos la vuelta? –pregunté.

–No señora –contestó, y echó a andar de nuevo–. ¡Date prisa, Berit!

Al fin y al cabo, yo había tenido más que ver con Bibbi Bokken que él, así que dije:

–No sé si me atrevo.

–Tenemos que ir –dijo Nils.

–Pero tengo miedo de verdad.

–Y yo también.

Al llegar al portón y la valla de piedra, vimos las luces de la casa amarilla de Bibbi Bokken. Estábamos empapados. Pero ya era imposible parar los pies a Torgersen. Se me ocurrió que él estaba aún más decidido que yo a todo esto, porque él ya había conocido al Sonrisas antes. Él además sólo estaba en Fjørland durante una semana de vacaciones, yo vivía allí.

Antes de darme cuenta, habíamos llamado al timbre. Yo no había estado en la casa desde aquella vez que había entrado por mi cuenta con esa patraña de la lotería para la biblioteca del colegio.

Lo que ahora ocurrió suele llamarse, creo, anticlímax. Los dos nos estábamos

imaginando que el Sonrisas o Bibbi abrirían la puerta para, acto seguido, lanzarse sobre nosotros. Yo también me había imaginado que el Sonrisas había tomado a Bibbi como rehén. Creí que llegaría a la puerta con una mano tapándole la boca a Bibbi y una pistola en la otra. Pero lo que ocurrió fue lo siguiente: nadie abrió. Llamamos al timbre varias veces, pero la casa estaba completamente silenciosa.

Intenté abrir la puerta con mucho cuidado, exactamente como había hecho en otra ocasión. Esta vez también estaba abierta.

Nos metimos a hurtadillas en la casa. Permanecimos inmóviles durante varios minutos escuchando. Pero no oímos nada de nada.

–Tal vez esté dormida –susurré.

Nils se encogió de hombros:

–O tal vez está...

No dijo nada más, pero creo que entendí lo que quiso decir. Entonces cometimos una locura: nos quitamos los zapatos. O porque queríamos andar lo más silenciosamente posible o porque nuestras zapatillas de deporte estaban empapadas. No sé. Pero nos metimos descalzos en el cuarto de estar.

–Yo conozco todas las habitaciones –susurré.

Nils no las conocía. Miró a su alrededor, aparentemente asombrado de no ver ni una estantería.

–¿Crees que hay una planta sótano? –preguntó.

–¡Sííí! –susurré–. Bibbi ha excavado una habitación en el sótano.

En ese instante supe por fin de dónde venían los ruidos que Hilde Mauritzen había oído desde la casa cuando Bibbi Bokken se mudó a ella. También supe qué había sido de todos sus libros.

Empezamos a registrar la casa, casi exclusivamente mirando al suelo. No tardamos mucho en descubrir la trampilla con una anilla de latón. La encontramos junto a la mesa del comedor donde Bibbi Bokken había desempaquetado un nuevo montón de libros mientras yo permanecía en el polvoriento suelo detrás del sofá.

Me pareció oír un ruido silbante que provenía de la planta superior, me puse el dedo sobre los labios y me quedé inmóvil.

Nils negó con la cabeza.

–No es más que el viento –susurró–. Seguro que están sentados en el bar del hotel, si no van camino del refugio de Flatbre.

Metí dos dedos en la anilla de latón y levanté la trampilla. Nos encontramos con algo más negro que la noche de afuera, pero Nils había leído más libros policiacos que yo. Sacó una linterna e iluminó unos empinados escalones.

Era natural que él bajara primero. Pisó el suelo del sótano e iluminó las paredes de la habitación. Antes de que yo hubiera bajado, le oí decir:

–La bi... bi... blioteca, Berit.

–No es más que el viento –susurré, intentando aparentar que no estaba muerto de miedo. Pero sí que lo estaba. Me sentía entumecido, pero procuré que mi voz sonara lo más normal posible–. Seguro que están sentados en el bar del hotel –dije. Sonó estúpido, pero proseguí valientemente–: Si no van camino del refugio de Flatbre.

Me mordí la lengua y miré a Berit. Agarró la anilla de latón y empezó a levantar la trampilla. Contuve el aliento. Me daban ganas de salir de allí pitando, pero tenía los pies como pegados al suelo. Estábamos mirando un agujero negro.

Me metí la mano en el bolsillo y agarré la linterna que me había comprado en Oslo antes de venir. Había tenido el presentimiento de que me sería útil, y así fue. Había llegado el momento. Estaba empapado y no sabía distinguir entre lo que era agua de lluvia de lo que era sudor. Encendí la linterna e iluminé el agujero negro. Una vieja escalera bajaba en espiral. Berit estaba justo detrás de mí.

Sabía que uno de los dos tendría que ser el primero en bajar y sabía que no sería ella. Con mucho gusto hubiera dado la vuelta, pero era demasiado tarde. Una fuerza invisible me arrastraba escaleras abajo, de la misma manera que la barandilla de un puente o el borde de un precipicio me atraen hacia ellos debido a mi vértigo.

Sentí los pasos de Berit detrás de mí. No creo que tardara más de un par de segundos en llegar abajo, pero para mí fue una eternidad. Me encontré en una habitación grande, con un aire sorprendentemente seco para tratarse de un sótano. Iluminé las paredes con la linterna. Noté cómo se me iba la sangre de la cabeza y oí mi propia voz:

–La bi... bi... blioteca, Berit.

¡La habíamos encontrado! ¡La biblioteca mágica de Bibbi Bokken! ¡Lo sentía, no, lo sabía! No sólo con la cabeza, sino con todo el cuerpo. Temblaba de emoción, a la vez que me sentía curiosamente tranquilo, como si por fin hubiera regresado a casa después de un largo viaje.

Nos encontramos en una especie de cámara del tesoro repleta de libros. Aunque la habitación del sótano estaba oscura, era como si los libros la iluminaran, y tenía una sensación confusa y a la vez feliz de haber estado allí antes.

En ese instante, oí un pequeño chasquido, una luz tenue llenó la habitación y miles de minúsculas partículas de polvo brillaban como estrellas alrededor de nosotros.

Ahora formo parte del universo, pensé.

No sé por qué pero, aunque nos encontrábamos en el sótano de una pequeña casa en un pequeño pueblo en un pequeño país, tenía la impresión de que esa habitación era tan grande como todo el mundo que había fuera.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías y librerías repletas de libros. Calculé que tenía que haber millones, y sabía que, si los abría, me encontraría con libros con letras de oro, libros con unos dibujos tan bonitos que no parecían impresos, sino pintados directamente sobre el papel, libros con tapas cubiertas de minúsculas perlas resplandecientes, libros con letras tan antiguas que no sabía leerlas, y libros cuyo papel recordaba a los papeles pintados de las paredes, con las letras tan apagadas que parecían a punto de desaparecer.

La sensación de haber vivido eso antes se hacía cada vez más fuerte, y cuando descubrí al señor que estaba de espaldas a nosotros, sentado junto a una mesa al fondo de la habitación, no me sorprendí en absoluto, por extraño que pueda parecer.

Berit ya le había descubierto. Se colocó detrás de él.

–Hola –dijo.

Él no se volvió.

–Perdónenos –añadió Berit.

El hombre no reaccionó. Parecía estar escribiendo algo.

–¡Estamos buscando a Bibbi Bokken! –gritó Berit.

Él seguía escribiendo.

Me acerqué a Berit, le puse la mano en el brazo y dije en voz baja:

*En esta ciudad vive un anciano
Sordo será, pero ciego no
Su amor es joven, brillante y reciente
Mil libros viven en su mente.*

Berit me miró confusa, y de repente entendió:

–¡Mario Bresani!

Asentí con la cabeza.

–¿Es sordo?

Volví a asentir.

–Ha ayudado a Bibbi Bokken a crear la biblioteca mágica. Tiene...

Berit completó la frase:

–...una él también.

Dije que sí una y otra vez.

–Dante, Petrarca, Homero y Ovidio tesoros son en la casa a orillas del río –dijo Berit.

De repente sonrió. Nunca se lo he dicho, pero tiene una sonrisa preciosa.

Le solté el brazo, me acerqué a Bresani y le toqué suavemente la espalda. No se estremeció, sino que se enderezó en la silla, se volvió y su sonrisa se encontró con la de Berit. Era como si nos hubiera estado esperando.

En Roma todo sucedió tan deprisa que no me fijé bien en su cara. Ahora sí me fijé. Lo curioso era que parecía una cara sin edad.

Mario Bresani podría tener cuarenta u ochenta años. Era imposible averiguarlo. Tenía el pelo blanco, pero tupido como el de un hombre joven. Mil pequeñas arrugas en la frente y alrededor de los ojos hablaban de una persona que había vivido una larga vida. Su mirada era franca y curiosa, como la de un niño. Tenía los dientes blanquísimos, la sonrisa alegre y un poco burlona, como la de un adolescente. Sonrió a Berit.

–Buon giorno, signorina Berit –dijo y miró la boca de Berit cuando ella contestó, lenta y claramente:

–Buon giorno, Bresani.

–Buon giorno –contesté. Entendí que tenía que significar «buenos días». Enseguida me di cuenta de que Mario Bresani tendría que ser ese italiano del que habían hablado en el hotel. Él era quien no quería cenar... ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Me encontraba mirando una cara sabia, hermosa y cálida.

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué estaba aquí, y por qué era tan guapo? Creo recordar haber pensado que tal vez se tiene una cara tan hermosa por ser sordo, o al menos por haber leído muchos libros. Sus ojos marrones vibraban ligeramente, pero no fue el primero en retirar la mirada. Era como si me leyera no sólo en los labios sino en toda la cara. Cuando por fin desvié la mirada, él se levantó. Nos dio una palmadita a cada uno en la espalda y dijo:

–Benvenuti alla biblioteca!

No era mucho más alto que Nils, y media cabeza más bajo que yo. Me miró de nuevo para comprobar si le había entendido, o para ver si yo contestaba algo.

–¿Bienvenidos a la biblioteca? –aventuré.

Asintió:

–Sì, sì!

–¡A la biblioteca mágica de Bibbi Bokken! –prosiguió Nils.

Bresani se volvió hacia él e hizo un gesto de resignación con los brazos. No había visto lo que Nils había dicho.

–Creo que es una biblioteca mágica –repitió Nils. Esta vez lo dijo mucho más alto, como si sirviera de algo.

El pequeño italiano se echó a reír:

–Naturalmente, signore... una biblioteca magica... e molto segreta!

Se puso un dedo sobre los labios, como si hubiera prometido a alguien no revelar cierto secreto.

Tuve una sensación parecida a lo que había vivido en mi sueño sobre la gran biblioteca debajo del glaciar de Jostedal. Fue como si conociera los títulos de todos los libros y, todos los autores de todo el mundo. ¡Ahora de repente entendía el italiano!

«Naturalmente, joven», había dicho Bresani, «una biblioteca mágica... y muy secreta».

Abrió los brazos como queriendo señalar toda la biblioteca. Luego echó un vistazo al diario que Nils llevaba en la mano. Continuó hablando, siempre muy despacio.

–Signore e signorina! Questo è il centro... del loro labirinto grande... e molto misterioso...

Ahora le tocaba a Nils hacer de traductor:

–Creo que está diciendo que hemos entrado en un enorme laberinto y muy misterioso...

Bresani mostró sus dientes blancos. Luego juntó las manos:

–Bravo!

Por fin empecé a mirar la habitación. Era como un amplio cuarto de estar, pero con mucha menos altura hasta el techo. En medio de la habitación había una mesa con cuatro sillas alrededor. Las paredes estaban repletas de libros y no sólo estaban colocados en las estanterías, sino que a lo largo de las paredes había varias cajas de libros de diferentes colores. Y entre las estanterías había además unas elegantes librerías con puertas.

No vi ni un libro de tapa blanda o de bolsillo. Muchos eran muy antiguos, pero también había bastantes nuevos. Tenían en común el que todos eran muy hermosos.

Me recordaban a los mosaicos de las grandes catedrales, que no pretenden representar nada pero que parecen cuadros, porque los colores encajan muy bien entre sí. Así era encontrarse en la biblioteca de Bibbi Bokken y poder estudiar todos esos lomos marrones, negros, rojos y blancos. Había sobre todo muchos tonos de piel marrón. El que muchos libros estuvieran cubiertos de piel auténtica los convertía en algo casi vivo...

El ambiente en la biblioteca subterránea y el encuentro con el anciano fue tan solemne y tan pacífico, tan lejos del ruido del hotel, que me había olvidado de lo asustadísimos que estábamos cuando entramos en la casa. Yo sabía que ese hombre jamás nos haría daño.

¿Cómo estaba Nils? ¿Seguía preocupado por lo que pudiera suceder? La

última vez que estuvo con Mario Bresani, el Sonrisas había aparecido de repente estropeándolo todo. En una estancia parecida a ésta...

¿Cómo podía saberlo? Yo no había estado en Roma, pero lo sabía, porque Nils me había escrito sobre ello. Y así yo también casi había estado, en cierta manera, en la librería de Bresani. Sólo casi, claro, pero no obstante...

De repente oímos pasos en el suelo de la planta encima de nosotros. ¿Quién sería? ¿El Sonrisas? ¿Bibbi Bokken?

Y allí bajaba solemnemente por la escalera hacia la biblioteca subterránea. Primero descubrí sus tacones altos, luego el largo vestido rojo que le hacía parecer un paracaídas cayendo lentamente hacia el suelo.

La persona que llevaba un vestido rojo y tacones altos era Bibbi Bokken. No estaba delgada, pero tampoco gorda. Era de esas personas de las que se suele decir que «tienen buen aspecto». Antes había pensado en ella como «la bruja de los libros». Pero ahora no la veía así.

¿Por qué le he tenido tanto miedo?, me pregunté. ¿Recibiría pronto la respuesta a esa pregunta? Desde el momento en que se me acercó, comprendí que nos habíamos equivocado. Seguramente era una persona extraña –tenía que serlo– pero no había nada malo en ella.

–¡Nils y Berit! –exclamó con una cálida sonrisa, y también ella echó un vistazo al libro que Nils tenía en la mano–. No sabéis cuánto me alegra veros.

Tuve la sensación de que realmente tenía interés por nosotros, como si se hubiera anunciado nuestra desaparición porque nos habíamos perdido en la montaña y por fin hubiéramos vuelto, después de haber andado a tientas por la niebla y la tormenta.

Bibbi Bokken hizo un gesto de orgullo con un brazo.

–¿Qué os parece mi biblioteca? –preguntó.

–¡Guay! –exclamó Nils.

–Es maravillosa –dije yo.

–Sì, sì! –asintió Mario Bresani–. Bellissima!

Sonreía y hacía reverencias. Luego volvió a su escritorio, tan silencioso como se había levantado para acercarse a nosotros. El escritorio estaba repleto de tinteros negros y rojos, plumas, pinceles y papel.

Bibbi Bokken lo miró con aprobación.

–¿Habéis tenido tiempo de presentaros? –preguntó.

–¡Ah sí! –contesté–. ¡Ya hemos hablado un montón!

Bibbi Bokken se acercó a una pared y pulsó un interruptor. En ese instante, los libros quedaron iluminados por una serie de lamparitas que se encendieron sobre las estanterías y las librerías.

–¡Ahhh! –exclamé, porque la luces hacían aún más bonita la biblioteca del

sótano. Con las luces se apreciaban mejor los colores, y la habitación se iluminó como si fuese una feria.

–Esto es increíble, Berit –dijo Nils. Luego se volvió hacia Bibbi Bokken–. ¿Qué es lo que le hace a una persona... coleccionar libros de esta manera? –tartamudeó.

Bibi se rió:

–¿Y qué es lo que le hace a una persona construir una carísima piscina en su sótano? Mi pequeña biblioteca no es más cara que eso, Nils. Colecciono libros desde hace muchos años. Y los he guardado muy bien, colocándolos minuciosamente donde pertenecen dentro del gran contexto.

–¿Con el sistema de Dewey? –pregunté.

–Sí, toda la literatura especializada está colocada según el sistema de Dewey. ¡Adoro a Dewey! Y no soy la única. Hace más de cien años que elaboró su clasificación decimal. Pero sigue gozando de una excelente salud.

Señaló las cuatro paredes y explicó que dos de ellas contenían literatura especializada sobre toda clase de temas. Todos los libros estaban colocados según la tabla de Dewey, de 10 a 990.

Nils señaló las otras paredes.

–¿Qué clase de libros tienes ahí? –preguntó.

–Es la literatura que llamamos de ficción –explicó Bibbi–. Pero, como veis, está dividida en tres grupos. Primero está la sección de prosa...

–Novelas, relatos y cosas por el estilo –dijo Nils, como si estuviera en el colegio, en clase de lengua.

Bibbi Bokken volvió a asentir.

–¿Veis que arriba, en la cuarta pared, Mario me ha pintado una preciosa P? Debajo tengo todas mis colecciones de poesía.

Volví a señalar las estanterías.

–Y allí hay una T igual de bonita –dije.

–Porque allí están todas las obras de teatro.

–*Peer Gynt* –señalé.

La cara de Bibbi Bokken se iluminó.

–Por ejemplo *Peer Gynt*, sí. Tengo un ejemplar de la primera edición de 1867. Un bien muy querido, Berit.

Nils señaló un pequeño armario con cajones minúsculos.

–¿El fichero?

–O los ficheros –le corrigió Bibbi–. Cada libro de la biblioteca tiene al menos tres fichas diferentes. Por eso hay tres ficheros diferentes. En uno se encuentran las fichas colocadas alfabéticamente por los apellidos de los autores. En el otro, las fichas están colocadas alfabéticamente por el título del libro. El tercer fichero es un registro de temas. En él las fichas están colocadas según los temas tratados.

Si, por ejemplo, deseo aprender algo más sobre astronomía, consulto ese fichero y compruebo los libros que tengo sobre el espacio. Allí puedo encontrar ficción y libros especializados sobre ese tema.

–Muy ingenioso –dijo Nils–. Supongo que es importante tener un orden en el sistema, ¿no?

Bibbi Bokken explicó con pasión:

–No se pueden meter los libros en las estanterías al azar. Un filatélico no tendría revueltos todos sus valiosos sellos en un gran cajón, ¿verdad que no? ¿Cómo encontraría, si no, ese sello de color rosa de 2 chelines y medio de 1882? ¿Y cómo encontraría yo la primera edición de *Peer Gynt*? ¿Puedes decírmelo?

Nils optó por no discutir.

–¿No te habrás inventado tú ese sistema tan ingenioso...? –preguntó.

Bibbi Bokken soltó una risa ronca.

–No, éste es un sistema que se utiliza en muchas bibliotecas de todo el mundo. Bueno... con algunas variaciones. En algunos sitios emplean ya sistemas o ficheros informatizados.

–¡Uf! –exclamé.

No sé por qué lo dije, pero se me escapó.

Nils había descubierto algo en una de las grandes librerías con puertas de cristal. Se acercó y señaló tres libros que estaban colocados uno encima del otro. Eran más o menos de largo y ancho como dos guías telefónicas colocadas una al lado de otra, y tan gruesos como una de ellas. Los tres libros parecían muy antiguos.

–¿Qué... es eso? –preguntó Nils.

–¡Shhh...! –dijo Bibbi Bokken en voz muy baja, como si los tres libros fueran niños a los que no había que despertar.

Su cara adquirió una expresión muy seria, igual que un sacerdote a punto de realizar un acto muy sagrado.

–Joven amigo, te encuentras ante tres verdaderos y auténticos incunables.

–En otras palabras, libros impresos en la infancia del arte de la imprenta –expliqué yo–. Son anteriores al año 1500...

Bibbi Bokken aplaudió.

–¡Pero cuánto habéis aprendido!

En el transcurso de unos segundos, un cúmulo de pensamientos empezó a darme vueltas por la cabeza. Creo que algo parecido le pasó también a Nils. «¡Pero cuánto habéis aprendido!»

Pensé en la carta de Siri, en el diario que Nils seguía teniendo en la mano, en la biblioteca mágica de Bibbi Bokken, en el Sonrisas hablando de «ganancias» en la sala de billar, en aquel poema que Nils y yo escribimos en el libro de

firmas, y en muchas cosas más. Sentí la necesidad de un par de sólidos cajones archivadores y una larga tarde para asimilar todo lo que habíamos aprendido en las últimas semanas.

Estaba a punto de hacer una pregunta a Bibbi Bokken sobre la carta de Siri, porque ya no tenía tanto miedo a admitir que la había encontrado y leído, pero, en ese instante, Bibbi Bokken sacó uno de los pesados incunables de la librería y lo colocó sobre la mesa que había en medio de la habitación. Parecía una reina sacando del armario de los tesoros una corona de oro con diamantes y otras joyas.

–Sentaos –dijo, más o menos, como dicen los profesores al entrar en clase.

Y nos sentamos los tres. Cuando Bresani descubrió que Bibbi Bokken estaba cargando con el viejo libro, dijo:

–Prudente, Bibbi! Prudente!

Ella se rió:

–Dice que tengamos cuidado.

El gran libro estaba encuadernado con sólidas tablas de madera, que tenían fijadas unas hebillas doradas cerradas. Bibbi Bokken abrió las hebillas y luego el viejo libro, todo con mucho cuidado, y dijo:

–Esto es lo que se dice abrir un libro. En otros tiempos, eso constituía un acto muy solemne...

Las hojas amarillentas del gran libro parecían de cartón.

–Qué papel tan grueso –dije.

Bibbi Bokken sonrió.

–Se llama «papel vitela». Está hecho de algodón y lino cocidos con cola de cerdo. Pero la vieja mezcla ha aguantado muy bien, ¿verdad? Este libro se imprimió en Milán hace más de quinientos años. Pocos de los libros que se editan hoy en día tendrán una vida tan larga como éste.

–Qué grande es –señaló Nils.

–Lo llamamos tamaño folio. Ésta es una edición del poeta italiano Petrarca. Es un regalo de Mario. La cantidad de liras que ha pagado por él permanecerá como su pequeño secreto particular.

Contemplamos una de las páginas del libro. La primera letra de la página era enorme y además pintada de azul y rojo.

–¿Está pintada a mano? –preguntó Nils.

Bibbi Bokken volvió a asentir:

–En la infancia del arte de la imprenta, la publicación de libros seguía siendo un oficio lleno de secretos. Entonces la gente aún tenía tiempo. Ahora Mario intenta despertar de nuevo ese viejo arte. Él está considerado uno de los mejores calígrafos del mundo.

Nils puso cara interrogante:

–Cali...

–Un calígrafo es una persona que tiene una letra muy bonita –explicó Bibbi Bokken–. Tal vez debo darte las gracias por haber traído unas bonitas hojas de Roma.

Nils se puso rojo como un tomate:

–¿Fuiste tú quien escribió el poema?

Bibbi Bokken sonrió misteriosamente, pero no quiso responder a la pregunta de Nils:

–Una cosa cada vez, Nils. Obtendréis respuesta a todas vuestras preguntas, pero tenemos que ir cosa por cosa... y lo mejor sería, pues, empezar por el principio.

Con estas palabras cerró el gran libro de las hebillas doradas. Luego se inclinó sobre la mesa mirándonos a Nils y a mí alternativamente. Dijo:

–¿Habéis pensado alguna vez en el hecho de que los seres humanos seamos los únicos seres vivos de este planeta, tal vez de todo el universo, capaces de intercambiar pensamientos, sentimientos y experiencias?

Ni Nils ni yo pudimos contestar a eso.

–Eso lo hemos sabido hacer durante cientos de miles de años. Pero hace 5.000 o 6.000 años, aprendimos a escribir, lo que proporcionó posibilidades completamente nuevas a la lengua. De pronto se hizo posible compartir vivencias con personas que vivían a enormes distancias, o también, con personas que vivirían muchos cientos o miles de años después. Las primeras lenguas escritas utilizaron imágenes. En ellas, la escritura se parecía más bien a los cómics. Pero poco a poco se fue evolucionando, y pronto fue posible expresar todas las palabras de la lengua con unas cuantas letras....

Nils se había incorporado en la silla, y parecía uno de esos alborotadores que de repente decide ser el mejor de la clase sólo porque el profesor acaba de decir algo que ha despertado su interés. Dijo:

–Aunque sólo haya 27 letras diferentes, pueden llenar enormes bibliotecas...

Bibbi Bokken asintió:

–Aquí en este sótano el espacio es limitado. Tuve que dinamitar un sótano entero...

–La vigilante nocturna del hotel creyó que se trataba de un terremoto –dije–. ¡Estuvieron a punto de llamar a la policía!

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Bibbi Bokken:

–Bueno, estábamos hablando del alfabeto. El alfabeto fue la primera gran revolución en la historia de la escritura. Durante varios miles de años se escribió en piedras y papiro, en tablas de madera y caparazón de tortuga, en tablas de barro y en objetos de alfarería, en pieles de animales y tablas de cera, es decir, en todo aquello en lo que resulta posible grabar algún signo. Fue como una fiebre

global que de repente empezó a extenderse. Poco a poco se empezaron a hacer libros de pergamino y papiro. Pero había que escribir a mano cada ejemplar. Por consiguiente, los libros eran muy caros e inaccesibles para la gente normal y corriente. En varios lugares del mundo se intentó grabar las letras en planchas de madera para poder imprimir páginas enteras. Así comenzó el noble arte del multicopiado. Pero también ese proceso era muy costoso y laborioso...

–Y luego llegó Gutenberg –señalé.

Bibbi Bokken asintió.

–Alrededor de 1450. Y a partir de él hablamos del arte de la imprenta. Ésa fue la segunda gran revolución de la cultura de la escritura. Gutenberg empleó caracteres móviles fundidos en plomo. Originalmente era orfebre, y de la misma manera que sabía tallar joyas de oro y plata, supo tallar los caracteres del alfabeto. Con ellos podía componer páginas de libro enteras, y las letras o caracteres móviles podían volver a usarse una y otra vez. Constituyen los mismísimos átomos y moléculas del mundo de los libros.

Nils carraspeó, luego dijo:

–De la misma manera que los átomos y las moléculas pueden llegar a crear un oso, las letras del alfabeto pueden llegar a crear una historia sobre Winnie-the-Pooh.

Bibbi le guiñó un ojo.

–¡Por ejemplo Winnie-the-Pooh, eso es! Hace 900 años, esos caracteres móviles se emplearon ya en China. Pero allí carecían de alfabeto. No sirve de mucho tener caracteres móviles si la lengua consta de muchos miles de signos. De modo que tanto el simple alfabeto como los caracteres móviles han sido los que han creado la cultura de la escritura en Europa.

–¿Qué clase de libros imprimió Gutenberg? –pregunté.

Me contestó inmediatamente. Creo que podría haber preguntado a Bibbi Bokken cualquier cosa que tuviera que ver con los libros y habría recibido una respuesta inmediata.

–El primer libro que imprimió Gutenberg fue, como es natural, la Biblia. Existen incluso hoy en día varios ejemplares de esa Biblia. A veces se vende uno que está completo, pero eso cuesta muchos millones de coronas.

–Entonces tendré que esperar un poco para poder comprarla –dijo Nils.

Bibbi Bokken cogió el libro grande y pesado de Petrarca y lo colocó en la librería de puertas de cristal. Cuando regresó a la mesa, Mario Bresani se volvió hacia ella.

–Bravo! –exclamó.

La mujer del vestido rojo volvió a sentarse y echó un vistazo al diario que Nils tenía sobre las rodillas. Pensé que le gustaría oírla. ¿Sabría que Nils y yo

lo habíamos usado como libro de cartas? Supuse que al menos no podía haber adivinado que habíamos escrito sobre ella...

Mi cabeza hervía de preguntas sin respuesta.

–Tú no naciste en Fjærland –dije–. ¿Qué te hizo mudarte y fundar tu biblioteca justamente aquí?

Volvió a sonreír con su sonrisa llena de secretos. Como no contestó enseguida, volví a preguntar:

–¿Fue Walter Mondale tal vez?

Esa pregunta la dejó boquiabierta. Era como si hubiera controlado la conversación todo el tiempo, pero esa pregunta la dejó estupefacta.

Volvió a mirar de reojo el diario, pero aún no se atrevió a comentar nada. Dijo:

–Pero, Berit, ¿cómo lo has sabido?

Me encogí de hombros.

–Yo también estuve aquí. Todo el mundo estuvo aquí cuando Mondale inauguró el túnel de Fjærland.

Bibbi Bokken hizo un gesto de resignación. De repente todo se había vuelto del revés. Creo que no le gustaba que yo supiera más de lo que ella sabía que yo sabía.

Pero al cabo de unos instantes volvió a hablar:

–La primera vez que visité Fjærland fue precisamente en 1986, cuando Walter Mondale inauguró el túnel. Vine para saludar al ex vicepresidente, que era un viejo conocido mío de cuando viví en Estados Unidos debido a mis estudios de bibliotecaria...

Nils estaba boquiabierto.

–¡Bingo, Berit! –exclamó.

Hizo señas para que Bibbi continuara:

–En esa época estaba participando en la planificación de un gran almacén de la Biblioteca Nacional. La idea era crear un almacén que contuviera todos los libros y revistas noruegos que se publicaran. Para asegurar que todo se conservara para el futuro, tendría que construirse dentro de una montaña.

–¡Bingo otra vez! –dijo Nils, muy impresionado con mi labor de detective en Fjærland.

–Hubo un gran debate en Noruega respecto a dónde debería situarse un almacén de montaña de ese tipo – continuó la señorita Libro–. Cuando llegué a Fjærland, se me ocurrió que sería una magnífica idea construir el gran almacén debajo del glaciar de Jostedal... donde se acababa de excavar un gran túnel.

–Be... Be... Berit es visionaria –se le escapó a mi pobre primo, e incluso yo empezaba a sudar un poco. Cuando Bibbi vio lo agitados que estábamos, se apresuró a añadir:

–Pero no fue así. En 1989, el Parlamento decidió situarlo en Mo i Rana. Allí han dinamitado ya dos grandes cavidades dentro de la montaña. En una de ellas se ha construido un edificio de cuatro plantas que se inauguró hace unos meses. Es un «almacén compacto» y contiene todos los libros, revistas, imágenes, películas de largometraje y bandas magnéticas que se hacen. También se irán almacenando allí todos los programas de la Radiotelevisión Noruega.

Nils tuvo que respirar.

–¿Entonces esas cosas enormes existen de verdad?

–¿Y en el otro espacio grande qué hay? –pregunté.

–Ese hueco está listo para llenarse con los libros del futuro. De esa forma se conservará nuestra cultura de la escritura, para que los seres humanos del futuro puedan llegar a conocernos a través de lo que hemos escrito. Tal vez dure muchos miles de años.

–De modo que existe de veras una biblioteca subterránea –repitió Nils.

Bibbi asintió con la cabeza.

–Ha sido inaugurada recientemente. Está protegida contra incendios y ataques nucleares y, además, está asegurada contra toda clase imaginable de catástrofes naturales.

De nuevo tuve que pensar en mi extraño sueño.

–Cuéntanos algo más sobre cómo es –le rogué.

–Cuando llegas allí, lo primero que te encuentras es una puerta con rejas y una cortina de acero delante de un túnel que se adentra 60 metros en la montaña. Es lo suficientemente grande para enormes remolcadores y conduce al edificio de cuatro plantas, que mide casi cien metros de largo y contiene en total más de cuarenta kilómetros de estanterías. La temperatura y la humedad son constantes para que los libros se conserven de la mejor manera posible... Así que, como ves, también se cuidan mucho los libros que se publican hoy, aunque no sean tan resistentes como los antiguos incunables.

Me quedé un rato pesando, luego dije:

–Y cuando no lograste convencer a tu gente de que construyeran el almacén en Fjærland, ¿te compraste una casa aquí y te hiciste una biblioteca subterránea para ti?

Bibbi Bokken sonrió:

–Sí, así es. Desde que vine aquí por primera vez en 1986, he venido muy a menudo a Fjærland. Me gustaba mucho el sitio y un día compré esta casa. Me parece que mis libros son demasiado valiosos para vivir en una casa de madera que de repente puede ser pasto de las llamas. Y como nunca he sentido la necesidad de tener una piscina en el sótano, vi la posibilidad que me ofrecía. A veces bajo aquí a leer y trabajar, pero también puede ocurrir que me suba algún

libro al cuarto de estar. Otras veces me limito a pasear por la biblioteca leyendo los lomos...

Dicho esto, Bibbi Bokken se levantó e hizo lo que acababa de decir. Se puso a andar a lo largo de una de las paredes y cogió un librito de una de las estanterías. Estaba escrito por un tal Simen Skjønberg y se llamaba *El espantoso placer. Epístolas sobre los misterios de la lectura*. Bibbi preguntó si Nils quería leer lo que ponía en la contracubierta. Él carraspeó dos veces, luego leyó en voz alta:

Me paseo por las estanterías de la biblioteca. Los libros me dan la espalda. No para rechazarme, como las personas, sino de un modo hospitalario, para presentarse. Metro tras metro de libros que jamás podré leer. Y yo sé: es vida lo que se me ofrece, son añadidos a mi propia vida que están esperando ser usados. Pero a la velocidad que desaparecen los días, las posibilidades permanecen... abandonadas. Uno de estos libros podría haber sido suficiente para cambiar mi vida por completo. ¿Quién soy ahora? ¿Quién podría haber sido?

–Comprendo que ames los libros –dije–. ¿Pero no tienes ningún trabajo... o un marido?

Bibbi echó la cabeza hacia atrás y se rió con ganas. Mario Bresani se habría vuelto en ese momento porque nos miró y también se rió.

Bibbi respondió:

–Han sido dos preguntas a la vez. Soy bibliógrafa de profesión, Berit. Eso quiere decir que soy una especie de especialista en libros y bibliotecas. De eso vivo. Recibo encargos aquí en Noruega y de muchos otros países, lo que significa que viajo muchísimo. Ésa es otra razón más por la que deseo contar con una buena protección para mi biblioteca. Algunas veces voy a Roma... y, otras, Mario viene a Noruega. Pero también me encuentro bien en mi propia compañía... y en compañía de todos mis libros. Alguien ha dicho que «Un buen libro es el mejor amigo». Otro dijo algo parecido: «Si uno elige bien sus libros, estará en la mejor compañía. Se codea uno con los tipos más sabios, más espirituales y más nobles, los que constituyen el orgullo y el ornamento de la humanidad».

Mientras hablaba, se levantó y se acercó a Mario Bresani. Le puso una mano en el hombro.

Nils y yo la seguimos y, al inclinarnos sobre él, vimos que había pintado unas preciosas y decorativas letras con rotulador rojo y negro. De nuevo leímos algo que ya habíamos leído antes. Ponía «La biblioteca mágica de Bibbi Bokken».

Pensé de nuevo en la carta de Siri, pero no me apetecía mucho admitir que la había leído. Por eso dije:

–¿Existe un libro que... se llama *La biblioteca mágica de Bibbi Bokken*?

Mario me había mirado mientras hablaba.

–Sì, sì! –exclamó–. *La biblioteca magica di Bibbi Bokken!*

–¿Y ese libro no... no saldrá acaso... hasta el año que viene? –proseguí.

Al instante me arrepentí de haberlo dicho. Creo que me mordí el labio. ¿Se daría cuenta Bibbi de que conocía el contenido de la carta de Siri?

De nuevo esbozó una misteriosa sonrisa. Como no respondió, Nils preguntó directamente:

–¿Tienes aquí ese misterioso libro?

Recuerdo que esa pregunta provocó una risa casi histérica a Bibbi Bokken. Cuando se hubo recuperado, dijo:

–¡Ya está bien! ¡Me parece que os estáis pasando!

Fue la única vez que me pregunté si había alguna razón para que tuviéramos miedo de Bibbi Bokken a pesar de todo. ¿Acaso estábamos presos en una especie de cárcel en ese sótano...?

Pero Bibbi añadió:

–Deberíais haber aprendido en el colegio a no ser tan impacientes. No podéis enteraros de todo a la vez. Una mentira suele ser fácil de descubrir, amigos. No resulta siempre igual de fácil abarcar la verdad, porque la verdad suele tener muchas caras. Por eso, la verdad tampoco puede expresarse en un pispás. Y...

La miramos los dos.

–...aún no habéis visto la biblioteca mágica.

En el sótano con Berit, Bibbi Bokken y Mario Bresani viví un milagro. Por primera vez en mi vida entendí lo que es un libro. Un libro es un mundo mágico repleto de pequeños signos que pueden resucitar a los muertos y darles vida eterna.

Resulta inconcebible, fantástico y «mágico» que 27 letras de un alfabeto puedan componerse de tantas maneras que lleguen a llenar enormes estanterías de libros y que nos introduzcan en un mundo que nunca acaba, sino que sigue creciendo y expandiéndose mientras haya seres humanos en esta Tierra.

Miré las paredes, y por un instante tuve la sensación de que todos los libros me miraban. Como si estuvieran vivos y me dijeran:

–¡Ven aquí! ¡No tengas miedo! ¡Entra!

De repente sentí hambre, mucha hambre. No de comida, sino de todas las palabras ocultas en esas estanterías. Pero sabía que, por mucho que leyera a lo largo de toda mi vida, no llegaría a leer ni una millonésima parte de las frases que han sido escritas. Porque hay tantas frases en el mundo como estrellas en el cielo. Y cada vez son más, y se expanden constantemente como el espacio infinito.

Pero, al mismo tiempo, sabía que cada vez que abro un nuevo libro, veo un

pedacito del cielo; y cada vez que leo una nueva frase, sé un poco más de lo que sabía antes. Y todo lo que leo hace crecer el mundo, a la vez que yo mismo me expando. En un instante había contemplado el mundo fantástico, el mundo mágico de los libros.

Por eso me sentí un poco sorprendido cuando Bibbi Bokken dijo:

–Aún no habéis visto la biblioteca mágica.

–Pues sí –se me escapó–. Acabamos de verla. Muchas gracias.

Me sonrió.

–Sólo la habitación exterior, hijo mío. La habitación destinada a lo que ya se ha creado.

–¿Hay más habitaciones? –susurramos al unísono Berit y yo.

–Sí –contestó Bibbi Bokken mirándonos con ojos curiosos y algo tristes a la vez. Era como si quisiera leernos el pensamiento y se pusiera triste porque no lo lograba–. Existe una habitación interior. Una habitación para lo que se va a crear. La habitación de las posibilidades.

Berit daba la impresión de comprender.

–¿Quieres decir que...?

Bibbi Bokken asintió con la cabeza. Luego hizo una señal a Mario Bresani. Él se levantó y se acercó a la gran librería con puertas que había detrás del escritorio. Esta vez las puertas no eran de cristal. Sacó una llave y abrió. Pero no era una librería, era una entrada. La entrada a la habitación interior.

–Venid –dijo Bibbi Bokken–. Entremos.

Mario Bresani se había vuelto a sentar. Nos saludó con la mano y siguió con su dibujo. Nosotros entrábamos en la BIBLIOTECA MÁGICA DE BIBBI BOKKEN.

Al principio me sentí un poco decepcionado. La intensa luz blanca con la que nos encontramos nada más entrar era de todo menos mágica, y esa habitación era mucho más pequeña que esa maravillosa biblioteca que acabábamos de dejar. En ella no había libros hermosos. Ningún incunable, ninguna letra dorada, ninguna escritura maravillosa. Allí todo era caos.

Las paredes estaban cubiertas por estanterías de libros normales y corrientes, con pinta de haber sido compradas en IKEA. Las estanterías estaban llenas de cajas de cartón, carpetas de plástico y cuadernos de colegio. En una inmensa mesa en medio de la habitación había montones de papeles, revistas y dibujos que no eran precisamente de Edvard Munch.

–Bueno, ¿qué os parece? –preguntó Bibbi Bokken, orgullosa.

–Estupendo –dije, intentando aparentar que de verdad lo creía. Miré a Berit, pero ella no parecía nada desilusionada. Sonrió a Bibbi Bokken, que le devolvió la sonrisa. Era como si tuvieran un secreto entre ellas. Yo me sentí marginado.

–Pues sí, de verdad que es una buena habitación –dije, esta vez sin intentar

ocultar mi desilusión.

Bibbi Bokken se rió. Me pareció una risa falsa. El que también se riera Berit no mejoró mi estado de ánimo.

–¿Pero no entiendes qué es todo esto, mi pequeño Nils? –PREGUNTÓ.

–No, fíjate, no lo entiendo –murmuré–. Pero tú sí que lo entiendes, ¿no?

–Todo esto de aquí son libros que aún no se han escrito –explicó Berit–. ¿No es así, Bibbi?

¡Ahora era «Bibbi» por aquí, «Bibbi» por allá, y yo era su «pequeño Nils»! Bibbi asintió.

–Claro –dijo–. Shakespeare escribió que «el niño es el padre del hombre».

–O la madre –añadió Berit.

–O la madre –repitió Bibbi Bokken–. Cada segundo aumentan los conocimientos en la Tierra. Constantemente surgen nuevos pensamientos, nuevas palabras y nuevas frases en personas nuevas. En este momento y en todo el mundo hay millones de niños creando el lenguaje de mañana. Algunos lo guardan para sus adentros, otros lo anotan en papel. Poemas inacabados, historias empezadas, frases que jamás se han escrito antes. Están llenos de unos conocimientos que ni siquiera saben que tienen. Ellos... vosotros lleváis la herencia del pasado, a la vez que dentro tenéis las posibilidades del futuro.

–Así que ésta es «la habitación de las posibilidades» –dije.

Ya no me sentía marginado, sino incluido.

Bibbi Bokken dijo que sí.

–¿No son más bonitos los árboles en primavera?

De nuevo pareció un poco triste.

–La biblioteca mágica está llena de posibilidades de lo que en el futuro serán libros. Dentro de unos cientos de años, la imaginación reunida en esta habitación se habrá convertido en valiosos incunables. Las palabras estarán organizadas de otra manera. Las frases no serán las mismas. Pero aquí está la cuna de algo del lenguaje del futuro. Así es el aspecto de la nueva literatura. Y lo realmente mágico en nuestra vida es el nacimiento.

Sacó un papel y leyó:

*–La enredadera crece y crece
más allá de la habitación. Hasta la luna
crece para bajar al Apolo XIII a la Tierra.
Luego llega una terrible lluvia y la alta
enredadera se encoge con el lavado,
se vuelve a meter por la ventana y se duerme.*

Me estremecí. No porque el poema fuera fantástico, sino porque sabía que yo

mismo podría haber escrito una poema como ése, y Bibbi Bokken no, aunque fuera mil veces más lista que yo. Cogí un cuaderno y leí:

Érase hace mucho tiempo una señora muy vaga muy vaga. Era fea, gorda y rica. Un día decidió ir a la tienda. Cuando llegó, no cabía por la puerta. Pensó que tendría que ponerse a régimen para adelgazar, y entonces no tenía sentido comprar comida o dulces. No tenía marido ni vivía con nadie. Un día iba a ir a la ciudad para saber si había adelgazado. Cuando llegó a la ciudad, vio a un hombre que le pareció guapo.

–¿Sabes cómo se va a casa del joyero? –preguntó.

–Sí –dijo el hombre, y le explicó el camino.

–Gracias por su ayuda –dijo ella muy contenta.

Llegó a la tienda del joyero y se compró una joya. Luego vivió feliz y sola. Estaba igual de gorda, igual de rica, igual de fea e igual de vaga. Su casa estaba sucia. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

–Ya ves –dijo Bibbi Bokken–. Esas cosas pasan.

Berit estaba junto a una de las estanterías riéndose.

–*Hay fantasmas en el colegio de Kuventre* –dijo.

Y empezó a leer en voz alta:

–Yo y Thomas entramos en la clase. No había nadie, pero oímos una silla andar. Y oímos pasos, pero Thomas dio una gran patada, y notó que chocó contra algo, y se rompió una ventana. Creíamos que era una silla invisible, pero era una trampa que Grete había puesto.

Bibbi Bokken se quedó pensativa.

–Parece que Grete es una chica con mucha imaginación –dijo.

Ninguno contestamos. Berit comenzó a leer en voz alta una historia sobre un chico llamado Arne, que hacía un concurso de lectura con un dragón.

Yo tenía un papel en la mano. Tenía pinta de haber sido arrancado de un libro. En el papel ponía:

*Estamos sentados al sol de verano
con una coca cola helada en la mano.
Nils y Berit nos llamamos
y al cole hasta el otoño no vamos.
La paz reina aquí en la cumbre,
qué pena bajar a la muchedumbre.*

–¿Fuiste tú quien lo arrancó del libro de firmas? –pregunté.

Bibbi Bokken se sonrojó, pero no demasiado.

–Un delito relativamente pequeño –contestó.

Berit había vuelto a meter a Arne y al dragón en la carpeta de plástico. Se acercó a nosotros.

–Bueno, no sé si está del todo acabado...

–No –contestó Bibbi Bokken lentamente–, es sólo el principio... En realidad todo empezó cuando *bajasteis*, ¿verdad?

Tuve la sensación de estar a punto de entender algo que aún no tenía muy claro. Dije lo primero que se me ocurrió, lo cual a veces es lo más oportuno:

–Hemos visto la biblioteca mágica de Bibbi Bokken. Ahora queremos ver *el libro* sobre la biblioteca mágica de Bibbi Bokken.

–¡Seguidme! –dijo Bibbi Bokken.

Me agaché sobre el poema que Nils y yo habíamos escrito en el libro de firmas del refugio de Flatbre. ¿Por qué lo había arrancado Bibbi Bokken? ¿Por qué se interesaba por lo que escribían los jóvenes? ¿O había tenido otra intención? Me entró la terrible sospecha de que hubiera examinado el poema minuciosamente. Por eso dije:

–Bueno, no sé si está del todo acabado...

Se quedó mirándome un instante. Era como si pensara: «¡Venga ya, Berit!». Luego dijo:

–No, es sólo el principio... En realidad todo empezó cuando *bajasteis*, ¿verdad?

Y era verdad. Fue cuando todo empezó realmente. Luego Nils se marchó, y Billie Holiday sugirió que nos escribiéramos cartas en un libro que nos enviaríamos entre Oslo y Fjærland.

Salimos tras Bibbi de la biblioteca mágica, que estaba repleta de historias y poemas a medio acabar escritos por niños.

Al salir a la habitación exterior, Mario Bresani nos miró amablemente. Vio el libro que Nils tenía en la mano y dijo:

–Il momento della verità!

Y nos siguió por la escalera de caracol que conducía al cuarto de estar.

–¿Qué ha dicho? –pregunté.

–Ha dicho que nos estamos acercando al momento de la verdad –contestó Bibbi sonriente.

«El momento de la verdad», pensé. ¿No había dicho yo algo parecido?

Arriba, Bibbi había puesto la gran mesa del comedor con platos, tazas y coca cola. En medio de la mesa había medio roscón y una fuente de bollos hechos en casa.

Al parecer, Nils tenía mucha hambre, porque fue derecho a sentarse a la mesa. Colocó, por si acaso, el diario debajo de su plato. ¿Lo hizo para que nadie se lo robara? ¿O tenía miedo de que Bibbi Bokken le exigiera de repente diez coronas?

–Sentémonos todos –dijo Bibbi Bokken–. Por favor, servíos.

Al instante, algo le llamó la atención en la mesa, y no era el diario colocado debajo del plato de Nils.

–Qué curioso, creí que había más bollos.

No me di por aludida, porque Bibbi Bokken había puesto la mesa después de que Nils y yo bajáramos a la biblioteca.

Se fue a la cocina a buscar la cafetera. Cuando volvió y se hubo sentado, Nils mordió un bollo y dijo:

–¡Estos bollos están buenísimos, Bibbi! Pero si este es «el momento de la verdad», a lo mejor nos dejás echar un vistazo a ese elegante libro que saldrá el año que viene.

Bibbi se rió, y Mario Bresani también. Yo no me reía, porque por fin había comprendido todo. Lo único que era incapaz de entender era cómo ella había conseguido hacerlo...

Bibbi miró a Mario Bresani e hizo chasquear los dedos. El silencioso italiano se metió con gestos lentos una mano en el bolsillo de la chaqueta. A continuación colocó un minúsculo libro entre Nils y yo. No era mucho más grande que una caja de cerillas. Tenía el dibujo de un león rojo y pinta de ser muy, muy viejo. En la cubierta ponía algo con letras casi ilegibles:

–*Almanaque...* –leí.

Bibbi Bokken asintió. Luego leyó el título completo:

–*Un Nuevo Almanaque del Año del Señor. 1644. Christiania.*

Los ojos de Nils daban la impresión de estar a punto de salirse de sus órbitas.

–¿Este es el libro sobre la biblioteca mágica? –preguntó.

Bibbi estaba disfrutando de lo lindo:

–Como ves, este viejo almanaque se publicó mucho antes de que existiera Bibbi Bokken. Es una agenda para el año 1644, pero se imprimió el año antes, claro. En 1993 hará exactamente 350 años...

–¡El Año del Libro! –exclamé–. ¡Este almanaque fue el primer libro que se imprimió en Noruega!

Bibbi estaba radiante:

–¿También sabías eso, Berit?

Me encogí de hombros.

–Conozco a un escritor –dije–. Él sabe dónde está la madre del cordero...

Nils había cogido el librito y se había puesto a ojearlo. Tenía la boca llena de bollo cuando dijo:

–Es un libro de brujos, Berit. Estoy seguro. Tiene signos misteriosos... y viejos símbolos para las estrellas y los planetas.

Se inclinó sobre el libro e intentó leer las letras antiguas: «Quien sueña que se le cae un Diente está perdiendo un buen Amigo...».

Me volvió a mirar, muy convencido.

–¡Que sí, que sí, un libro de brujería!

Daba la impresión de querer levantarse y salir pitando. Pero Bibbi dijo:

–O, en otras palabras, un viejo almanaque. Tienes razón en que constituye una extraña mezcla de ciencia y viejas supersticiones. Pero recuerda que tiene 350 años.

Nils no se dio por satisfecho. El color de su cara empezó a parecerse a aquel tomate que había entrado rodando en el comedor del hotel unas horas antes.

–Entonces podrías contarnos qué tiene que ver este libro con Berit y conmigo, o con la biblioteca mágica.

Mario Bresani miró severamente a Bibbi.

–Vuota il sacco! –dijo.

Yo la miré.

–Dice que hable de una vez –explicó Bibbi.

–¡Totalmente de acuerdo! –exclamó Nils.

Ya no parecía el inspector jefe Torgersen de la «Agencia de Detectives Bøyum & Bøyum». Sólo era Nils.

–Exijo una respuesta ya –dijo–. Si no, bajaré al hotel a hablar con el Sonrisas. ¿Existe un libro sobre la biblioteca mágica de Bibbi Bokken, o no?

–Está debajo de tu plato, Nils –contestó Bibbi.

La cara de Nils se convirtió en una mueca. Podía intuir los pensamientos y preguntas que pasaron por su mente en ese momento. Por fin dijo:

–¡Voy a tirarme de cabeza a un río!

–¿Me dejas echar un vistazo al libro? –preguntó Bibbi Bokken–. Comprenderéis que tenga mucha curiosidad.

Nils me miró. Yo asentí con un gesto.

Entonces levantó el plato y empujó el libro sobre la mesa hacia Bibbi Bokken. Ella sonrió y comenzó a ojearlo. Nils se sirvió otro bollo, aunque todavía tenía medio en el plato. Yo hice un guiño a Mario Bresani, que señaló a Nils, diciendo:

–Molto temperamento!

En eso le di toda la razón.

Nils tardó mucho en volver a hablar. Era obvio que había reflexionado:

–¿Y el diario... saldrá el año que viene?

Bibbi asintió con la cabeza. Mi pobre primo perdió por completo los estribos. Dijo sin aliento:

–¡Nosotros... hemos escrito juntos un libro, Berit! Hemos inventado una historia.

–Sobre la biblioteca mágica de Bibbi Bokken –dije–. Así se llamará.

A Nils se le ocurrió algo más:

–¿Pero qué tiene que ver nuestro diario con el viejo almanaque?

Bibbi Bokken se levantó y cogió una pipa muy fina de un viejo escritorio. La

llenó y la encendió con una cerilla. De pie en medio de la habitación, soplando unas grandes nubes de humo, dijo:

–Es una larga historia... que, como ya hemos dicho, comenzó hace 350 años, cuando se imprimió en Christiania ese viejo almanaque. Fue la primera edición de un libro en Noruega. ¿No te parece digno de celebrarse?

–Si tú lo crees... –admitió Nils–. Pero no entiendo qué tiene que ver con Berit y conmigo.

Bibbi Bokken prosiguió:

–Hace unos meses recibí un encargo oficial del Comité Organizador del «Año del Libro 1993». La idea era escribir un libro sobre los libros, que se regalaría a todos los alumnos de 6.º curso de Básica en toda Noruega. Y me preguntaron si yo quería escribir ese libro...

Nils se limitó a encogerse de hombros, y la mujer del vestido rojo seguía fumando su pipa, mientras explicaba sin parar de dar vueltas por la habitación.

–Les contesté –dijo–. Pero me pareció mejor idea que lo escribieran unos jóvenes. Cuando vi vuestro estupendo poema en el libro de firmas del refugio de Flatbre, decidí dejaros intentarlo. Me gustó vuestro poema.

Mario Bresani hizo gestos afirmativos, y eso que no había oído ni visto lo que Bibbi estaba diciendo. Yo la mi-

–¿«Dejarnos intentarlo»? –repetí–. ¿Pero cómo? No comprendo cómo conseguiste ponernos en marcha.

Bibbi Bokken se acercó a la mesa y cogió el libro con la cubierta del fiordo de Sogn. Dijo:

–Toda la explicación está aquí. Por lo que veo, habéis aclarado casi todo por vuestra cuenta.

Y se puso a leer en voz alta el diario:

–«El verano estuvo guay. Es una pena que se haya acabado tan pronto... ¿Te acuerdas de aquella extraña señora?, la de los ojos enormes y el cuaderno desbaratado?... tuve la sensación de que me estaba leyendo como en un libro abierto...» Muy bueno, Nils. Éste es el inicio. Luego venía Berit...

Se agachó de nuevo sobre el diario y leyó unas frases más:

–«en el instante en que ella iba a abrir la puerta de su casa, descubrí de repente que algo salía volando de su bolso... me apoderé de un pequeño sobre y volví a esconderme detrás de la valla de piedra...»

Bibbi levantó la vista, y continuó:

–Y ahora llegamos a la carta de Siri. «Querida Bibbi: Llevo toda la mañana andando por la ciudad, pero no consigo volver a encontrar esa extraña librería de viejo... En la cubierta había una foto de unas montañas muy altas... El libro

se había publicado en Oslo en 1993... Este tomo es más valioso que el incunable más...»

Me enderecé:

—¿Entonces Bresani participó en todo esto? ¿Intentó convencer a Siri de que tenía un libro que se editaría el año que viene?

Bibbi Bokken se quedó mirándome fijamente a los ojos. Luego dijo:

—¿Siri?

Yo no sabía qué contestar, porque estaba a punto de entenderlo todo. ¿Y si esa Siri no existía? ¿Y si esa carta era falsa? Entonces sí que nos habríamos dejado engañar de la manera más tonta.

—¿Quieres decir que no existe la tal Siri? —pregunté—. ¿Que no fue ella quien escribió la carta que se te cayó del bolso?

No me había quitado ojo:

—¿Que se me cayó?

No habría tenido que decir nada más, porque incluso Nils lo entendía ya, a juzgar por los sonidos que emitía. Y sin embargo dije:

—Creo que tienes ojos en la nuca.

Sonrió un poco burlona:

—Una persona que ha leído muchos libros acaba por tener ojos en muchas partes.

Nils puso la botella de coca cola en la mesa con un poco más de fuerza de lo necesario. Meneó la cabeza y dijo:

—¡Esto no tiene sentido!

Bibbi se volvió hacia él y Nils continuó:

—Viste que escribimos algo en el libro de firmas del refugio. Eso lo hemos sabido siempre. Así que en ese punto no lograste engañarnos. Luego compré un diario en Sogndal, y no creas que he olvidado que te debo diez coronas. Pero no fuiste tú quien decidió que Berit y yo usáramos el diario para escribarnos cartas.

Bibbi Bokken sopló un par de aros de humo por encima de la mesa.

—¿Quién, entonces?

Respiré hondo y me tapé la boca con la mano.

—Billie Holiday —dije en voz muy baja.

Bibbi saboreó la pipa con gran placer:

—Una señora muy ocurrente.

—¿O fuiste...?

—...yo le di la idea. Eso es lo que se llama sembrar una buena idea. Algunas veces florecen, otras no.

—¡Jolín! —exclamé.

Bibbi continuó:

–Billie y yo nos encontramos de vez en cuando en la Oficina de Correos. Algunas veces charlamos un rato. Creo que está un poco impresionada con todos esos paquetes de libros que recibo de Italia.

Nils carraspeó. Creo que la palabra clave fue «Italia».

–Así que tú mandaste ese poema al hotel de Roma... para que yo fuera en busca de Bresani. ¿Pero cómo supiste que iba a ir a Roma?

–Ojos en la nuca, Nils. ¡Ojos por todas partes! Uno se hace sabio leyendo libros.

–Vale, vale –dijo Nils–. O tal vez podríamos llamarlo espionaje. No fuiste tú la que me enviaste a Roma, ¿verdad?

–Pues sí.

Nils dio un salto en la silla.

–¡Tonterías! –exclamó–. Fuimos a Roma porque mi madre había ganado un viaje por un estúpido concurso de relatos. A lo mejor no sabes que es escritora y...

Bibbi Bokken se quedó como husmeando el aire. Luego dijo:

–«¿Recuerdas Roma, mi amor? La Basílica de San Pedro, el Coliseo, el Panteón, la escalera de la Plaza de España y la Piazza Navona? ¿O te has olvidado? ¿Ha empalidecido nuestro amor...?»

–Basta ya –suspiró Nils–. Berit tendrá que averiguar cómo te has enterado de todo eso, yo me rindo. Pues ese relato aún no se ha publicado.

Miré a Bibbi y le pregunté:

–¿No trabajarás también en revistas?

Bibbi negó con la cabeza.

–Pero accedí a ser miembro del jurado de un concurso de relatos. ¡Es importante que la gente escriba, Berit! El relato de Bøyum no era peor que los demás... de modo que ella ganó. Me pareció muy bien, y cuando la revista me dijo que toda la familia iba a ir a Roma, les pregunté dónde se alojarían. Nils recibió mi poema y encontró a Mario, quien pudo entregar a Nils esas bonitas hojas que debía traerse a Noruega. La idea era que Mario le enseñara su preciosa tienda... para que tuviera algo sobre lo que escribir. Pero algo falló...

Nils la miró y dijo:

–Por culpa de un tal Marcus Buur Hansen...

Bibbi primero asintió, pero luego meneó enérgicamente la cabeza y continuó donde Nils lo había dejado:

–...quien por lo visto tiene unos planes muy diferentes a los nuestros para el Año del Libro.

Ella había mirado repetidas veces el reloj. Ahora volvió a hacerlo. Se inclinó hacia el italiano sordo y dijo:

–Tazze e piattini, per favore.

El italiano se levantó y fue lentamente hacia la cocina. Bibbi se acercó al escritorio y sacó las cenizas de la pipa. Luego intentó hacer un resumen:

—Yo me fijé en dos chicos que escribieron un divertido poema en el refugio de Flatbre. Luego mencioné a Billie la idea de que os escribierais cartas entre Oslo y Fjærland. Cuando me topé con Nils en la librería, me pareció justo compartir gastos. Bueno, también quise hacerme la misteriosa para que tuvierais algo que escribir. Por ejemplo, lo de hablar de la clasificación decimal de Dewey en el barco, para daros una pista. La carta de Siri la escribí en un viaje en barco. Y tenía la sensación de llevar a alguien pegado a mis talones cuando subía por Mundal. Pero es fácil que se te caiga algo del bolso al sacar la llave para entrar en casa. Otras veces se deja la puerta abierta... para que a los ajenos les sea fácil entrar sin tener que romperla. Debería haber pasado el aspirador un poco mejor por debajo del sofá, pero bueno... Eso es todo. Vosotros habéis escrito el libro sobre la biblioteca mágica de Bibbi Bokken sin ayuda de nadie. Yo me he limitado a encender unas farolas en la noche, y las dos polillas volaron hacia la luz. Y...

La interrumpí:

—Le has echado mucho morro al tema. En cierto modo, te has burlado de nosotros.

O se ofendió de verdad o hizo como si se ofendiera. Esas cosas no resultaban fáciles de adivinar con Bibbi Bokken.

Dijo:

—¿Y no es también tener mucho morro el espiar a una vieja bibliotecaria que... tal vez es un poco diferente? ¿O el escribir historias terribles sobre asesinatos y cosas semejantes?

Mario salió de la cocina y puso dos tazas y dos platos en la mesa. Al instante, sonó el timbre de la puerta.

Nils se sobresaltó.

—¡El Sonrisas! —exclamó.

Bibbi Bokken fue corriendo a la entrada y abrió la puerta. Desde el cuarto de estar vi a dos personas de mediana edad a las que nunca había visto antes.

Me volví hacia Nils. En ese momento, se puso blanco y se echó hacia atrás en la silla. Sus ojos eran grandes y brillantes como dos monedas.

—Siéntate bien —le dije severamente, como si fuera su madre. Y le pregunté susurrando—: ¿Los habías visto antes?

Asintió con la cabeza, bastante perplejo. Me di cuenta de que era la segunda vez aquella tarde que él reconocía a personas a las que yo nunca había visto.

—Son Aslaug y Reinert Bruun —suspiró.

En ese instante me acordé de ese matrimonio de profesores que se esperaba con el último barco.

Entonces yo también suspiré.

Entraron los tres en la sala:

–Qué alegría verte por aquí, Nils. De vacaciones de otoño, por lo que veo...

–Y tú serás Berit, ¿no? Encantado de conocerte.

–Lo mismo digo –contesté.

Por un instante me pregunté si no habría tenido razón Nils en su descabellada teoría de que todos se habían conocido en una secta religiosa que quería manipular la imaginación de los niños.

Los seis nos sentamos en torno a la mesa. Bibbi trajo otro termo lleno de café. Y también la otra mitad del roscón. Mario Bresani vino con dos coca colas más.

–Estoy segura de que hice más bollos –se dijo Bibbi Bokken a sí misma.

Creo que sólo lo oí yo. ¿Pensaba Bibbi que alguien había entrado en la casa? ¡Claro, a eso se refería! Tal vez el Sonrisas había estado fisgoneando en la casa buscando el diario mientras estábamos abajo en la biblioteca mágica. ¿Pero para qué lo querría? ¿Y qué quería decir Bibbi Bokken con lo de que el Sonrisas tenía otros planes para el Año del Libro?

Dichas ya todas las frases de cortesía, Nils preguntó sin rodeos:

–¿Es esto una conspiración?

La pregunta les hizo tanta gracia que todos se echaron a reír, excepto Nils y yo, claro. El que se reía más que nadie era el sordo, que no había entendido la pregunta. Pero uno puede reírse de una cara aturdida incluso cuando no capta las confusas palabras que salen por la boca.

–Podéis reiros todo lo que queráis –continuó Nils–. Pero si esto es una conspiración, iré al director del colegio a contárselo todo.

Volvieron a reírse.

–En ese caso, se trataría de una conspiración de bollos –dijo Aslaug–. No hace tanto que comimos bollos juntos. Mucho más agradable que el Café Skalken.

A Nils no le hizo ninguna gracia. Me dio un poco de pena, así que le ayudé haciendo una pregunta a Bibbi Bokken:

–¿También el profesor de Nils está metido en lo del Año del Libro?

–En realidad no –contestó–. Pero Nils escribió una redacción muy divertida, y entonces...

¿No tienen que guardar secreto profesional los profesores?, pensé. No creo que tengan derecho a enviar las redacciones de los alumnos a quien quieran.

Reinert Bruun carraspeó antes de decir:

–Nils es un chico con mucha imaginación. Hace poco entregó una redacción muy... bueno, muy imaginativa, sobre una persona llamada Bibbi Bokken. Yo sabía que se trataba de una antigua amiga de estudios de mi mujer, una persona

sobre la que me ha hablado a veces. Dejé leer la redacción a Aslaug... Y eso fue todo.

–Pero hacía mucho tiempo que no veía a Bibbi –prosiguió Aslaug–. La redacción de Nils me hizo llamarla por teléfono, y preguntarle si sabía cómo uno de los alumnos de Reinert podía conocer su nombre e incluso escribir una redacción sobre ella... contando que se había mudado a Fjærland.

–Aquello me hizo mucha gracia –admitió Bibbi–. Supongo que te diría algo sobre el proyecto del Año del Libro, y creo que sugerí que invitarais a Nils a vuestra casa... y hablarais un poco con él sobre lo que es escribir.

Aslaug miró a Nils y continuó:

–De manera que cuando me llamaste para quedar en el Café Skalken acudí por Bibbi. Ella tenía mucho interés en ver cómo os iba.

Nils no salía de su asombro.

–Entonces al menos es una miniconspiración –dijo.

Parecía estar de mejor humor. Tal vez porque volvía a entender su propia vida. Pero no tardó mucho en sacar otro tema.

–Pero hay una persona más –añadió.

Creo que Bibbi Bokken era la única de los presentes que sabía a quién se estaba refiriendo Nils.

–Es un tipo muy feo que últimamente aparece allá donde voy. También estuvo en casa de Aslaug y Reinert. Se llama Marcus «Sonrisas» Buur Hansen. ¿También participa en el «Año del Libro»? Porque, si es así, yo me retiro.

Hubo un silencio total en torno a la mesa.

–Se ruega contestación –dijo Nils.

Por primera vez esa tarde noté preocupada a Bibbi Bokken.

–Desgraciadamente –dijo–, han encargado a ese hombre la promoción de vuestro libro. No entiendo por qué...

No se dijo mucho más sobre el asunto. Pero estuvimos charlando un rato sobre el diario que Nils y yo habíamos escrito. Bibbi, Aslaug y Reinert lo ojearon por turnos. Y no faltaron los elogios.

Bibbi dijo que a la mañana siguiente iríamos a Oslo con el libro. El viaje estaba ya pagado por la editorial. Nos pagarían un montón de dinero por él, porque nosotros éramos los autores, aunque Bibbi Bokken nos había proporcionado mucho material.

–Pero el libro no está acabado del todo –dijo Bibbi Bokken al final–. Cuando lleguéis a Oslo, tendréis que escribir el desenlace del misterio. Si no, los lectores se van a llevar una gran decepción. Cuando lo hayáis hecho, habréis llegado a la meta. Y la meta es la historia sobre el camino hacia la meta.

Justo cuando acabó de hablar, oímos algo que retumbaba en el piso de arriba.

Se sobresaltó todo el mundo menos Mario Bresani. Bibbi Bokken se volvió hacia mí y dijo:

–Es exactamente lo que me temía. Siempre suelo contar los bollos que hago.

–Ya –dije–. Tenía demasiada prisa en el hotel para cenar.

Bibbi Bokken se lanzó hacia la escalera. Mientras subía, Nils me miró y dijo en voz baja:

–¿¿¿El Sonrisas???

Desde la planta de arriba se oyeron voces alteradas.

–Te has pasado, y mucho, Marcus. ¡Creo que tendré que denunciarte a la policía por allanamiento de morada!

–Pues hazlo. Pero yo quiero ese libro, y lo quiero ¡ya!

–¡Tonterías!

–Supongo que no creerás nada de lo que han escrito. A mí me ponen muy mal, como si fuera un canalla.

–Pues sí, son muy observadores.

Sonó como si los dos vinieran dando tumbos por la escalera. Cuando llegaron a la entrada, el Sonrisas echó un rápido vistazo al interior del cuarto de estar. Esta vez no sonreía. Al descubrir el diario que estaba sobre la mesa, dijo:

–¡Ahí está!

Reinert puso una mano sobre el libro y Aslaug miró hacia otro lado. Quedaba obvio que éramos seis contra uno. Quizá por eso Nils tuvo valor para levantarse y decir:

–Y no fue Bibbi quien lo cogió de tu habitación, Sonrisas. Para que lo sepas, fui yo. Cuando hablabas por teléfono, yo estaba sentado en la terraza... Me... ejem... estaba tronchando de risa.

El Sonrisas miró con cara acusadora a Bibbi Bokken. Parecía que le hubieran arrebatado un bien muy preciado.

–Sí –dijo Bibbi–, pero el libro era suyo. Y ahora haz el favor de salir de esta casa.

El Sonrisas giró sobre sus talones y salió disparado. En el momento de salir dijo:

–Te arrepentirás de esto, Bibbi.

Cuando hubo cerrado la puerta dando un portazo, Bibbi volvió con una amplia sonrisa.

–Ese hombre ha puesto trabas al libro desde el primer momento –dijo.

Un poco más tarde, todos los que íbamos a dormir en el hotel bajamos por Mundal. Todos menos Bibbi Bokken. Cuando nos despedimos, dijo un montón de cosas raras en italiano a Mario Bresani. Pero de la misma manera que la magia de Cenicienta desapareció a medianoche, yo de repente había perdido la capacidad de entender aquella lengua.

La tormenta había pasado. Sobre las altas montañas brillaban las estrellas y podíamos contemplar el universo hasta muy lejos.

En este planeta se imprimió una vez un almanaque.

No envidiaba a Berit por el trabajo de escribir sobre la solución del misterio. No teníamos ni cintas ni nada, y Bibbi nos había atado muchísimos cabos. Pero estábamos de acuerdo en que tendría que ser Berit la que lo hiciera. Ella tiene más control sobre sus pensamientos que yo, por así decirlo. Además, Bibbi es buenísima como asesora. Una asesora es una persona que critica, aconseja y plantea difíciles preguntas a los escritores. Lo hemos aprendido, pues ya pertenecemos al mundo del libro.

Pero Berit me ha dejado a mí un cabo importante. Ese cabo se llama Marcus «Sonrisas» Buur Hansen, y a él no le saco ayuda alguna. Pues él es el malo de la historia, y los malos son mi especialidad. ¡Seguidme!

Tenía bastante miedo cuando bajábamos al hotel, porque yo llevaba el diario, y di por sentado que el Sonrisas se había enterado del número de mi habitación y que estaría esperando a que me quedara solo para poder lanzarse sobre mí y robarlo por segunda vez. Pensé en pasárselo a Berit, pero lo descarté. No es mi estilo dejar los problemas a una mujer (niña) indefensa.

Hice como si nada y me sentí tan valiente como Piglet en *Winnie-the-Pooh*, cuando la casa del búho se cayó con la tormenta y el pequeño cerdo miedoso trepó la fina cuerda hasta la ranura del buzón para salir a buscar ayuda.

Cuando entramos en la recepción, y después de dar las buenas noches a Reinert y Aslaug Bruun, observé que la vigilante nocturna miraba fijamente a Berit, como si la pobre fuera una terrorista de hoteles. Pero no dijo nada. Pedí la llave y pensé que éste sería tal vez un estupendo final para el libro:

«El joven héroe Nils Bøyum Torgersen muere en un intento heroico de defender el libro del que él mismo ha sido coautor. Sin reparar en su seguridad, sacrifica su vida por la libertad de expresión.»

Eché un vistazo a Berit, y luego a Bresani, que estaba gesticulándole mientras me señalaba a mí. Por un instante desesperado me pregunté si también esta vez se trataba de algo planificado. Quizá Bresani estaba explicando a Berit que sería un maravilloso final del libro si uno de los dos protagonistas muriese luchando contra el malo. Pero luego se me ocurrió que, si el Sonrisas se apoderaba del libro, no habría ningún libro. Por lo menos, no con el Sonrisas en el papel del malo.

Esbocé una leve sonrisa y estaba a punto de coger la llave, y subir por la escalera hacia mi negro destino, cuando Berit dijo:

–No debes subir a tu habitación con el diario. Puede aparecer el Sonrisas. Seguro que sabe en qué habitación estás.

–He luchado contra peores fantasmas –afirmé y noté que estaba temblando.

–No eres tan valiente por dentro como por fuera, ¿verdad, primito? –dijo Berit riéndose.

Me había calado. Las chicas siempre te calan.

–¿Qué propones que haga? –le pregunté con cierta acidez.

–Cambia tu habitación por la de Mario.

Casi antes de que Berit hubiera acabado la frase, me di cuenta de que el plan era tan simple como genial. Cuando el Sonrisas se deslizara arriba para apoderarse del diario, no se encontraría en la cama a un muchachito noruego, sino a un hombrecillo italiano. Pero, cuando encontrara al hombrecillo italiano en la cama del muchachito noruego, ¿qué pasaría con el pequeño...?

–¿Y Mario? –pregunté.

Me leyó los labios. Aunque Mario Bresani no sabía hablar noruego, era evidente que sabía «leer» en más idiomas que el italiano. De repente alargó un brazo y acto seguido me sentí como si volara. Hice un elegante salto mortal que fue controlado por el brazo peludo de Mario Bresani.

Estaba convencido de que me iría de cabeza al suelo, pero Mario me cogió elegantemente en sus brazos. Allí me quedé como un bebé. Me sentí un poco avergonzado.

Me dejó en el suelo y sonrió con sus dientes blanquísimos.

–Judo –explicó.

Me sentí estupefacto y aliviado a la vez. Intercambiamos llaves y equipaje. Le di las buenas noches a Berit y me metí en la habitación. Me dormí casi al instante.

Soñé que vencía al Sonrisas en la final del campeonato mundial de judo. Fue una lucha dura, el Sonrisas gritaba cada vez que yo lo tiraba al suelo. Me desperté con lo que pensaba era el pitido del árbitro, pero que en realidad era Berit diciéndome que tenía que bajar enseguida si quería desayunar. Sólo faltaba una hora para que saliera el barco.

Al pasar por la habitación 151, oí unos tremendos golpes que provenían de su interior.

–¡Bresani! –grité. No estaba del todo despierto, y no me acordaba de que era sordo. Pero el hombre al otro lado de la puerta no era Bresani. Los golpes cesaron y sonó esa hipócrita pero inconfundible voz.

–¿Eres tú, Nils? –dijo la voz–. Por favor, abre la puerta. Tengo una oferta que hacerte.

–Una oferta que no puedo rechazar, ¿verdad? –grité.

–Exactamente –contestó el Sonrisas con una voz tan suave como la

mantequilla. (A mí no me gusta la mantequilla.)

–Lo lamento –dije–. Voy camino de la editorial con el libro sobre la biblioteca mágica de Bibbi Bokken.

Podría haberme cortado la lengua. Fue lo más estúpido que podría haberle dicho. Ahora sabía adónde íbamos, pero al menos no había dicho el nombre de la editorial.

Eché a correr por el pasillo y oí un gran estruendo al lanzarse el Sonrisas contra la puerta cerrada.

Berit estaba desayunando con Bresani en el comedor. Yo no tenía mucha hambre.

–El Sonrisas –dije señalando hacia el techo.

Bresani cogió el huevo de la huevera y lo tiró al aire. Lo volvió a coger y lo golpeó contra la mesa para que se rompiera la cáscara. Daba un poco de miedo, pero yo sabía que no le había destrozado el cráneo al Sonrisas.

–¿Judo? –pregunté.

Bresani afirmó con la cabeza. Luego sacó una llave que nos mostró. Sobraban las palabras. Miró el reloj y se levantó.

–E adesso, avanti, amici miei! –dijo.

Entendimos que era hora de abandonar el lugar del crimen.

Bresani nos acompañó hasta el barco. Justo cuando íbamos a subir a bordo, el Sonrisas llegó corriendo. De modo que había logrado destrozarse la puerta. No presentaba buen aspecto. Estaba despeinado y un brazo le colgaba de un modo extraño.

–Avanti! –gritó Bresani de nuevo–. Forza!

Subimos al barco a toda velocidad.

Cuando miramos hacia el muelle, Bresani se había vuelto. Tenía los brazos abiertos, como si estuviera a punto de abrazar cálidamente al hombre que llegaba corriendo. El Sonrisas se detuvo a diez metros del calígrafo y especialista en judo italiano. Berit le dijo adiós con la mano.

–¡Listo para zarpar! –gritó.

–¿Estás loca? –le dije en voz baja, pero ella no hizo más que reírse.

–No vendrá –dijo.

Y tenía razón. Como siempre. El Sonrisas se quedó rígido con la mirada clavada en Bresani. Aunque estaba demasiado lejos para que pudiéramos oírlo, estoy convencido de que estaba bufando. Bresani se acercó dos pasos a él.

El Sonrisas dio un salto, se volvió como un torbellino y regresó a galope al hotel.

Bresani se volvió para decirnos adiós con la mano. Le devolvimos el saludo mientras el barco salía lentamente del muelle de Fjærland, aún nos quedaba un largo viaje en tren camino del último capítulo.

Cuando el tren llegó a Oslo, era demasiado tarde para ir a la editorial. Berit se quedó a dormir en casa, lo cual alegró mucho a mis padres, y por la mañana llamamos a un taxi.

Yo nunca había estado en una editorial, pero me la imaginaba como una especie de casa encantada, con cuartos oscuros y largos pasillos por los que corrían señores con pantalones de pana y señoras con capas y boinas, yendo y viniendo mientras murmuraban y leían libros gordos. Luego resultó ser diferente.

El taxista nos dejó delante de la dirección que nos había dado Bibbi Bokken. Era un edificio enorme en medio de la ciudad. De no haberlo sabido, hubiéramos pensado que era una compañía de seguros o algo así, no una editorial. Aunque, en cierto modo, también lo era, porque en las editoriales se trabaja para asegurarnos contra el encogimiento de nuestros cerebros.

El primer problema que se nos planteó fue encontrar la entrada. Dimos la vuelta al edificio un par de veces, pero sólo encontramos varias puertas traseras. Todas cerradas, claro. Al final, preguntamos en la parada de taxis que había al lado. Un taxista muy amable y muy gordo, que estaba al final de la cola, nos acompañó hasta la única puerta que no habíamos intentado abrir.

Entramos en una especie de recepción donde había una señora que nos miraba desde dentro de una caja de cristal. Tuve la sensación de estar a punto de entrar en el cine.

–Dos chicos para la editorial –dije.

–Creo que no te he entendido muy bien.

–Hemos escrito un libro –aclaró Berit.

–¿Un libro?

Berit asintió con la cabeza.

–¿Estáis seguros? –preguntó la señora, con una expresión como si estuviera a punto de echarse a reír.

–No del todo –murmuré.

–Sí –contestó Berit con mucho valor–. Completamente seguros. Hemos...

Por suerte, no tuvo que explicar nada más, porque en ese momento salió del ascensor una señora bajita y simpática.

–¿Berit Bøyum y Nils Bøyum Torgersen? –preguntó.

Asentimos con la cabeza, enmudecidos.

La señora nos dio la mano con una gran sonrisa.

–Os estábamos esperando –dijo–. Me llamo Gerd Lothe y trabajo como editora en la sección de libros de texto.

Entró delante de nosotros en el ascensor, que paró en la séptima planta. Allí había una cafetería y un par de pasillos que conducían a los despachos.

–Mi despacho está allí dentro –dijo señalando–. Venid si necesitáis algo. Él os

está esperando. Segunda puerta a la izquierda. Podéis entrar sin llamar.

Y señaló hacia otro pasillo.

—¿Queréis una coca cola?

¿«Él»? No entendía ni una palabra.

—Vale, gracias —dijo Berit.

Cada uno con una coca cola en la mano nos acercamos a la puerta que había señalado la señora.

—A la una, a las dos y a las tres —dijo Berit—. Entremos.

Y Berit abrió la puerta. El señor sentado detrás del escritorio se levantó muy sonriente. Nunca en mi vida había estado tan cerca de desmayarme de miedo.

¡ERA EL SONRISAS!

Estuvimos a punto de salir pitando, pero él se nos anticipó.

Con un salto de tigre, se acercó a la puerta y se apoyó en ella mientras decía en voz muy baja:

—Así que volvemos a vernos, queridos.

Sacó una llave del bolsillo y la agitó con aire triunfal delante de nosotros. Yo no sabía seguro si pensaba comérsela. Los pantalones me temblaban tanto que debía de tener pinta de paracaidista, pero Berit daba la impresión de estar completamente fría.

—¿Qué tal el brazo, Buur Hansen? —preguntó—. ¿Ha practicado demasiado judo últimamente?

Estaba tan impresionado que podría haber aplaudido a pesar del miedo que sentía. El Sonrisas apretó los ojos.

—Ah, sí, ¿conque te estás poniendo en plan chula? —dijo rabioso.

—Sí —dijo en voz baja—. Los dos nos estamos poniendo en ese plan.

—¡Cierra la boca, chico! —ladró el Sonrisas.

La cerré. A veces soy un chico de pocas palabras.

Alargó la mano.

—¡El libro! —dijo.

Sé que debería haber dicho algo así como «por encima de mi cadáver» o algo por el estilo, pero seguí cerrando la boca. Berit meneó la cabeza.

—Me pertenece —dijo el Sonrisas.

—No —dijo Berit—, nos pertenece a nosotros y a la editorial. Se publicará en el Año del Libro y se regalará a todos los alumnos de 6.º de Básica de todo el país.

—Ya ves —dijo, un poco tonto.

Entonces el Sonrisas se rió. Fue la primera vez que le oí reír, y no era una risa agradable. Sonaba como un cocodrilo acatarrado.

—¿No os ha dicho la señorita Bokken que yo he sido designado por la editorial como encargado de la promoción de vuestro libro?

—Sí, tal vez lo dijera —no nos quedó más remedio que asentir.

–¡Dádmelo!

La puerta estaba cerrada y él era mucho más alto y más fuerte que Berit y yo juntos. No había nada que hacer.

Le di el libro, se sentó detrás del escritorio y empezó a leer. Es decir, hizo como si leyera. En realidad, había leído todo lo que habíamos escrito hasta entonces. Lo hojeó todo. Diez páginas a la vez. Al menos.

Dejó sobre la mesa el incunable del futuro, cruzó las manos sobre el pecho y nos miró fijamente con una sonrisa que pretendía ser triste.

–Me duele mucho decirlo, pero esto no es satisfactorio.

Esa frase era tan falsa como el propio hombre. Lo sabíamos. ¿Pero qué podíamos hacer? Aparte de Berit y yo, nadie más que el Sonrisas había leído el libro. Ni siquiera Bibbi Bokken. Ella estaba convencida de que íbamos a conseguirlo, y tenía razón. Nosotros lo sabíamos. Y también lo sabía el Sonrisas. Pero él era un adulto y nosotros éramos niños, y ¿quién cree a los niños?

–¿Qué pretendes hacer con él? –pregunté, aunque conocía la respuesta.

–Lo guardaré por vosotros –dijo el Sonrisas sonriente.

El corazón me bajó del pecho a las rodillas, y ahora sí creo que también hablo en nombre de Berit.

Miramos fijamente el libro sobre la mesa. Estaba junto a un vaso de plástico con café y un aparato de esos que usa la gente cuando tiene que llamar a personas que se encuentran en otras partes del edificio. El aparato tenía números, y junto a cada número había un nombre.

En ese instante, Berit hizo algo que en aquel momento me pareció muy tonto. En realidad, fue lo más inteligente que los dos hemos hecho hasta ahora, y de no haberlo hecho, este libro no se habría publicado.

Se lanzó sobre la mesa y agarró el libro mientras gritaba:

–¡Es nuestro! ¡No vas a conseguirlo ni loco!

Logró atrapar el libro, me lo tiró y gritó:

–¡Corre, Nils!

Parecía un poco ridículo, porque ¿hacia dónde iba a correr? La puerta estaba cerrada y yo tenía pocas ganas de saltar por la ventana desde un séptimo piso. Así que me quedé en medio de la habitación con el libro en la mano. El Sonrisas se abalanzó sobre mí, y como no soy especialista en judo, no le costó más de un segundo y medio arrebatármelo.

Berit no había movido ni un dedo para ayudarme. Al contrario, parecía que el asunto no iba con ella, permanecía de espaldas a nosotros junto al escritorio.

Cuando el Sonrisas volvió con el libro, ella me sonrió guiñándome un ojo. Yo le devolví una mirada ácida.

–Se acabó el juego –dijo el Sonrisas.

–Eso parece –dijo Berit lentamente–. Sólo me pregunto una cosa. ¿Por qué odias nuestro libro? Sabes que no es tan malo como dices.

El Sonrisas dio la impresión de no ir a contestar, pero luego pareció cambiar de idea. Sonrió con su ya conocida sonrisa y dijo con su voz de mantequilla:

–Es verdad, hija. No es tan malo, teniendo en cuenta que lo han escrito dos mier... dos jóvenes como vosotros.

Estuve a punto de decir algo de lo que seguramente me arrepentiría, pero Berit me pellizcó el brazo.

–Precisamente por eso –dijo en voz alta y clara– nos preguntamos por qué no quieres editarlo. Es tu trabajo hacerlo. ¿Es sólo porque te ponemos como el malo de la historia?

El cocodrilo volvió a toser:

–Eso no tiene nada que ver, hija.

–Me lo figuraba –dijo Berit–. Porque si hubieras espiado a Nils sólo para seguir la marcha de nuestro trabajo, no habrías sido el malo de la película.

El Sonrisas daba la sensación de estar disfrutando con la situación, y me parecía que eso era justamente lo que Berit pretendía.

–Bueno –dijo el Sonrisas, dando un sorbo al café. Una gota marrón le caía por la barbilla–. Os lo diré. Todo es bastante sencillo. ¿Habéis oído hablar de «Children’s Amusement Consult»?

Yo asentí con la cabeza.

–Pero no sabemos muy bien lo que es –dije.

–Es una pequeña empresa que produce vídeos para niños. Yo soy el accionista principal.

–Cuéntanos –dijo Berit. La miré. Parecía estar impresionada. Yo no entendía absolutamente nada.

–Somos una especie de competidores del sector del libro –dijo el Sonrisas–. Mucha gente no lo ha entendido todavía, pero la época del libro ya pasó. He estado en contra de este proyecto del libro desde el principio.

–¿Pero por qué demonios la editorial te ha designado como encargado de la promoción del libro, entonces? –pregunté.

–Soy un hombre flexible –contestó el Sonrisas–. He trabajado muchos años en el sector del libro. Hay que mantener todas las puertas abiertas. Puse a disposición del comité mis conocimientos profesionales, por así decirlo. Presenté unas ideas interesantes para el lanzamiento del libro. Incluso empecé a trabajar en un vídeo de publicidad, por si el proyecto no se llevaba a cabo y había que sustituirlo por el mío.

–¡Anne-Cath. Vestly! –grité–. Por eso hablaste con Anne-Cath. Vestly. ¿Querías que ella te ayudara con el vídeo?

El Sonrisas asintió con la cabeza.

–Sí, pero dijo que no era su estilo, y tenía razón, claro.

–¿Qué quieres decir con lo de tu propio proyecto? – preguntó Berit.

El Sonrisas se frotó las manos.

–Mi proyecto consistía en sustituir el libro por una película con motivo del Año del Libro. Una divertida película de dibujos que mostrara la evolución desde el invento de la imprenta hasta la moderna producción de vídeos. El título provisional era: «De la letra a la cinta», y ya me he puesto en contacto con un dibujante italiano de cómics.

Se me aclararon varias cosas en un momento.

–¿Por eso estuviste en Italia?

–Sí, pero la razón por la que estuve allí al mismo tiempo que tú era otra. Cuando vi la foto de una tal Ingrid Bøyum en la revista, me di cuenta de que podría matar dos pájaros de un tiro. Pensé que sería probable que te llevaras el diario. Tal vez pudiera conseguir dar con él... y luego tener la mala suerte de perderlo.

–¡Me seguiste!

–Prefiero decir que cuidaba de ti.

–¿Qué relación tienes con Bibbi Bokken? –preguntó Berit.

Sonaba casi como un interrogatorio, pero, aparentemente, el Sonrisas no se daba cuenta.

–Bibbi Bokken –dijo lentamente– es una reliquia, un recuerdo del pasado. La conozco de cuando estudiábamos. Ella en la Escuela Superior de Bibliotecarios y yo Márketing. Entonces éramos amigos...

Se paró en medio de la frase.

–Pero ya no –añadió Berit.

–No, veíamos las cosas de manera muy diferente. Ella estaba tan en contra de que yo fuera el encargado de la promoción de este libro como yo de que ella fuera la responsable de que se escribiera.

–¿Qué pasó en el Café Skalken? –pregunté-. ¿Cómo sabías que iba a ir allí?

–No supuso problema alguno. Naturalmente, me había puesto en contacto con tu profesor para saber cómo le iba al joven escritor. Aslaug Bruun me contó que iba a verte en el Café Skalken. Fui allí y me senté...

–...escondido tras un periódico –añadí.

–Exactamente.

–¿Por eso fuiste a casa de los Bruun al día siguiente cuando yo acababa de irme?

–No eres tan tonto como pareces, hijo mío. Expliqué mi interés por que el libro quedara lo mejor posible, y pregunté si escribías bien.

–¿Qué dijo Bruun? –pregunté.

Dijo que no ibas mal, pero que le costaba poner freno a tu imaginación.

De pronto pareció furioso.

–Si hay algo que no soporto en este mundo, son los niños con imaginación – dijo por lo bajo.

–¿Por qué? –preguntó Berit–. ¿Porque tú no tienes nada de imaginación? ¿A que no tienes más imágenes en la cabeza que las que puedes ver en la pantalla de un televisor?

¡Cómo se atrevía! Me temí que el Sonrisas fuera a darle una bofetada. Pero se controló y dijo tranquilamente:

–En realidad es sólo cuestión de dinero.

–Sí –dijo Berit–. No será barato hacer una película de dibujos animados.

–Así es –dijo el Sonrisas–. Pero las ganancias de «Children’s Amusement Consult» serán mayores en cuanto la película se comercialice. Por eso he hecho bien en dedicar la mayor parte del presupuesto de promoción a financiar el vídeo. Habéis sido muy tontos en no querer escuchar la oferta que os quise hacer en Fjærland.

–¿Oferta? –preguntó Berit con voz aguda.

–Había pensado proponeros que me dierais el libro a cambio de un porcentaje de la ganancia de las ventas del vídeo. Pero ahora es demasiado tarde, por desgracia –se recostó cómodamente en el sillón y miró al techo.

–¿Has acabado ya? –preguntó Berit.

–No –dijo el Sonrisas–. Sois vosotros los que estáis acabados.

–No estoy tan segura –dijo Berit.

El Sonrisas estaba a punto de contestar cuando oímos pasos correr por el pasillo. Se abrió la puerta con llave desde fuera y allí estaba Gerd Lothe acompañada de un hombre que parecía bastante enfadado.

El Sonrisas intentó coger el diario, pero Gerd Lothe se le anticipó con la velocidad del rayo.

–Supongo que éste es el libro –dijo sonriéndonos–. Este señor es el director de la editorial. Quiere saludaros.

El director de la editorial ya no estaba enfadado cuando nos tendió la mano.

–Ha sido realmente ingenioso –dijo–. ¿A quién se le ocurrió?

–Creo que a mí –contestó Berit intentando parecer modesta.

El Sonrisas tenía la barbilla sobre las rodillas los últimos segundos. Ahora miró confuso a Berit.

–¿Qué fue lo que se te ocurrió? –preguntó el Sonrisas. Berit lo miró con dulzura.

–Cuando te lanzaste encima de Nils para quitarle el libro, apreté un botón del aparato ese. Junto al número, ponía: Gerd Lothe. No fue tan mala idea, ¿verdad?

–No –dijo Gerd Lothe–. Ha sido una conversación sumamente interesante.

Berit me guiñó un ojo. ¡Estaba a punto de darle un beso!

Y ahora estamos aquí sentados, en el despacho del Sonrisas. No tengo ni idea de dónde está, tampoco me interesa mucho. Tal vez se haya ido a Italia para ver si puede acabar con el arte de la imprenta de una vez por todas. En ese caso tendrá un digno adversario en Mario Bresani.

Completamos el diario con ayuda de Bibbi Bokken, tanto para la redacción de las frases como para las correcciones de ortografía.

Un corrector es una persona que ayuda a los escritores con los errores de ortografía y con la sintaxis. Lo necesitan. Sobre todo este escritor.

En cuanto al lenguaje, parece que Bibbi no se fía del todo de nosotros. Dice que tenemos mucho que aprender, pero que ella también tiene mucho que aprender de nosotros. Así es Bibbi Bokken. Una verdadera amante de los libros.

Creo que ya no queda más por decir. Tenemos que darnos prisa en acabar. Ya estamos en la última semana de octubre, y el libro se imprimirá en abril.

Antes de eso, un editor tiene que discutir con el dibujante. El diseñador decidirá el formato del libro y los tipos de letra que se van a utilizar en el libro. (Sabon y Berkeley Old Style no son más que unos tipos de letra completamente inofensivos, no monstruos, como yo pensaba. Fue la propuesta del Sonrisas en caso de que saliera el libro, en contra de su deseo. Y saldrá, pero se compondrá en Garamond 12/14 puntos.)

El departamento de producción y edición sacará unas pruebas, o galeradas, por impresora láser con nuestro texto. Luego se lo pasarán a un corrector antes de que los autores lo volvamos a leer otra vez. Mario Bresani terminará la propuesta de la cubierta antes de que todo se envíe a la imprenta.

Ahora vamos a concluir este libro. Me siento un poco triste, pero no mucho. Creo que Berit está tramando algo. No para de hacer anotaciones en su libreta. Tal vez esté escribiendo un libro sobre cuando ella y yo escribimos un libro sobre Bibbi Bokken, o tal vez continúe la historia sobre el nuevo crimen de Marcus Buur Hansen, sobre un misterioso tesoro enterrado debajo del glaciar de Jostedal, o sobre el verdadero asesino de la Ciudad de la Carne. Ésa es mi historia. Si ella la escribe, la denunciaré a la policía por habérmela robado. Se llama plagio y está prohibido.

Por cierto, no creo que quiera ser escritor. Quiero ser futbolista profesional, y cuando tenga treinta años, escribiré mi autobiografía. ¡El libro mágico de la fantástica vida de Nils Bøyum Torgersen! ¡No, no quiero escribirlo yo! Contaré mi vida a Berit para que ella la escriba. Creo que le gustará hacerlo. Bueno, me estoy desviando hacia otras cosas. No sé nada del futuro, y es algo que en el fondo me alegra. Lo único que sé es que la mayor parte de los libros

aún no se ha escrito, y que existen más cosas ocultas en 27 letras que en la cabeza de cualquier persona del mundo entero. Resulta agradable pensar en ello. Y, quién sabe, tal vez justo en este momento se le esté cayendo del bolso una carta a una misteriosa señora vestida de rojo. Y tal vez recoja la carta una chica que sienta que una extraña emoción le recorre el cuerpo.

Yo sé cuál es ese sentimiento: se llama ¡INSPIRACIÓN!

Título original: *Bibbi Bokkens magiske bibliotek*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© Jostein Gaarder, Klaus Hagerup y H. Aschehoug & Co.
© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2001
© Ediciones Siruela, S. A., 2001, 2009, 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-73-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Nota para los lectores de la versión española	4
La biblioteca mágica de Bibbi Bokken	7
Primera parte. El libro-diario	9
Segunda parte. La biblioteca	89
Créditos	141